

Arizona

MARTIN ETCHART

El roble protector



Lectulandia

Matt es un adolescente conflictivo, huérfano de madre, que vive en Phoenix, en el Arizona de los años 70. Matt ha rechazado su herencia vasca, contraviniendo así a su abuelo y a su tío, quienes llevan a Euskal Herria en su corazón a pesar de la distancia.

Una tragedia familiar trastoca la vida de Matt y empuja al nieto y al abuelo a una aventura que les hará recorrer, junto a un rebaño de ovejas, el desierto y las montañas del estado de Arizona con un final incierto.

Aritzona, además de una novela de iniciación, es también una historia de aventuras con un toque de realismo mágico que deleitará al lector de cualquier edad.

Este libro, publicado en USA en 2005, es uno de los mejores exponentes de la narrativa norteamericana escrita por narradores de origen vasco, como el mismo Martin Etchart o Monique Urza, o por escritores que han mostrado gran interés por la comunidad vasca asentada en Estados Unidos, como Gregory Martín o Frank Bergon.

Lectulandia

Martin Etchart

Aritzona, el roble protector

ePub r1.1

Titivillus 24.10.15

Título original: *The Good Oak*
Martin Etchart, 2005
Traducción: José Carte Rípodas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ene aitarendako / A mi padre

*Mila esker a mis tías Noeline y Arlette
por su ayuda con mi euskera*

Uno / bagno

El domingo 6 de mayo de 1973 cumplí trece años y mi mundo cambió. Pero no de la manera que yo pensaba.

Hasta entonces, el hecho de que mis abuelos paternos hubieran venido en un barco desde Urepel, País Vasco-Francés, había sido algo que no había compartido con mis amigos. Eso, y que comiéramos pierna de cordero para cenar, cuando la mayoría de las otras familias comían una buena puesta de ternera, o que en vez de tener un tío yo tenía un Oxea^[1] que castraba los corderos con los dientes, y un abuelo que no vivía en una residencia de ancianos, sino que era pastor y hablaba un idioma que parecía no tener ni puntos ni vocales.

Yo sabía que los de mi familia eran vascos. Sabía que mi familia era diferente de las familias de los chicos con los que iba al colegio. Y sabía que ser diferente no es necesariamente bueno. De modo que mi familia se convirtió en un secreto. Pensaba que lo que los otros chicos no supieran no podría hacerme daño.

Así es que cuando me desperté esa mañana de primavera no estaba pensando en nada que tuviera que ver con ser vasco. Los cambios eran los que me preocupaban. Lo primero que hice fue mirar bajo mis brazos para ver si asomaba pelo. La adolescencia, estaba seguro de ello, había llegado entre las 11:59 y la medianoche. Forcé la vista para intentar ver pelillos de melocotón, como tenía Rich Krawski, quien había cumplido los trece años dos meses antes. A la luz de la mañana, sin embargo, mis axilas permanecían desnudas. Para asegurarme, pasé los dedos sobre la piel. Nada. Como no quería desistir, miré en el interior de mis pantalones de pijama. Allí me pareció ver un pelillo asomando a través de la piel, pero resultó ser una pelusa que se pegó a la yema del dedo cuando la toqué.

Bueno, a pesar de todo, tenía trece años. Era un adolescente incluso si mi cuerpo todavía no se hubiera dado cuenta. Con vello o sin él, me sentía un tipo peligroso. Aunque había en el mundo un montón de cosas que no conocía, esa mañana me desperté pleno de confianza, sin apercibirme de que no las conocía. Una de ellas era cómo un rebaño de rechonchos animales cubiertos de lana a lo rasta podría arruinar ese día que me pertenecía. Pronto averigüé que nadie puede ser dueño de un día, pero mucha gente se puede apoderar de él. El primero en hacerlo fue mi abuelo.

—¿No iré a venir, no, papá? —dije cuando de camino a Legend City, el nuevo parque de atracciones en Phoenix, Arizona, mi padre dejó caer que tendríamos que hacer una paradita en la granja del abuelo.

—No, no te preocupes —contestó papá, girando el coche hacia la calle

Camelback, y luego en dirección oeste—. Sólo tengo que solucionar el asunto ese de las ovejas.

Las ovejas no eran mi tema de conversación favorito el día de mi cumpleaños.

—Rich me ha dicho que Legend City es más chachi que Disneylandia, sin ese estúpido ratón.

—Eran sólo ovejas, por Dios —dijo mi padre, en el momento en que los campos de algodón comenzaban a sustituir a los edificios de la ciudad.

—Nos montaremos en la montaña rusa por lo menos cincuenta veces —Papá asintió—: Sí, cincuenta veces.

—Y comeremos montañas de algodón de azúcar.

—De acuerdo —dijo papá, y luego añadió—: Para que lo sepas, he vendido las ovejas del abuelo.

—¿Todas?

—Sólo quedaban treinta y dos —dijo papá.

—Bien hecho. Olían a diablo —dije—. ¿Podemos quedarnos hasta el anocheecer? Quiero montar en la noria por la noche.

Papá sonrió.

—¿Cuántos años dices que cumples?

—¡Papá...!

—¿Diez? ¿Once?

—Ya lo sabes, trece.

—No es posible. ¿Estás seguro de que eres tan mayor?

—Claro.

Papá se rió y me atusó el pelo.

—Estás creciendo tanto...

—Ya puedo tocar el alero de la canasta de baloncesto.

—En eso te pareces a tu madre —dijo papá, y luego calló.

—¿Era alta mamá?

—Mmm... hummm... sí. Dímelo de nuevo, ¿a dónde vamos?

—Legend City.

—Sí señor —dijo papá.

Me sonreí, porque si ir al parque de atracciones ya era chachi, que mi padre viniera conmigo lo hacía todavía más chachi. Ir juntos por ahí era algo que no hacíamos a menudo debido a su trabajo. Era el jefe de John Deere en la región oeste, y con frecuencia viajaba fuera de Arizona, fines de semana incluidos, para vender tractores. Cuando mi padre estaba fuera, la señora Smith, la vecina de al lado, se quedaba con nosotros. La señora Smith no estaba mal si te gustaban las señoras cincuentonas que olían como arenques.

Cuando llegamos a la granja, el abuelo vino corriendo por el camino de entrada a la finca.

—*Zer egin duzu?* —gritó—. ¿Qué has hecho?

El abuelo daba saltos como si el suelo estuviera en llamas.

—Cálmate, papá —dijo mi padre.

—Sí, tranqui, abuelo —dije yo.

—Matt, cállate —dijo papá.

—Pero Legend City abre...

—Ahora no, Matt.

—*Orai eztut deus ez* —dijo el abuelo—. Nosotros ahora nada no tenemos.

Que el abuelo dijera «nosotros» me hizo buscar con la mirada a Oxea, el hermano del abuelo, y a sus dos inútiles perros, Atarrabi y Mikelats. Estaba sorprendido de que los perros y Oxea no hubieran venido corriendo a la par que el abuelo. Los cuatro iban juntos casi siempre. Pero Oxea y los perros no se veían por ningún lado. El abuelo estaba solo.

—*Zu ez zira ene semea* —dijo—. Tú no ser hijo mío.

—Vamos, vamos, papá, no hables así —dijo papá.

El abuelo levantó los brazos al cielo, y una nube de polvo salió de las mangas de su abrigo negro, el gabán que siempre llevaba hiciera frío o calor.

—*Horik eneak dira, eta nahi ditut gileat* —dijo el abuelo—. Son mías y quiero de vuelta.

—Ya es demasiado tarde —dijo papá, y yo incliné la cabeza ladeándola para mirar su reloj. Tenía razón, habían pasado diez preciosos minutos. Si no hacía algo, Legend City iba a comenzar sin mí. De modo que me interpuse entre el abuelo y papá y agité mi mano frente a la cara de papá.

—Tenemos que irnos.

—Matt —mi padre empujó la mano hacia abajo—, no interrumpas.

Quería recordar a papá que era mi cumpleaños, pero si lo hacía el abuelo preguntaría cómo era que no íbamos a pasar el día en la granja con él y Oxea. Y ¿por qué papá había vendido las ovejas que él me iba a regalar? Esa tradición había comenzado el año anterior cuando en vez de regalarme lo que yo deseaba, una bici marca Schwinn con un montón de extras, el abuelo me regaló un cordero para mi cumpleaños. Era un cordero raquítrico y tenía cazcarrias pegadas a la lana de la cola. Por Navidad, para devolverle la jugada, le di de nuevo el cordero al abuelo. A él le gustó el gesto y dijo:

—Yo dar dos ovejas en siguiente cumpleaños. *Baina* los dos quedar con una.

En ese momento no podía arriesgarme a que el abuelo abordara ese tema. No había tiempo. De modo que sólo dije:

—¿Pero qué hay de Legend City?

—Ahora no —dijo papá.

—Esto me empieza a oler mal —dije.

—No oler mal —dijo el abuelo.

—Ni siquiera sabes de qué estoy hablando.

Di una patada al suelo. La rabia me subía por el pecho, del mismo modo que

cuando la semana anterior le dije a la profesora Helm que mi padre no podría asistir de nuevo a otra sesión para padres y profesores debido a que tenía una reunión fuera de la ciudad. Todo el resto de padres estarían allí. Pero no mi único progenitor. No, él tenía tractores que vender. Así que robé las cerillas que Rich tenía escondidas en su pupitre, fui a los lavabos de chicos y llené la papelería hasta los topes con toallas de papel. Luego encendí una cerilla y la eché dentro. Los ojos me escocían a causa del humo y los papeles se ennegrecieron. Las llamas crecieron. Toda mi cara estaba bañada en sudor. Cogí otro puñado de toallas para echarlo al fuego. Justo en ese instante, cuando estaba añadiendo toallas al fuego, la vi. Allí entre las llamas. Una mujer me miraba. Me acerqué más, su pelo eran rizos de color amarillo y rojo, sus ojos en el centro de la llama. ¿Qué hacía ella en el fuego? El calor envolvía mi cara. Los labios de la mujer se movían susurrándome palabras que no podía entender. ¿Quién era? Abrí la boca para preguntárselo y, en ese instante, mis palabras y la rabia que me poseían se desvanecieron entre las llamas. Las llamaradas del fuego tocaban ya el techo del servicio y luego se apagaron. Los lavabos ya no eran un horno. Temblé al ver la mujer que se alejaba flotando en el humo que salía del servicio.

Me expulsaron dos días del Instituto por ser el causante del fuego. Me daba igual. Porque después de hablar con la orientadora del centro escolar, papá retrasó su siguiente viaje de negocios para pasar unos días conmigo. Bastó otro incendio para que se quedara en casa en mi cumpleaños. Un cumpleaños que se estaba yendo al carajo por culpa del abuelo y sus estúpidas ovejas. Comenzaba a imaginar llamas subiendo hacia el cielo. Papá dijo:

—*Mintza zite inglesez, aita*^[2].

Cuando oí a mi padre hablando en vasco, la visión que tenía de mí mismo en la montaña rusa de Legend City se paró en seco con un chirriar de frenos. Oírles hablar en euskera nunca era un buen presagio. Papá sólo lo utilizaba al comienzo de largas discusiones con el abuelo, y Oxea sólo lo hablaba cuando quería burlarse de mí.

—¿*Zendako...* cómo puedes hacer... *hori egin eni...* esto a mí? —preguntó el abuelo. Sus palabras en inglés salían como puñetazos. Papá contestó:

—Bueno, bueno, las ovejas no valían para nada.

—*Hori ezta hala* —dijo el abuelo—. Eso no ser así.

—No tenemos dinero para cuidarlas, *aita*.

Aunque eso es lo que dijo mi padre, yo sabía la verdad: el abuelo se estaba haciendo viejo, demasiado viejo. El año anterior había comenzado a olvidar cosas. Por ejemplo, en el supermercado se olvidó de que Oscar Mayer no hace morcillas caseras, o en McDonald's se olvidó de que la chica con aparato en los dientes no tenía por qué haber oído hablar de *txilindron*. Y la semana pasada misma el abuelo se olvidó de que mi madre había muerto.

—*Di zure ama* tiene que venir visitar —me dijo el abuelo cuando llamó por teléfono. Yo no dije nada. Hice un gesto con los ojos a mi padre y le pasé el teléfono.

El abuelo había cumplido ochenta y cuatro años el mes anterior, y mi padre

comenzó a hablar de irnos a vivir a la granja para estar con él. Yo dije que esa idea era una caca, y por dar esa opinión mi padre me castigó a mi habitación.

Miraba a uno y a otro y dije:

—Esto no es justo.

—*Bai*, sí, esto no justo, vender *ene ardiak* —dijo el abuelo—. Vender mis ovejas.

—Olvida tus estúpidas ovejas. Íbamos a Legend City para mi cumpleaños, solitos papá y yo, y ahora lo has echado todo a perder.

—¿Seguro *zure* cumpleaños? —dijo el abuelo—. ¿Por qué nadie recordar? *Orai*, no tengo ovejas que regalar a ti.

En ese momento dejé de escuchar y comencé a pensar cuánto odiaba las ovejas. Odiaba cómo olían a jerséis sucios y la manera en que balaban como bebés con los pañales meados, y en especial odiaba cómo te miraban con sus grandes ojos marrones que parecían decir: «Tienes que ocuparte de mí, soy tan indefensa». Odié y odié y odié. Necesitaba liberar mi rabia, y como no tenía cerillas, decidí pelearme con Oxea. A falta de fuego, una buena pelea me pareció lo mejor.

Oxea era el hermano menor del abuelo, sólo que era treinta centímetros más alto que él, y aunque tenía setenta años, Oxea solía poner una nuez entre el antebrazo y el bíceps y podía cascarla sólo con flexionar sus músculos.

—Yo como montaña —solía decir Oxea—. Estoy hecho de piedra.

Yo solía decir que sí, para luego añadir que estaba seguro de que su cerebro también era de piedra.

Oxea amaba sus ovejas. Castraba los corderos con los dientes y luego escupía los testículos en un cubo sanguinolento. Más tarde hacía criadillas asadas y se las comía.

Yo le decía que eso era asqueroso. Me contestaba que sabían tan ricas como salchichas untadas en azúcar.

Todo eso era parte de una batalla sin cuartel.

La batalla comenzó a los siete años cuando tiré la boina de Oxea al tejado del granero. Entonces fue cuando Oxea me contó la historia de Mamu, un ser gigante y peludo.

—¿Te refieres a Bigfoot?

—*Ez*, no, Mamu —dijo Oxea—. Él hace tu Bigfoot parecer cachorro.

—Eso es mentira.

—Ven y ver —dijo Oxea—. Mamu, si tener hambre, te busca.

—¿A mí?

—A Mamu gusta pequeños niños malos. Son como *oilaskoa*^[3] para Mamu.

Aunque juré que no le creía, durante un mes entero tuve pesadillas de largos brazos peludos que salían de las esquinas para atraparme. Oxea me contó también otras historias. Creí algunas, pero la mayoría —incluso con siete años— las puse en duda. Por ejemplo, su historia de que podía hablar con las ovejas.

—Las ovejas no hablan euskera.

—Ahora no —dijo Oxea—. Ahora no, no desde que la serpiente habló a Eva.

Después, Dios, él dijo: ya no animales hablar con hombre. *Orai* sólo escuchan.

—Dios no dijo eso.

—*Ba*, tú ir a ver en Biblia. Dice eso.

Y yo miré, y en ningún lugar pude encontrar nada acerca de que los animales hablaran vasco.

Di la vuelta a la casa y me dirigí al granero. Sabía que encontraría a Oxea allí, bebiendo vino tinto de su *zakua*. Me imaginé que estaría triste por la venta de sus preciosas ovejas. Deseaba haber tenido una Biblia conmigo; de ese modo, la habría sacado y pedido a Oxea que me mostrase dónde aparecía que los animales entendían euskera. Como no podría mostrarlo, yo le diría que desde luego era una montaña, una montaña de mentiras. Eso le pondría tan encolerizado que me diría de nuevo que cuando nació yo era «*ttipia eta itsusia, bildotsa gaixua*». Pequeño y feo, un corderillo canijo y enfermo. Entonces, él en vasco y yo en inglés, comenzaríamos a lanzarnos insultos, que era precisamente lo que yo buscaba.

Cuando estaba pasando junto al edificio de la granja, que abajo tenía un recinto cercado, mi idea era arrojar el *zakua* de Oxea, junto con su boina, al tejado del granero. Estaba seguro de que Atarrabi y Mikelats estarían dormidos sobre la tierra húmeda allí mismo, así que cogí una manguera que estaba por allí. Un golpe de agua les haría salir disparados de donde se escondían. Esa idea maliciosa me hizo sentirme un poco mejor. Me arrodillé junto al cercado con la manguera en la mano. Los perros no estaban. Quizás papá había vendido también los perros. Se lo merecían.

Atarrabi y Mikelats eran la pareja de perros más vagos del mundo, tan vagos que incluso pasaban de parecer diferentes. Cada uno tenía una larga pelambreira gris y manchas color de barro, y tenían un ojo azul y otro marrón cada uno; yo nunca sabía quién era quien. Se suponía que eran perros pastores, sólo que jamás había visto a ninguno de ellos acercarse a las ovejas en el corral cerca de la granja.

—*Ardiak nahi ditut gileat!* —vociferó el abuelo—. ¡Quiero que vuelven las ovejas!

—Ya no están aquí —dijo papá—, vamos, ya no hay nada que hacer.

La voz del abuelo subió de tono todavía más. Me sacudí el polvo de las manos y rodillas y me dirigí al granero. Pasé de largo el tractor al que le faltaba una rueda desde antes de nacer yo, y pasé al lado del surtido de maquinaria oxidada que parecía crecer de la tierra. Los gritos de la discusión se desvanecieron tras de mí cuando me acerqué al granero.

La puerta del granero estaba abierta. Pasé al interior. Estaba vacío. Rayos de luz entraban a través de las grietas de las paredes cayendo sobre el suelo sucio. Había una paca de heno rota sobre un palé. Manojos de lana se habían enganchado en la madera del palé. El olor a oveja estaba en el aire, pero no había ovejas. No se oía el ruido de sus pezuñas, ni su balar. Todo estaba en silencio.

—¿Oxea?

Mi voz llenó el granero.

—¿Atarrabi? ¿Mikelats?

¿Dónde estarían escondidos?

Con un crujido, las puertas del otro extremo del granero se abrieron con un golpe de viento, y por alguna razón eso me recordó a Mamu. ¿Estaría agazapado en algún sitio? ¿Todavía me estaría esperando?

Me dije a mí mismo que me estaba portando como un tonto. Tenía trece años, era demasiado mayor para asustarme por un cuento de hadas para niños. Mamu no existía. Oxea lo inventó. Pero por si acaso, decidí salir por donde había entrado. En el momento en que me giraba para regresar, el viento golpeó de nuevo. Esta vez la puerta del granero se abrió del todo con un golpe seco, y entonces vi la silueta de los perros enmarcada en la puerta abierta. Estaban sentados bajo el gran roble, en medio del prado.

—Ahí estáis, so vagos —dije, pero ni Atarrabi ni Mikelats parecieron oírme. Su atención estaba fijada en algo que había en el roble. Desde donde me encontraba, parecía que uno de esos toldos para cubrir la hierba se hubiera soltado por el viento y quedado atrapado en las ramas del árbol. Pero cuando salí de la oscuridad del granero hacia la luz, vi que no era una lona sino un hombre. Yo me reí al ver a Oxea agarrándose a una rama del roble.

—¡Oye, suéltate! —grité.

Pero él no dijo nada.

La hierba seca crujía levemente bajo mis pies a medida que me acercaba al roble. ¿Cómo era posible que Oxea se sostuviera tanto rato? Atarrabi y Mikelats se giraron para mirarme. Uno de los perros lanzó un aullido lastimero.

—Oxe... —comencé a llamar de nuevo, pero me paré. Algo no estaba bien en la manera en que se sujetaba al árbol. Por un momento no supe qué pensar. Me mordí el extremo del labio. Me acerqué. ¿Y qué estaría haciendo en el roble? Oxea se habría vuelto chiflado, igual que el abuelo, a causa de alguna estúpida oveja, seguro. Pero ¿para qué trepar a un árbol? Entonces vi sus manos. Colgaban a los lados del cuerpo, abiertas. Vacías. No sostenían nada. Sentí que perdía pie. No podía respirar. Algo subía por mi garganta cuando vi que la soga de algodón trenzado con la que Oxea tumbaba y ataba las ovejas, estaba ahora anudada a su cuello.

No fui a buscar a mi padre. Todavía no. Después de todo se trataba de Oxea, quien me decía que los animales entendían el vascuence. Y que Mari, la reina de los genios, volaba por el aire rodeada de una bola de fuego. Y que las lamiak, gente diminuta del tamaño de mi mano, se introducían sigilosamente en mi casa cada noche y soñaban con hacerse humanas.

Me acerqué unos pasos más.

No era posible que Oxea estuviera colgado del árbol. No Oxea. Oxea, que podía cruzar el prado de punta a punta con dos ovejas cogidas bajo los brazos. Oxea, que podía lanzar una paca de forraje con una sola mano. Oxea que estaba hecho de piedra. Era como la montaña, para siempre.

Sus ojos estaban abiertos y yo esperaba que comenzara a reírse, diciendo «Te la he jugado». Pero su expresión no cambió. Era la expresión gris que ponían él y el abuelo siempre que me oían usar las expresiones de moda aprendidas en la escuela. Cadenas de palabras en inglés que no sabían desmarañar.

Moscas zumbaban en el aire. Se posaban sobre las mejillas de Oxea, que estaban hinchadas y enrojecidas como las morcillas que tanto le gustaba comer. Un olor agrio subía del suelo bajo sus pies: un charco de vino.

Su boina yacía allí junto a su *zakua* de vino. El viento soplaba, y las hojas parecían susurrar con un centenar de voces diferentes, mientras que la rama de la que Oxea colgaba crujía como si estuviera a punto de romperse. Veía a Oxea balancearse hacia delante y hacia atrás; su cuerpo era un péndulo cuyo tictac anunciaba cada segundo que un día de cumpleaños había terminado antes de haber siquiera comenzado.

Dos / bida

Aquella noche soñé con el Mamu. Estaba en la granja del abuelo y era de noche. Una luz roja se desparramaba por el suelo. Nada se movía. Comencé a llamar a Atarrabi y Mikelats, pero los perros no vinieron a mí. Estaban escondidos, y yo sabía de qué tenían miedo. No estaba solo.

Comencé a andar por el camino de entrada a la granja, pasé junto a mi padre y el abuelo discutiendo, y fui hacia el granero. Mi corazón latía a cien por hora. Todavía había tiempo. Si me daba prisa las cosas podían cambiarse.

Me puse a correr como loco.

Cuando llegué al granero, dentro olía a Oxea, lana polvorienta y vino rancio. Seguí adelante. Al otro extremo del granero, abrí la puerta.

El roble esperaba. El árbol era tan alto como el granero y su tronco apenas podía abarcarlo con mis brazos extendidos. Sólo que la copa del roble no tenía un aspecto sólido, sino que era como una nubecilla de humo que el viento podría deshacer.

No había nada colgado de los vástagos del roble. Con una espiración solté el aire que, sin darme cuenta, llevaba rato reteniendo.

Todo era un sueño. Lo que había ocurrido no era real. Oxea vivía. Era pues un sueño. Entonces oí algo que se movía a través de la hierba seca del pastizal. Un brazo cayó de lo alto y circundó el tronco del roble. Jirones con apariencia de lana se pegaban a su piel, tan llena de protuberancias como la corteza misma del árbol. El brazo intentaba alcanzarme, y vi que en sus grandes zarpas en vez de garras había dedos cortos y gruesos, como los del abuelo, los de papá y los míos.

No podía moverme. La corona de una cabeza apareció detrás del árbol. Reconocí inmediatamente el pelo moreno ensortijado de Oxea y el rojo color de sus mejillas. Pero ahora su pelo estaba apelmazado. Caía sobre sus hombros y marcadas cicatrices surcaban sus pómulos.

Y en ese instante vi sus ojos. A la vez eran y no eran los de Oxea. Oxea se había convertido en Mamu, o al menos una parte de él se había transformado, y esa parte era salvaje y me aterraba.

Mamu abrió su boca. Sus dientes estaban astillados y rotos y sólo le quedaba un canino sano. Echó su cabeza hacia atrás y lanzó un grito. Era el grito agudo y ascendente del *irrintzina* con el que Oxea me llamaba en la granja. Oxea me había contado que era el grito con el que los pastores vascos se llamaban de un punto a otro en los Pirineos. Pero el *irrintzina* de Mamu no tuvo respuesta. El País Vasco estaba más allá del océano, y no había otros pastores; sólo estaba yo, y permanecí en

silencio.

Mamu chilló de nuevo y la fuerza de su *irrintzina* hizo temblar el roble. Me tapé los oídos con las manos y caí de rodillas. No quería oír más. No porque me amedrentara, sino por el dolor que expresaba la voz de Mamu. Era como si estuvieran machacando su corazón dentro de su pecho. Cerré los ojos a la vez que mi cuerpo resbalaba hacia el suelo, donde se entamó y confundió con las raíces, y en aquella oscuridad oí la respiración de Mamu.

Cuando me desperté, mi padre estaba de pie a mi lado.

—¿Qué demonios pasa, hijo?

Me incorporé y senté en la cama. Mi padre llevaba la camisa por fuera de los pantalones y en la camisa se veía una mancha de los macarrones de la noche anterior. ¿Había estado mi padre allí toda la noche? Llevaba el pelo despeinado y aplastado.

—Buenos días, Matt —dijo papá.

—¿Qué haces?

—Pues, mira, tengo que volar a Denver dentro de una hora.

—¿Por qué?

—Oxea deseaba ser enterrado junto a su esposa.

—¿Estuvo casado?

—Veintidós años —dijo papá—. Su esposa está en un cementerio católico.

—Y ¿qué?

—Bueno, pues a causa del modo en que Oxea..., bueno... de cómo ocurrió, hay algunos asuntos legales que hay que solventar.

—Era el hermano menor del abuelo. Sería mejor que fuera él.

Mi padre suspiró:

—El abuelo no podría hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no podría —respondió papá.

Tenía círculos rojos alrededor de los ojos y yo no quería pensar que había estado llorando. Se llevó las manos a la frente presionándola, como intentando que algo allí dentro no se desparramara. Al ver sus manos recordé mi sueño con nitidez.

—Voy contigo —le dije.

—Debes quedarte aquí con el abuelo.

—No pienso ir a la granja.

Mi voz tembló del modo que yo no quería. No se trataba de que no me gustase la granja del abuelo. De hecho, hasta que cumplí los diez años, cada vez que papá se iba de viaje, yo me quedaba en la granja con el abuelo y Oxea. Siempre lo pasaba fenomenal. Más tarde, un día en el desayuno, le dije a papá que no deseaba ir allí más.

—¿Por qué no? —me preguntó papá, levantando la vista brevemente de las hojas que estaba consultando.

—Es aburrido —respondí—. Ni puedo ir por ahí con mis amigos, ni ir al centro

comercial, ni andar en monopatín, ni nada de nada.

Esto no dejaba de ser una verdad a medias. Habría que añadir que comenzaba a darme cuenta de cuán diferente era mi abuelo de los abuelos de los otros chicos. El mío asaba morcillas y juraba que el mejor globo era una vejiga inflada de oveja. La vida de los otros abuelos giraba alrededor del bridge y viajes a Méjico, pero para mi abuelo las ovejas eran toda su vida. El abuelo era un embarazoso silencio que había decidido ocultar. Así es que papá hizo un trato con la señora Smith para que se quedara conmigo cada vez que él viajase. El abuelo jamás dijo nada al respecto.

Cuando ocurría que yo me presentaba en la granja, él actuaba como si nunca me hubiese ido de allí, como si simplemente me hubiera escondido un ratito o hubiera dado una vuelta a la esquina, pero siempre cerca, donde él pudiera verme.

—No voy a ir a la granja —dije de nuevo. Esta vez mi voz no sonó quebrada.

—Él va a venir aquí.

—¿Por qué no viene la señora Smith?

Papá cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro y podía ver que estaba cavilando la manera de contestarme.

—Matt, el abuelo me tiene preocupado —dijo al fin—. Ya sabes que a veces está confuso y... bueno, tú ya lo sabes. De modo que, ¿podrías cuidar de él mientras yo estoy de viaje? Asegúrate de que esté bien. ¿Comprendes lo que estoy diciendo? Acaba de perder a su hermano.

—No quiero quedarme —dije, pero lo que me callé fue que no quería al abuelo allí.

No pretendía decir que no quisiera a mi abuelo. Simplemente el cariño no ocupaba entonces mis pensamientos. Al menos no de ese modo, y desde luego que no cuando tenía a la persona delante. Sería tremendamente vergonzoso. Para mí, el amor era un sentimiento que daba solidez. Y en ese momento yo no me sentía sólido. Oxea se había ido y había dejado en mi interior una red de agujeros que necesitaba cubrir. Ése era el quid de mi negativa a que viniera el abuelo. El abuelo traería a nuestra casa el olor de Oxea, su tacto. Me recordaría qué peligroso es amar y que por querer a Oxea ahora faltaba algo de mí.

—Bueno, veamos. Tú y el abuelo saldréis en avión el miércoles para asistir al funeral.

Con un gruñido me dejé caer sobre la cama y apreté los dientes. Papá rió:

—Cuando no consigues los que quieres, sacas el mentón como solía hacer tu madre.

Inconscientemente, palpé mi cara y desplacé la barbilla a su lugar. Entonces, antes de que tuviera tiempo de alejarme, papá se inclinó hacia delante y me besó en la mejilla.

—Te quiero, hijo.

—Vete de aquí —me cubrí la cabeza con la manta y permanecí así hasta que oí que se cerraba la puerta.

Una hora después, de camino al Instituto, saqué una foto de mi madre del bolsillo trasero de mi vaquero. Había mangado la foto del comodín del cuarto de mi padre después de que se fuera al aeropuerto. No me estaba permitido entrar en la habitación de mi padre si él no estaba y, mucho menos, curiosear entre sus cosas, así que eso es lo que hice.

Miré de nuevo a la mujer que era mi madre. Estaba asomada a la ventana de una ranchera y saludando con la mano. Su pelo ondeaba al viento como si la ranchera estuviera en movimiento. Pero debía ser el viento, ya que la puerta estaba abierta y ella estaba saliendo del vehículo. Su cara, ladeada, miraba algo de soslayo con sus ojos verdes. Sea lo que fuere lo que estuviera mirando, transformó la expresión de su rostro. La cámara reflejó en la instantánea un sentimiento situado entre la felicidad y algo desconocido para mí. ¿Qué vio? ¿Qué borró la sonrisa de su rostro? Miré la foto largamente, tratando de fijar la imagen de mi madre en mi mente. No obstante, como siempre ocurre, tan pronto como devolví la foto al bolsillo, su imagen comenzó a desvanecerse hasta que al final no hubiera podido reconocer su rostro entre la multitud.

Quizá todo sería diferente si yo, en vez de tener tan sólo dos años cuando aquel coche la atropelló... El conductor dijo que no pudo verla. O quizá si papá me hubiera hablado más de mamá... O si los padres de mi madre no estuvieran enterrados en algún lugar del País Vasco, sino vivos... De algún modo, era como si ella jamás hubiera existido.

No se podía decir lo mismo del abuelo. ¡Él sí que existía!

Tres / hiru

Ese mismo día, después de comer, el abuelo entró en la clase de historia de la profesora Helm sin siquiera llamar.

La señorita Helm estaba en la mitad de una clase de historia sobre la ONU.

—Establecida en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, la ONU se formó para promover la paz y el entendimiento entre las diferentes culturas del mundo.

Rich y yo estábamos en la parte de atrás de la clase burlándonos de Mike Clausen y la ridícula falda escocesa que llevaba a la escuela el día de Heritage Day^[4] cuando Rich me pegó con el codo y exclamó:

—¿De dónde se ha escapado ése?

Levanté la vista y allá en la puerta estaba el abuelo. Saqué la foto de mi madre del bolsillo y la puse dentro del pupitre. Y luego cerré los ojos. El abuelo no estaba allí. Por favor, Dios, que se pase este sueño. Despierta, despierta. Pero al abrir los ojos, a diferencia de Mamu, el abuelo no desapareció. Busqué una escapatoria, pero el abuelo permanecía de pie junto a la única puerta de la clase y las ventanas tenían pantallas de protección. Estaba atrapado.

Rich me dijo:

—Tiene la misma pinta que el tipo de la foto de la Segunda Guerra Mundial.

El abuelo vestía su habitual gabán negro, que le colgaba como si fuera un joven que lo hubiera robado del armario de su padre. El abuelo no levantaba la vista del suelo mientras se apoyaba bien en una pierna, bien en la otra.

—He oído que en Heritage Day iban a enviar actores vestidos de los diferentes lugares de origen —dijo Linda García, al otro lado de Rich.

—Oye, Mike —dijo Rich—, ¿por qué no bailas una danza escocesa con el viejo?

Los demás de la clase se rieron hasta que la señorita Helm les mandó callar.

—¿Qué deseaba? —preguntó al ver al abuelo.

Sin levantar la vista, el abuelo le tendió un papel. Cuando la profesora Helm se levantó de su pupitre para recoger el papel, oí como Rich se movía en su asiento y supe que él y los demás chicos estaban mirándole las piernas. La señorita Helm acababa de finalizar su licenciatura y tenía unas piernas estupendas; quiero decir con ello que no eran ni cortas ni huesudas como las de las otras chicas de clase. Las piernas de la señorita Helm parecían estirarse sin límite y los músculos de sus pantorrillas se dibujaban al caminar. Normalmente, yo aprovechaba cualquier oportunidad para mirar sus piernas, pero con el abuelo en el aula, no era un día normal. Así pues, mantuve la vista fija en él —y dejé escapar la posibilidad de mirar

las piernas de la señorita Helm— tratando mentalmente, con toda mi fuerza, de obligar al abuelo a volverse y salir de clase antes de que nadie supiera que estábamos emparentados.

—Lo siento, señor —dijo la profesora—, pero en esta clase no hay ningún Mathieu Et... ¿cómo se pronuncia?

El abuelo entonces levantó la vista. No se había afeitado siquiera y tenía el asomo de una barba gris, sus mejillas eran de color del vino tinto y su nariz aguileña tenía la misma forma que los cayados de pastor que guardaba en el granero.

—Etcheberri —dijo el abuelo—. Quiere decir casa nueva.

—Oh, ¡qué interesante! —dijo la profesora Helm—. ¿Qué idioma es?

—Euskera. Vasco.

Todos en la clase se pusieron a murmurar:

—¿Ha dicho casco? ¿Qué casco? Como si los cascos pudieran hablar.

El abuelo hacía girar el borde de la boina entre sus dedos, como una rueda, y me di cuenta de que la señorita Helm fruncía delicadamente la nariz. Había olfateado las ovejas. Me hundí más en mi asiento y recé para que el abuelo se fuera. Pero él debió reconocer la corona de mi cabeza, porque apuntó en mi dirección y dijo:

—Aquí, éste es Mathieu, mi nieto.

—¿Matt? Matt Echbar, venga aquí, por favor.

Mientras iba por el pasillo entre los pupitres, yo miraba al suelo y a las deportivas de mis compañeros y tuve que escuchar comentarios de este cariz:

—¡Eh, señor Casco, aquí está mi cabeza!

—¿Qué dices ahora de mi falda escocesa? —me espetó Mike Clausen.

—Debería haber sabido que tu verdadero nombre era Mathieu —dijo la señorita Helm, dirigiéndose a su pupitre.

Me giré de lado para echar una mirada de advertencia al abuelo mientras me mordía el labio. Él no se dio cuenta y me sonrió tranquilamente.

—Sí, claro, como mío —dijo el abuelo—. Está en familia. Nosotros... ¿cómo se dice...? Intercambiar nombre hijo mayor: Mathieu, Ferdinand, Mathieu, Ferdinand.

—Oh, qué encantador.

El abuelo se llevó la boina al pecho e hizo una leve reverencia a la señorita Helm. Ella se rió de un modo tal que su risa sonó más a suspiro que a carcajada. Algunas chicas de clase comenzaron a aplaudir. Cerré los ojos y contuve la respiración con la esperanza de desmayarme. Tuve que permanecer consciente mientras mi reputación en la clase de trece años se iba a la mierda.

—Me gusta su boina —dijo la profesora Helm.

—Un vasco, nunca sin boina. Quién sabrá cuándo llueve.

—Eh, Matt, ¿dónde está la tuya? —preguntó Rich desde atrás.

—¡Silencio! —dijo la señorita Helm—. Matt, nunca nos habías dicho que eres vasco.

—Se me olvidó.

—A juzgar por tu apellido, deduje que eras de ascendencia alemana.

—Muchos vascos, al venir América, cambian nombre. Más fácil para lengua — explicó el abuelo.

Cuando mi padre transformó el apellido, dijo que «era parte de su estrategia de promoción». Cuando comenzó su trabajo para John Deere, el apellido pasó de *Etcheberri* a *Echbar*. Cuando me hice mayor y me di cuenta de la diferencia entre los apellidos de papá y del abuelo, se lo pregunté a papá. Me dijo que lo había cambiado «porque nadie aquí sabe pronunciar Etcheberri. Echbar es más fácil». Yo acepté la explicación porque realmente Echbar es más fácil de pronunciar. Nunca me había dado por pensar que podría haber otra razón bajo el cambio de apellido. No me había dado cuenta de hasta qué punto el pasado desaparecía con el cambio de unas pocas letras que había decidido obliterar.

En cuanto a *Matt*, todos me llamaban así excepto el abuelo, quien insistía en llamarme *Mathieu*. Yo odiaba el nombre; sonaba como los nombres que se oyen en un bautismo o en un funeral y que no valen para el día a día.

—Discúlpeme —dijo la profesora Helm—. He oído hablar del País Vasco, pero no sé exactamente dónde está.

—Euskal Herria la llamamos nosotros. Es el Jardín del Edén y está en los Pirineos.

Algunos de mis compañeros dijeron con sorna: «¡Oh! Matt viene del paraíso».

—¡Fascinante! —dijo la profesora Helm, llevándose la punta de los dedos a los labios en un delicado mohín. ¿Qué más nos puede contar de los vascos?

—Yo contar que *neska* como usted, hace olvidar a pastor que tiene ovejas.

La señorita Helm se rió y mi estómago se retorció como atrapado entre alambres espinos.

—¡Vámonos! —dije al abuelo, y tiré de la manga de su abrigo.

—Encantado de verlos a todos —dijo el abuelo, mientras yo seguía estirando de su manga.

—Mathieu nunca había dicho que tener profesora bonita. Sólo dice algo sobre piernas. ¿Cómo dices, Mathieu?

—Nos vamos.

—*Izan untsa* —saludó al abuelo a la clase, llevándose la mano a la boina—. ¡Queden con bien!

Mientras cerraba la puerta, escuché cómo la señorita Helm y el resto de la clase repetían «*Izan untsa*», y a unos pocos añadir: «¡Adiós, Mathieu del paraíso!».

—¿Qué estás haciendo aquí? —me encaré con el abuelo en el pasillo fuera de clase.

—Yo buscar.

—Después de clase, no en mitad de la clase.

Se oían risas que provenían de mi clase, y yo estaba seguro de que tenían que ver con el niño-casco del paraíso.

—Me has puesto en vergüenza delante de todos —dije al abuelo.

—¿Cómo he hecho eso yo? —preguntó y pude advertir el esbozo de una sonrisa en su cara.

—Sabes muy bien cómo.

—Ez, no, seguro. Yo sólo intentar ser majo con *zure* amigos. —Y se encogió de hombros inocentemente.

—Bueno, vale —fue todo lo que se me ocurrió decir, puesto que no sabía si estaba siendo totalmente sincero. Con el abuelo nunca se sabía: lo que comprendía o no, lo que iba o no iba a hacer. Si le presionaba con más preguntas, comenzaría con su tema «yo no saber inglés». Yo estaba casi seguro de que era una trola, pero no había manera de probarlo.

El abuelo dijo:

—Volvemos a clase. Yo decir a profesora y *zure*...

—¡Ni hablar! —me puse delante de él bloqueando su paso—. Vamos a casa.

Cogí al abuelo y me lo llevé pasillo adelante.

Cuatro / lau

La ranchera color verde pistacho del año 1959 estaba aparcada en la zona para profesores. El vehículo, corroído y con herrumbre, estaba aparcado entre los lustrosos coches de los profesores. Llevaba en la parte de atrás dos pacas de heno, alambres enrollados y postes de cercado de madera. Suspiré. La ranchera parecía sacada de una peli de paletos en la ciudad. Sólo faltaba que los chicos de clase me vieran. En lo alto de la pila de trastos, Atarrabi y Mikelats estaban tumbados. Ni que decir tiene, estaban completamente dormidos.

—Aquí no puedes aparcar —le dije al abuelo.

—¿Cómo no? Es aparcamiento, *bai*?

—Aquí dice «Profesorado». ¿Es que no sabes leer?

—*Bai*, *baina* sólo palabras conocidas.

A medida que nos acercábamos me di cuenta de que la ranchera estaba pegada al lujoso Lincoln Continental del director. La pintura metalizada del coche relucía con el sol de la tarde y en los neumáticos también relucientes ambos perros se habían meado.

—¡Malditos perros! —les lancé una mirada furibunda, pero ellos parecían sonreírme mientras dormían.

Abrí la puerta del copiloto y un fémur de cordero cayó al asfalto. El hueso —repulsivo— debía ser para Atarrabi y Mikelats; ni siquiera el abuelo roería un hueso tan viejo —o al menos eso pensaba yo—, y como estaba tan enojado con los perros y la horrorosa ranchera del abuelo, dejé el hueso en el lugar donde había caído y entré en el vehículo.

En el momento en que el abuelo trepaba al asiento del conductor, dijo:

—Tienes bonita profesora. *Polita*, *bai*?

—La escuela es una peste.

—Como estiércol de *bildotsa*, ¿eh?

—Ya sabes que quiero decir.

Mientras arrancaba el abuelo negó con la cabeza.

—Pues, no. Inglés tan *gogora*^[5]. Muchas palabras sonar igual pero no tener igual sentido.

—Vámonos ya —le dije.

Me dejé caer en mi asiento y me subí el cuello de la camisa hasta taparme el mentón. Observé las ventanas del Instituto para ver si alguien estaba mirando la ranchera. Pero daba lo mismo. Sabía que estaba condenado a ser «el casco del

paraíso» durante el resto de mis días en el Instituto.

Las marchas de la ranchera martillearon cuando el abuelo salió del aparcamiento a la carretera. Al final de la manzana, un obrero de la construcción nos dio paso con una bandera. Trabajaban en el nuevo edificio del Valley Bank. La profesora Helm nos había dicho que iba a ser la construcción más alta de Phoenix. Grandes trozos de asfalto estaban apilados sobre la acera y la ranchera vibraba con el ruido de los taladros neumáticos golpeteando la tierra, mientras el abuelo conducía a paso de tortuga. El Buick rojo de detrás tocó la bocina.

—¿No puedes ir un poco más lento?

—Claro, no. Difícil conducir aquí. Cristales brillar, paso muy estrecho *eta jendea* ser como ovejas sin pastor.

—Bueno, pues no te creas que estás en Nueva York. Es sólo Phoenix, Arizona. ¡Si a esto no se le puede llamar ciudad! —le dije.

—Suficiente ciudad —me contestó el abuelo.

En el momento en que pasábamos al lado de la construcción, miré con detenimiento el armazón de acero elevándose hacia el pálido sol. En ese instante, hubiera deseado estar allí arriba, completamente solo, únicamente con el cielo a mi alrededor, sin escuela, sin Rich, sin abuelo. Entonces me acordé de Oxea. ¿Cómo sería ahora su existencia? ¿Estaría flotando en algún lugar entre las nubes? ¿Me estaría mirando? ¿Deseaba volver con nosotros? O ¿estaría contento de estar solo?

Cuando me volví para mirar al abuelo, era como si supiera lo que yo estaba pensando. Su cara era impertérrita y sus ojos no parpadeaban. Reconocí enseguida esa mirada. La había visto en la cara de Oxea, en la de mi padre y en la mía misma. Él estaba intentando solventar un problema, probablemente sobre su hermano. Repasando lo que ocurrió una y otra vez. Intentando buscar la manera de deshacer lo que pasó. O quizá no... Quizá el agujero que había producido Oxea era demasiado grande y el abuelo estaba pensando en seguir a Oxea a ese lugar entre las nubes. Yo no podía saberlo y el abuelo no parecía dispuesto a decírmelo. En mi familia no hacíamos esas cosas. Resolvíamos el problema cada uno para sí, sin que nadie supiera lo que estaba pasando por nuestra cabeza. Pero ¿y si Oxea le hubiera contado al abuelo lo que iba a hacer? ¿Hubiera podido detener a su hermano? ¿Aún estaría Oxea aquí?

Mi cabeza ardía pensando a mil por hora.

Me constaba que otras familias compartían sus sentimientos, incluso a la hora de cenar. Yo no deseaba eso. De hecho, de sólo pensarlo se me hacía un nudo en el estómago, como cuando salté de lo alto de las espaldas del gimnasio. Se me hacía suficientemente cuesta arriba cuando en clase nos animaban, y a veces incluso nos apremiaban, a expresar nuestros sentimientos. Y, chico, ¡cómo se expresaban algunos! Esa misma semana, la señorita McGregor pidió a la clase que alguien le dijera algo bonito, ya que estaba pasando por un momento de baja autoestima. Y Bobby Carrol anunció a la clase que había vuelto a mojar su cama porque en el recreo

había sido relegado al último puesto en béisbol.

Cuando escuchaba a mis compañeros decir tales cosas me hacía sentir como si me hubiera vomitado encima. Todavía recuerdo la vez en que la señorita Helm me pidió que «compartiera» con la clase. Celebrábamos el día de Mi Historia Personal y estábamos haciendo libritos de recuerdos para nuestras madres, por lo que le dije que no podía hacerlo ya que no tenía madre ni recuerdos de ella. La señorita Helm, con ojos lacrimosos y delante de toda la clase, dijo:

—Quiero que cada uno de vosotros dé un recuerdo de vuestra madre a Matt para que él pueda completar su libro.

Me pasé el resto del día recogiendo los recuerdos de mis colegas: del momento en que su mamá le puso una toalla húmeda sobre la cabeza cuando estaba enfermo, de su mamá haciendo galletitas para ellos, de cuando les leían por la noche y de conocer palabras mágicas que hacían desaparecer el dolor. Durante todo el tiempo me sentía como si necesitara una ducha.

Sin embargo, en ese preciso instante, con el abuelo en aquella ranchera, me hubiera gustado que me comunicase algo. Recordé lo que dijo papá, cómo estaba preocupado por el abuelo y no podía dejar de pensar en Oxea colgado de aquel roble, balanceándose. Tenía que salir de mi ensimismamiento y quería que el abuelo hiciera lo propio; así que rompí el viejo código familiar y pregunté:

—¿Abuelo, no irás a suicidarte?

El abuelo frunció el ceño.

—Cuando tú nacer, eras *ttipia eta itsusia, bildotsa gaixua*.

El abuelo lo dijo como solía hablar Oxea, sacando las palabras una a una. Oxea siempre hablaba despacio, cada palabra como una piedra que cayera de su boca, incluso cuando estaba furioso. No como el abuelo, cuyas palabras rebotaban y se entrechocaban en su intento de ser escuchadas. Era como si el abuelo se hubiese convertido en Oxea y Oxea en él. Los dos viviendo en un mismo cuerpo. Y eso no me hacía ni pizca de gracia.

Entonces el abuelo se puso a cantar una canción cuya melodía conocía por la radio. Era *Puppy Love*^[6] de Donny Osmond. Sólo que, como siempre que el abuelo cantaba, inventaba sus propias letras.

*Gileat behatzen dut zer egina zen
eta ene bihotzain mina*^[7],
y lo llaman amor de joven.

Yo estaba seguro de que la letra tampoco era la correcta en vasco y de que simplemente ponía las palabras que sentía ganas de expresar. Pero no podía probarlo ya que no entendía su idioma «secreto». No obstante, sí pude advertir que las palabras en vascuence cambiaban cada vez.

—*Ene bihotzain itxura* —seguía cantando— la forma de mi cora...

—Detesto esa canción —le dije.

—*Detesto*, palabra grande —dijo él—. Dos palabras en realidad: *de* y *testo*.

—*De* no es una palabra, es una partícula.

—No, bueno, no en tu idioma.

Se estaba pitorreando de mí, así que no le contesté. Al menos estaba contento porque ése era el abuelo de siempre, un abuelo al que decidí borrar de la camioneta con mi imaginación. Por lo menos hasta que llegáramos a casa; allí podría escapar a mi habitación y estar solo de verdad. Pero si lo iba a ignorar, necesitaba un plan para ignorarlo, de modo que abrí la guantera y me puse a revolver entre lo que allí encontré. Había un cuchillo militar roto del que no quedaba más que la cucharilla, unos cuantos tickets de aparcamiento amarillentos por el paso del tiempo, y una vieja sogá anudada. Me puse a trajinar intentando soltarla, pero el abuelo no quería desaparecer del medio.

—Tienes pelo como *neska*.

Me concentré en el nudo más grueso.

—Seguro, tú deber llevar vestido.

No podía meter los dedos entre el nudo, de modo que lo intenté con los dientes. Eso tampoco funcionó; el nudo seguía tenso.

—Tú hacer *polita neska*.

Volví a meter la sogá en la guantera y la cerré.

—Bueno, pues tú hueles a oveja.

—*Milesker*. Las ovejas oler bien.

Ahora era mi turno mofarme de él.

—Lo que tú digas, abuelo —le dije.

Vi cómo una mueca irónica cruzaba su cara desde lo alto de la frente a la punta de la barbilla.

—*Aitatxi ni, Mathieu*. Yo Aitatxi, no abuelo.

—En mi idioma, tú eres abuelo.

Comenzó a refunfuñar. Era mucho más divertido que intentar soltar una vieja sogá.

—Eso no ser bien. Nosotros *eskualdunak*.

Le dije:

—Tú eres vasco. Yo soy estadounidense: McDonald's, Pepsi, Disneyland y no hay *aitatxis*.

—Tu *aita* no deber permitir esto.

—No tengo un *aita*, tengo un padre.

—Tú tienes *aita* y *aitatxi*.

—Nadie que conozca tiene un *aitatxi*. Nadie en mi equipo de béisbol y nadie en el Instituto.

—Entonces, tú especial.

—Sí, maravilloso. Les cuento a mis amigos que tengo un *aitatxi* y pensarán que es algún tipo de enfermedad.

—*Ene izena da Aitatxi* —insistió—. Mi nombre es *Aitatxi*.

—Lo que tú digas, abuelo.

—¿Por qué tú hacer esto? No llamas abuela a *amatxi* y no llamas tío a *Oxea*.

—Tenía tres años cuando murió *amatxi*. No podría llamarla de otro modo. En cuanto a *Oxea*...

Nunca había pensado en *Oxea* como en un tío. Sonaba demasiado adulto. Y *Oxea* era todo menos un adulto. Él fue quien me enseñó a decir mi nombre con un eructo y a escupir pepitas de sandía desde lo alto del granero de heno sobre las inocentes cabezas de *Atarrabi* y *Mikelats*. *Oxea* y yo íbamos juntos, nos peleábamos uno con el otro y nos metíamos juntos en problemas. *Oxea* era *Oxea*. Su nombre le iba como anillo al dedo, como sus ovejas que adoraba, como estar siempre en la granja. En ese instante me di cuenta de que jamás había visto a *Oxea* sino en la granja. Nunca venía a visitarnos ni iba a la ciudad con papá. Era como si la granja fuese el único lugar donde *Oxea* existiese. Hasta que dejó de existir.

—Esto pasa porque *zure aita* olvidar euskera —las manos del abuelo agarraban el volante con fuerza—. *Ferdinand* deber recordar él ser vasco. Y tú debes recordar también, *Mathieu*.

—¿Cómo puedo recordar algo que nunca he aprendido? —le pregunté, y estuve a punto de añadir que papá ya no se llamaba *Ferdinand*, sino *Fred*, aunque tuve una idea mejor.

—Mira, abuelo. Te llamaré *Aitatxi* si tú me llamas *Matt*.

—*Matt*, ¿qué tipo de nombre ser ése? Sonar como «mata». Tú no ser zarza, tu nombre *Mathieu*.

—O es *Matt*, o te quedarás en «abuelo» —me sonreí. Ja, esta vez yo fui más listo.

El abuelo apretó los labios y por un momento pensé que iba a escupir contra el parabrisas. En ese instante, ladeó la cabeza como colocando en su lugar algo que estuviera suelto, chasqueó la lengua y retiró su boina hacia atrás, dejando escapar un manojo de cabello blanco. Entonces susurró para sí: *Mendian heltzen da urrats bat aldian*. No tenía ni idea de qué quería decir y parecía que el abuelo no estaba de humor para decírmelo. Me dijo, sin embargo:

—Ya tienes tu *tratua*, *Matt*.

No podía creerlo.

—¿No habías dicho que sonaba a mata?

—Sí, seguro. Tú ser mata si quieres —dijo el abuelo— y yo *Aitatxi*. Ahora di.

Tenía la garganta reseca.

—Vamos, tú hacer buen trato.

—*Ai-ta-txi* —dije, y aborrecí su sonrisa cuando lo escuchó. El abuelo me había ganado de nuevo. Me había vapuleado incluso con mi propia idea.

El abuelo comenzó a cantar otra canción de *Donny Osmond*. Sólo cantaba

canciones de «Los 40 principales» que las radios ponían incansablemente. Estaba seguro de que elegía las canciones a posta. Sólo cantaba las que sabía que yo conocía y luego les cambiaba la letra para chincharme.

*Ene sematxia ezta azeria bezain abila
eta ni baino abilo izain da*^[8]
el día de nunca jamás.

Mi mentón sobresalía en el reflejo de la ventana del copiloto. Tenía que haber un modo de hacer morder el polvo al abuelo. Sólo necesitaba pensar. Pero mi mente se puso en blanco cuando me di cuenta de que íbamos en la dirección equivocada. Había estado tan absorto en la acalorada discusión con Aitatxi que no había prestado atención a dónde nos dirigíamos. Estábamos en las afueras de Phoenix y muy lejos de casa.

—Se suponía que íbamos a casa.

—*Ez*, creo que no.

Al recordar el roble, respiré entrecortadamente.

—No quiero ir a la granja —dije.

El abuelo puso su mano en mi pierna.

—No preocupar, *gaixua*. No ir a granja.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

—¿Te gustan ovejas, Matt? —me preguntó Aitatxi y sonrió de oreja a oreja.

Desde el primer momento supe que recuperar las ovejas robándolas era una mala idea, y así se lo hice saber a Aitatxi.

—A papá no le gustaría esto —dije yo en el momento en que nos metíamos en la autopista 60.

—*Aita*, él no está aquí.

—Se va a poner furioso.

—Entonces él no debe vender mis ovejas —contestó Aitatxi.

El abuelo averiguó que papá había vendido las ovejas al Rancho para turistas Outwest, en Wickenburg, a unos cincuenta kilómetros al norte de Phoenix. No me podía imaginar para qué querían las ovejas un puñado de cowboys de pacotilla. No podían montarlas, o al menos no llegarían muy lejos. Yo mismo lo había intentado. Cabalgar sobre una oveja era como ir montado sobre un barril envuelto en una alfombra floja y peluda. Muy pronto acababas mordiendo el polvo. Quizás pensaban hacer una barbacoa gigante y comérselas todas. Si lo hiciesen, Aitatxi se pondría a dar saltos como si el suelo estuviera en llamas.

Mirando por mi ventanilla, mientras pasábamos de largo, vi el muro que separa Sun City del resto de Phoenix. En una valla publicitaria se leía: VIVA SU JUBILACIÓN SIN SUS HIJOS. Tras el muro, el sol se reflejaba en los tejados de arcilla roja que cubrían casas dispuestas en círculos, como los anillos de un gigantesco árbol. El abrupto fin del muro me hizo parpadear: la pared blanca se tornó tierra grisácea. El muro se curvaba y perdía en la distancia, mientras fuera quedaba tierra que había sido maquinada y allanada. Nada crecía allí. De repente, se generó un torbellino de polvo. Subió por el aire como un pequeño tornado para caer luego al suelo. Después de un rato la tierra gris se convirtió en un desierto ocre.

Casas hechas de adobe con tejados abombados surgieron a lo largo de la carretera. Delante de las casas había letreros con la palabra ANTIGÜEDADES. Los patios de las casas estaban repletos de cubos oxidados, piezas de maquinaria y muebles rotos. En una de las ventanas, una mujer que llevaba un tocado indio nos miró al pasar.

—Esta noche metemos en corral. Atarrabi y Mikelats ellos sacar ovejas —dijo Aitatxi.

—¿Ése es tu plan? Esos estúpidos perros no son capaces de mantenerse despiertos ni para sacar una sola oveja.

—Tú debes dejar trabajar *txakurrak*.

—Olvídate de los perros. Vamos a acabar en la cárcel —le dije, y luego repetí la

frase que mi padre me decía cada vez que me metía en problemas—: Eres demasiado mayor para hacer esto.

Aitatxi no contestó. En ese preciso instante, el día se tornó en noche. La cabina de la ranchera era todo sombras. Las sombras cubrieron la cara de Aitatxi. Sus ojos se agrandaron y su cara se desdibujó y tomó la forma de la cara de Oxea. Yo apoyé mi espalda contra la puerta del copiloto y dije en un suspiro:

—Tan sólo son ovejas.

Entonces Aitatxi sonrió y volvió a ser el abuelo de siempre. Se volvió para mirarme y dijo:

—Seguro, tú tener razón. Vamos casa.

Eso me relajó.

—Sería lo mejor —añadí.

Sólo que el abuelo no dejó de acelerar ni hizo mención de volver.

—*Ba*, tú tienes que volver a escuela mañana. Ver tus amigos.

Un zumbido recorrió mi cabeza sólo con pensar en volver a la clase de la señorita Helm. Podría imaginarme las miradas de los otros chicos y a Rich dándome caña:

—Nunca nos habías dicho que vienes del paraíso, Mathieu. Dinos que pinta tiene esa tipa, Eva.

—No olvidar decir «Hola» de mi parte a tu profesora *polita* —me dijo Aitatxi—. ¿Cómo decir de sus piernas?

Le pregunté a Aitatxi:

—¿Cuánto tiempo nos llevará el asunto este de las ovejas?

—Con Oxea, nosotros subir montaña hasta *etxola*^[9] en tres días.

Nadie en la escuela sabía que Oxea había muerto. Todavía no lo sabían. Probablemente aparecería mañana en los periódicos. Ninguno de mis amigos sabía siquiera que tenía un Oxea y ahora ellos —junto con todo el resto de Phoenix— iban a saber de él y de cómo... No era asunto suyo, la verdad. Oxea pertenecía a mi familia y a mí, y no tenía ganas de compartirlo con nadie. Pero no había nada que yo pudiera hacer, excepto quizá dejar de existir. La aventura con las ovejas del abuelo nos iba a llevar toda la semana y, con suerte, mientras yo estaba ausente, el equipo de béisbol los Phoenix Suns llegaría a la semifinal, o mejor aún, un incendio destruiría la escuela y entonces Rich y los demás se habrían olvidado de mí y del paraíso y de Oxea.

—¿Sólo en tres días? —pregunté.

—Tú y yo ir *puxkat* más despacio. Viernes comer en *etxola*.

—¿Dónde está esa echo... cabaña exactamente?

—*Ene etxola* estar norte, en montaña Bradshaw. Oxea, él amar estas montañas. Decir que ser como Pirineos.

—Pero ¿en qué zona de la montaña está la cabaña?

—Llegar y ver —contestó Aitatxi.

—Vamos a perdernos el funeral de Oxea —le recordé.

—Ez, él no estar en Colorado. Mi hermano, él estar en *etxola*.

Sabía que Aitatxi quería decir en espíritu, que su hermano no estaría físicamente esperándonos en la cabaña. Sin embargo, no pude evitar recordar las imágenes de mi sueño en que Mamu-Oxea salía de detrás del roble y lanzaba su *irrintzina*. Cuando llegamos a los letreros iluminados por focos del Rancho Outwest, pensé que pasar por la mayor de las humillaciones en el Instituto quizá no sería tan grave. Ahora ya no habría quien parara a Aitatxi.

Aparcó la ranchera a un lado de la carretera.

—Esperar que hacer oscuro. Después coger ovejas.

De debajo de su asiento sacó una hogaza de pan de levadura amarga, un pedazo de queso de oveja y su *zakua*, que yo sabía llevaba llena de vino tinto.

—¡Mecagüen! Olvidar *lukainka*^[10].

—Papá dice que los adultos no deben decir palabrotas delante de los niños.

—En la campaña con ovejas no haber *haurrak*; sólo *gizonak*.

—Vale, entonces dame un trago de tu bota —le dije.

—No, seguro. Tú sólo maldito crío.

—¿Por qué nunca maldices en vasco?

—En euskera, no haber palabras así.

—Si tú lo dices.

—Euskera, gente hablar antes de necesitar esas palabras. Todo mejor en aquel tiempo.

—Sí, claro. Vivir en cavernas era mucho mejor —le contesté yo.

—No, seguro. Mejor que ciudades por todas partes como caca de cordero enfermo.

Esto me mostró que Aitatxi podía hablar inglés a la perfección cuando se lo proponía. Aitatxi partió el queso y el pan, y en la oscuridad de la cabina comimos con la mano. De debajo del asiento sacó una segunda bota de vino y me la pasó. Pero cuando apreté el cuero de la bota, salió agua, no vino. Cuando terminamos de comer, el abuelo me pidió que alimentara a Atarrabi y Mikelats.

—Esta noche, ellos tienen mucho trabajo. Necesitar *txakurrak* fuertes. Tengo *bida* (dos) huesos de cordero debajo asiento.

Busqué bajo el asiento como si no supiera que uno de los huesos había quedado sobre el asfalto del aparcamiento del Instituto.

—Sólo hay uno —dije.

No podía ver su cara claramente en la cabina, pero le vi mover la cabeza y entonces murmuró:

—*Zahartziak eztu deus hunik ekartzen*. Ser viejo no traer nada bueno —luego suspiró—. Tener más huesos atrás. Yo planear para campaña con ovejas, *baina* ahora usar.

Aitatxi me dijo dónde estaban los huesos y salí de la cabina para cogerlos. Cuando salí, Atarrabi y Mikelats saltaron del montón de chatarra que había en la

cama de la ranchera. Con lenguas colgantes me miraban cómo sacaba los huesos.

—¡Vagos! —miré a uno y a otro tratando de adivinar quién era Atarrabi y quién Mikelats, pero no había diferencia alguna entre los dos perros, eran exactamente iguales. Les eché un hueso a cada uno, y al dirigirme de vuelta a la cabina pude oír cómo sus dientes roían los huesos.

—Coge tú —me dijo Aitatxi cuando cerré la puerta de la cabina y depositó en mi mano algo más oscuro que la noche.

—¿Qué es?

—Él quiere tú tener esto.

El pan y el queso de repente se volvieron piedras en mi estómago.

—¿Oxea?

—Éste su boina —dijo Aitatxi.

De repente se desvaneció el aire de la cabina y Oxea apareció por todas partes: mirándome con sorna después de arrojar su boina al tejado del granero, riéndose de mí cuando intentaba tocar su *txistu*, colgando del roble para siempre... Oxea se había ido... Yo no podía articular palabra. No podía respirar. Abrí la puerta con un empujón y caí al exterior. Me golpeé la rodilla derecha contra el suelo. Luego me levanté y eché a correr por la carretera por la que habíamos venido.

Corrí por el medio de la carretera; las líneas blancas pasaban deprisa bajo mis pies y las luces de Phoenix relumbraban tenuemente en la lejanía.

Regresar a casa.

Quería volver a mi casa. Estar en mi cama y taparme la cabeza con las mantas, dormirme y despertar con mi padre allí al lado y Aitatxi con sus ovejas y Oxea vivo. El aire cálido se me metía en los ojos y cerré los párpados un instante, mientras las lágrimas resbalaban hacia atrás por mi cara, hasta los oídos. Si pudiera llegar a casa todo se arreglaría. Algo me agarró por el dobladillo del vaquero, en la pantorrilla. Miré y vi a Atarrabi y Mikelats corriendo a ambos lados.

—¡Fuera! —lancé una patada a uno de los perros. Él esquivó mi pie mientras el otro perro corría delante de mí. Me mordió en la pantorrilla y me giré hacia la izquierda.

—¡Dejadme en paz! —aullé.

Pero ninguno de los dos perros me hizo caso. Simplemente siguieron haciendo su trabajo, cortando mis movimientos, uno delante y otro detrás. Para evitar a los perros, comencé a hacer maniobras de dribbling que habíamos aprendido en baloncesto, en Educación Física. Pero no logré sacudirme los perros de encima.

Comenzó a dolerme el costado.

Al fin, cuando el dolor del costado atravesaba mi cuerpo de parte a parte, me detuve. Me doblé hacia delante intentando recuperar la respiración. Atarrabi y Mikelats siguieron hacia adelante sin siquiera mirarme. Ninguno de los perros jadeaba con la lengua afuera ni parecía cansado. Cuando levanté la cabeza para ver a dónde iban los malditos perros, me di cuenta de que estaba de vuelta en la ranchera.

Aitatxi me miraba atentamente. Atarrabi y Mikelats se echaron a sus pies. No dijo nada y vi que ya no llevaba la boina de Oxea en la mano. Cuando pude erguirme de nuevo, Aitatxi dijo a los perros:

—*Sartu*.

Atarrabi y Mikelats saltaron a la cama de la ranchera, y Aitatxi dio la vuelta para entrar por el lado del conductor. La ranchera arrancó con un suave martilleo.

Me dirigí a la puerta del copiloto y me metí dentro.

Seis / Sei

A la entrada del Rancho Outwest, la alcantarilla para ganado hizo un ruido metálico. Aitatxi apagó las luces. A la luz de la luna pude distinguir una media docena de edificaciones del rancho. No había luces encendidas. Quizá el sitio estuviera abandonado. Quizá no era éste el lugar donde estaban las ovejas de Aitatxi. Quizá todo había sido un error.

Los neumáticos hacían saltar la gravilla del camino. Lo que había que hacer era dar la vuelta y pirarse de allí. Todo tenía pinta de ser una trampa y estaba seguro de que nos iban a atrapar. En cualquier momento aparecería John Wayne montando a caballo, como si fuera la segunda parte de la película *Los cowboys*; pero esta vez no habría vacas sino ovejas, y diría: «¿Qué demonios creen que están haciendo, muchachos?».

Yo le contestaría: «Ha sido todo idea del abuelo. Soy inocente. ¿Me podría dar un autógrafo?».

Me incliné hacia adelante para ver mejor a través del parabrisas cubierto de insectos muertos. Las piernas me temblaban como si estuvieran electrizadas. Si en ese momento alguien me hubiera tocado, me habría arrojado a través del parabrisas. Nunca me había pasado nada tan emocionante.

El rancho para turistas era principalmente un círculo de dormitorios bajos de madera. Su forma me recordaba a caravanas cubiertas por toldos y me imaginé que ésa había sido la intención: crear el ambiente del viejo oeste. Las tumbonas en los porches estaban vacías. Un caballo relinchó en un corral, pero los relinchos no continuaron. Realmente no parecía haber ningún tipo en el rancho. En ese instante, vi por qué. En el círculo exterior de los dormitorios se divisaba una hoguera. Alguien comenzó a cantar *Home on the Range*^[11]. Se podía olfatear el olor a carne asada y mi estómago se quejó deseando comer algo más que pan y queso.

Aitatxi llevó la ranchera hasta el medio del círculo y aparcó.

—Zure mochila está detrás —aitatxi apagó el motor—. Para ti, todo dentro.

—¡No puedes dejar aquí tu ranchera! —le dije.

—No, seguro.

—La encontrarán y sabrán que fuiste tú quien se llevó las ovejas.

Aitatxi me miró, e incluso en la oscuridad pude ver el blanco de sus dientes mientras me sonreía.

—Abu..., es decir, Aitatxi, ¿no querrás que ellos lo sepan, verdad?

Él no respondió. Simplemente salió de la ranchera. La mochila que me había dado

Aitatxi era mucho más pequeña que la que él cargó sobre su espalda. A pesar de ello, pesaba como si llevara un cadáver dentro. Me hubiera caído de espaldas si Aitatxi no me hubiera agarrado por el hombro para sostenerme.

—Adelante, *gaixua* —Aitatxi apretó las correas de cuero de mi mochila.

—¿Hasta dónde se supone que debo caminar con esto encima?

—Pronto mochila ser como pluma para ti.

—Una tonelada de plumas sigue siendo una tonelada —le contesté.

Aitatxi cogió su cayado de la ranchera. El bastón era treinta centímetros más alto que Aitatxi. Dio un corto silbido y Atarrabi y Mikelats llegaron corriendo. Los perros bailaban delante de Aitatxi como si les hubieran cargado las pilas. Una hora antes, ni me podría haber imaginado que ninguno de ellos pudiera estar así de despierto. Ahora, sin embargo, parecían no poder contener la energía que habían acumulado durante sus interminables siestas.

—*Zazte ardien bila*^[12].

Los perros salieron disparados. Aitatxi les seguía con un trote lento, mientras que yo iba detrás como podía, tratando de no caerme por el peso desequilibrado de mi macuto. Algo del interior me aguzó la espalda. Probablemente era una cuña de queso. Moví el peso del petate hasta que aquel objeto dejó de punzarme entre los omoplatos. Dentro de la mochila olía a pan de levadura amarga. Y luego olí algo más: ovejas. Era como meterse de lleno en una nube de lana húmeda, polvo y orín. Allá adelante, Aitatxi estaba abriendo en ese momento la verja del corral donde estaban las ovejas. Atarrabi y Mikelats se introdujeron dentro con sigilo y desaparecieron entre las ovejas balando.

—¿Y ahora qué? —pregunté. El grupo alrededor de la fogata se puso a cantar *Happy Trails*^[13].

—Nosotros ver. Atarrabi y Mikelats, ellos hacer.

Él tenía razón acerca de los perros. Casi inmediatamente, comenzaron a sacar las ovejas del cercado. Las ovejas pasaron delante de mí, su balar mezclándose con la canción del grupo de la fogata. La nariz se me llenó de polvo. Aitatxi me pasó un pañuelo. Vi que él llevaba uno atado tapando su boca y su nariz. Yo hice lo mismo. Uno de los perros pasó corriendo para cortar el paso a las ovejas que se dirigían hacia la hoguera, mientras que el otro perro terminaba de vaciar el corral. Luego, Aitatxi usó su cayado para cerrar y correr el cerrojo de la verja.

—*Joaiten gira*^[14] —dijo Aitatxi, y comenzó a andar adentrándose en el desierto, dejando las ovejas detrás.

Por un instante, permanecí donde estaba, confuso. ¿Qué iba a pasar con las ovejas? Después de todo el trasiego, ¿iba Aitatxi a dejarlas allí? Antes de que pudiera decir nada, Atarrabi y Mikelats comenzaron a mover las ovejas en la dirección que llevaba Aitatxi.

Mientras corría para alcanzar a Aitatxi, me fijé con detenimiento en Atarrabi y Mikelats. Los perros se movían continuamente alrededor de las ovejas, en un círculo

envolvente, manteniéndolas juntas y guiándolas hacia adelante. ¿Eran éstos los perros a los que nunca había visto más que durmiendo? ¿Los perros que en la granja ni se molestaban en acercarse a las ovejas? Oxea era quien cargaba las ovejas en el camión trailer que todos los años en verano Aitatxi y él conducían a las montañas. Todo lo que Atarrabi y Mikelats hacían era tumbarse en la parte de atrás de la ranchera con los ojos cerrados. Nunca me había parado a preguntarme por qué Aitatxi y Oxea se los llevaban con ellos si todo lo que hacían era dormir. Parecía que había otra vida de Atarrabi y Mikelats de la que no me había enterado.

—¿A dónde vamos? —pregunté a Aitatxi cuando le alcancé.

—*Etxola*.

—Eso ya lo sé. Pero ¿cómo vamos a conseguir llegar allí? Además, es de noche. ¿Cómo sabes que vamos por el camino correcto?

Aitatxi apuntó al cielo con su báculo.

—Seguiremos *izarrak*.

—¿Y ellas nos conducirán a la *etxola*?

—Ellas enseñan camino de *aritz ona* —me contestó Aitatxi.

—¡Pero si ya estamos en Arizona!

—*Ez*, necesitas recordar tu euskera: *Aritz ona*^[15].

—Me suenan igual.

—Es no igual.

—Sensacional. Ahora vamos a llevar las ovejas a un árbol.

—*Ez*, llevar ovejas a *etxola* que estar cerca *aritz ona*.

—O, ahora se explica todo. ¿Es la misma *etxola* adonde tú y Oxea lleváis el trailer cada año?

—No, seguro.

—¿No, seguro? Entonces, ¿cuál es la carretera?

—Seguimos *ixileko*^[16] —dijo Aitatxi.

—¡Qué idea tan fabulosa! Así, si nos perdemos, nadie será capaz de encontrarnos.

—Amatxi sabe.

—¿Amatxi? —la abuela llevaba muerta más de diez años.

—Seguro. Ella siempre esperar al pie de montaña. Ella tener *txilindron* y *oilaskoa arno zurian*^[17]. Esa mujer saber cocinar de verdad.

—Aitatxi, ¿cuándo fue la última vez que utilizaste este camino?

—*Etzira orroitzen*? ¿No te acuerdas, Ferdinand?

—Soy Matt.

Aitatxi sacudió la cabeza y me miró como sorprendido de verme allí.

—¿Matt? ¿Qué tipo de nombre ser? Sonar a pata.

—Sí, bueno. El chico-pato, ese soy yo.

—No, seguro, Matt. Tú nunca subir ovejas a montaña.

—¿Cuándo fue la última vez que llevaste las ovejas por esta pista, Aitatxi?

—Mi hermano levantar un carnero en cada brazo —dijo—. Oxea, él de verdad

artzaina^[18]. Será triste no estar aquí. *Baina*, Oxea, él esperar arriba en *etxola*.

Aitatxi estaba claramente confuso. Como aquella vez que fuimos a Kmart y le habló en vasco al tipo de la caja registradora y el tipo le dijo: «¿Qué diablos está diciendo?», y entonces Aitatxi parpadeó como despertando, se rió y dijo: «No, seguro, ahora en América».

Tenía que hacerle aterrizar, eso era todo.

—¿Aitatxi, había nacido yo cuando usaste esta pista por última vez?

—*Zer? Ez, zure aita*, él no haber casado esa bonita *neska*. Nosotros ir antes.

—¿Cuántos años antes de eso?

—El año que locos rusos poner perro en cielo. Pobre *txakurra*.

—¡Santo cielo!

Yo recordaba cómo toda la clase se rió al principio cuando la señorita Helm nos contó que la Unión Soviética había enviado una perra llamada *Laika* a bordo del *Sputnik 2*. Pero las risas acabaron cuando la señorita Helm siguió diciendo que el satélite no estaba preparado para preservar la vida de Laika y que había muerto. «¿Dónde está la Sociedad Protectora cuando se la necesita?», preguntó Rich.

Estábamos en 1973. Eso había sucedido en 1957. Hacía dieciséis años.

Siete / zazpi

El mismo día que papá cumplió cuarenta años, ambos caminamos sobre la Luna con Neil Armstrong. Yo estaba en mi cuarto haciendo un trabajo de clase para la profesora Helm sobre la crisis de los misiles de Cuba. El trabajo llevaba ya tres días de retraso y la profesora Helm me había advertido de que si no entregaba el trabajo a primera hora de la mañana, me castigaría después de clase. El castigo parecía inevitable, puesto que no había escrito una sola palabra todavía sobre Cuba o Castro o Kennedy o los misiles, ni tenía intención. Todo eso era aburrido y no tenía nada que ver conmigo. ¿Por qué no escribir sobre algo que estuviera ocurriendo, como por ejemplo la magistral temporada que llevaba el equipo Miami Dolphins, o incluso el salto de moto de Evel Knievel sobre cincuenta y dos coches?

Estaba pasando las hojas de mi libro de historia sin ningún interés, pensando qué pérdida de tiempo era todo aquello, cuando llegué a la foto del primer paseo lunar. La fotografía llenaba la página. Desplacé el libro hacia la luz de la lámpara para poder ver mejor, al tiempo que pasaba los dedos sobre la foto. La frialdad de la Luna parecía atravesar el papel. Neil Armstrong, embutido en su traje espacial, saludaba. Las grises montañas de detrás parecían las montañas Estrellas al sur de Phoenix al atardecer. Desde la ciudad, como las montañas lunares, las Estrellas parecían sin vida. Sabía que no era cierto. Había visto fotos de las laderas de las montañas en la revista *Arizona Highways*. Estaban cubiertas de cactus, árboles y animales, algunos tan grandes como ciervos. Ocurría sencillamente que a causa de la distancia no podía ver esas cosas desde mi ventana.

En la foto del libro, una bandera de Estados Unidos parecía ondear al viento, que sabía por la clase de ciencias que no existía. Y a un lado había algo que parecía un zafio modelo a escala de una nave espacial. El suelo a los pies del astronauta estaba repleto de huellas, por lo que el pie de la foto era bastante divertido, ya que rezaba: «Un pequeño paso para el hombre, un enorme salto para la humanidad». Parecía obvio que había habido más que un pasito en la Luna para cuando sacaron la fotografía.

—¿Recuerdas cuando querías vivir en la Luna? —me preguntó papá desde detrás y casi me caigo de la silla al oír su voz.

—¡Jolines! No vuelvas a hacerlo.

—Lo siento —dijo papá, y me atusó el cabello.

—Yo nunca he querido vivir en la Luna —dije, y comencé a cerrar el libro, pero papá puso su mano entre las páginas.

—Querías ser astronauta —se asomó por encima de mi hombro para ver la foto del paseo lunar; yo podía oler la tufarada de las patatas quemadas de la cena y el polvo y el sudor de trabajo en su camisa.

—No me acuerdo.

—Pues yo sí. ¿Pero no era ése el sueño de todos los niños americanos ese día?

Miré la cara de mi padre y vi que estaba sonriendo; sus dientes delanteros estaban un poquito montados y no eran del todo iguales. Sus ojos y su piel eran del color pardo de mi guante de béisbol engrasado, y sus cejas, como las de su padre, eran pobladas y desaliñadas.

Papá siguió:

—Tras la retransmisión, Oxea te ayudó a construir una nave espacial en el granero hecha de láminas de madera. Aitatxi y yo fuimos testigos cuando Oxea hizo la cuenta atrás para tu regreso a la atmósfera terrestre —papá sostuvo sus dedos levantados y comenzó a recogerlos uno a uno a medida que hacía la cuenta atrás—: *Hamar, bederatzi, zortzi, zazpi, sei, bortz, lau, hiru, bida, bagno*, ¡ya! Y tú saltaste de lo alto del granero sobre un montón de heno.

—¿Me hice daño?

—Tenías una sonrisa de oreja a oreja cuando apareciste entre la paja y no parabas de repetir: ¿Has visto, papá? ¿Lo has visto? ¡Soy as-tro-na-ta! Voy a vivir en la Luna.

—Yo no dije eso.

—Bueno, ¿tú crees que haría bromas sobre algo tan serio como que mi hijo quería ser «astronata»? —papá no paraba de reírse a la vez que se dejó caer sobre mi cama—. ¡Cómo hubiera deseado ir a la Luna contigo y con Neil! Quizá debería haber sido astronauta.

¿Mi padre astronauta? Nunca se me había ocurrido siquiera que mi padre podría ser algo diferente de lo que era.

Permaneció acostado sobre mi cama enrollando un trocito de papel entre sus dedos y mirando a través de la ventana de mi habitación a la luna llena. Parecía joven. Más joven que de cuarenta años. Como un muchacho. Y feliz. Deseaba que permaneciera así, no para siempre —eternamente no parecía posible, pero sí en aquel instante—. De modo que me tumbé a su lado, ya que era su cumpleaños, y cumplía cuarenta y era vendedor de tractores en vez de astronauta.

—Houston, Houston, aquí *Apolo 11* preparado para aterrizar en la Luna —dije.

—¡Estás copiando! —papá pasó su brazo alrededor de mi hombro—. Estamos en la órbita sideral. ¿Qué te parece si nos acercamos para el alunizaje?

—¡Perfecto! —dije.

Papá y yo volamos a la Luna aquella noche y durante unos instantes el tiempo se detuvo y ambos flotamos juntos en el espacio ingrávito.

Estaba pensando en papá y en Neil Armstrong mientras seguía a Aitatxi adentrándose más y más en el desierto. A diferencia de Armstrong, no tenía una radio con la que llamar a casa. No había modo de hacer saber a papá lo que estaba

ocurriendo. Ni siquiera tendría información de que el abuelo y yo nos habíamos ido. Habría llamado a casa, y al no recibir respuesta habría pensado que estaríamos cenando fuera. Podría llamar a la señora Smith para que echara una ojeada, pero eso no sería hasta mañana. La señora Smith llamaría una y otra vez a la puerta y al fin abriría con la llave que papá le había proporcionado. Al no ver señal de que habíamos estado allí, llamaría a papá y le diría que pasaba algo.

Y para entonces, algo serio podría haber ocurrido.

El polvo que levantaban las ovejas flotaba en el aire a mi alrededor. Volví a anudar el pañuelo tapando la boca y la nariz. Ojalá que papá hubiera sido astronauta. Porque si así hubiera sido, viviríamos en Florida y estaba bien seguro de que no había ovejas en las playas de allí.

Delante de mí, Aitatxi mantenía su vista en el cielo. Yo contemplaba esas mismas estrellas con desasosiego. Parecían aquí más brillantes que en la ciudad. Y más cercanas. Bajo su resplandor, el desierto estaba tan iluminado como un céntrico aparcamiento. Y si bien era agradable ver por dónde íbamos, eso hacía que añorara aún más las luces de la ciudad. Por otra parte, Aitatxi parecía fascinado por la cercanía de las estrellas. A medida que caminaba, movía la punta de su vara de una estrella a otra, como si quisiera conectarlas.

El aullido de un coyote, que sonó como el chillido de una mujer, pareció agudizar las puntas de las estrellas.

—¿Lo has oído? —pregunté.

—No preocupar, *gaixua*. Atarrabi y Mikelats no dejar coyotes atrapar ovejas.

—Olvida las ovejas. ¿Y yo qué?

—Coyote no gustar sabor de niño pequeño.

—Muy gracioso. ¿Estás seguro de que sabes a dónde vamos?

—*Ez, baina izarrak* saber, *gaixua*.

—Mi nombre es Matt, abuelo.

—No, seguro —el abuelo dijo algo entre dientes acerca de «mata»; luego añadió—: ¿Saber tú nombres de *izarrak*?

—Bueno —dije escudriñando el cielo—, sé que la más brillante se llama la estrella polar.

—*Ez* —Aitatxi señaló hacia el horizonte a una estrella que rutilaba aún con más luminosidad—. Esa *izarra* ser *Amatxi*.

—¿Cómo dices?

Aitatxi señaló otra estrella que estaba justo sobre mí.

—Y esa *izarra* ser *zure ama*.

Miré a Aitatxi con detenimiento, esperando encontrarle riéndose, pensando que estaba mofándose de mí de nuevo. Pero esta vez Aitatxi no se sonreía. Muy al contrario, miraba largamente al cielo, los labios apretados, concentrado.

—Y ves, esa *izarra* es *Oxea, ene anaia*^[19].

—La gente no se convierte en estrellas cuando muere, Aitatxi. Van al cielo.

—Ser *izarra* es como cielo.

—Estás perdiendo el sentido, abuelo —le dije, y al llamarle «abuelo», dejó de mirar las estrellas y me miró enfurruñado.

Perfecto. Mientras estuviera enojado conmigo, no me hablaría, que era lo que deseaba. En la ciudad, no me hubiera importado escucharle hablar acerca de la gente convirtiéndose en estrellas. Pero aquí, en medio del desierto, pensar que las estrellas eran muertos mirándome fijamente sólo llenaba mi mente con imágenes de manos huesudas que descendían del cielo para atraparme. ¡Era lo que me faltaba! El hecho de estar en el desierto ya me ponía fuera de sí. A pesar de haber vivido toda mi vida en Phoenix, que está en medio de un desierto, eso no quiere decir que hubiese salido a verlo ni siquiera una vez. Por el contrario, en clase nos advertían que no fuéramos al desierto, especialmente solos. Ocurrían cosas allí. Cosas malas. Se decía que cada verano la policía encontraba un hombre, a veces una pareja, a veces una familia entera, a quienes se les había averiado el coche en algún camino secundario, habían tratado de salir de allí caminando, se habían perdido, habían consumido toda el agua y habían muerto de sed.

Pensar en la gente muriendo de sed me hizo sentirme sediento. Debía haber buscado un grifo cuando estábamos en el rancho de turistas. Mi garganta parecía estar forrada de polvo. ¿Se habría acordado Aitatxi de traer suficiente agua? Estaba a punto de preguntarle cuando algo vino volando contra mi cara y escuché un chillido agudo.

—¡Murciélagos! —aullé.

Docenas de formas negras volaban rápidas entre las estrellas. Me tiré al suelo cubriéndome la cara con las manos.

—No ser murciélagos. Ser pájaros de noche. Ser buenos. Comer mosquitos.

Con los brazos aún rodeando mi cara, observé los pájaros planeando por encima de las ovejas. Aparté los brazos. Si las ovejas no tenían miedo a esos pájaros, yo tampoco. Pero también podría ser que las ovejas fueran demasiado estúpidas para sentir miedo.

Cuando me erguí y sacudí el polvo de mis pantalones, le pregunté a Aitatxi:

—¿Cuánto agua has traído?

—Tu *zakua* estar lleno.

—Tengo sed.

—Tener no sed.

—Yo sé cuando estoy sediento.

—Tú creer tener sed. Espera *puxkat*. Cuando *iguzkia* sale mañana, calor como fuego y tu boca ser como llena de lana, entonces sed. Yo dar *zakua* entonces.

—¿Y qué pasa si me muero de sed antes?

—Tú comida de murciélago, no problema —y me adentró más en el desierto.

Mientras caminábamos, hacía a Aitatxi preguntas de este tipo: «¿No crees que podríamos regresar y decir que todo ha sido una broma?»; «¿Sabes qué condena imponen por robar ovejas?»; «¿Qué te parece si, cuando nos cogen, yo digo que me secuestraron y tú dices que unos extraterrestres te obligaron a hacerlo?», y «¿No necesitan descansar las ovejas?». Pero Aitatxi sólo me respondía en vasco, el idioma que utilizaba para dirigirse a Atarrabi y Mikelats. A diferencia de mí, los perros parecían entender cada palabra, a la vez que dirigían las ovejas hacia adelante en un apretado rebaño.

Al fin, cuando a cada paso los guijarros se incrustaban en mis pies, le pregunté:

—¿Cuándo vamos a parar?

Aitatxi contesto en inglés:

—Aquí ser bien.

Silbó a Atarrabi y Mikelats, y luego descendió a una rambla seca de la que yo antes ni siquiera me había apercebido. Seguí a Aitatxi ladera abajo. Al fondo, en el lecho, los pies se hundieron en la arena. Aitatxi me alcanzó el extremo de una cuerda. Me señaló un árbol muerto que estaba encajado contra la ladera.

—Atar árbol, bajo y prieto —me dijo Aitatxi.

—¿Para qué?

—No querer ovejas escapar de noche —contestó Aitatxi, al mismo tiempo que Atarrabi y Mikelats movían el ganado dentro de la quebrada.

En ese instante me importaba un bledo que las ovejas se escaparan. Tan sólo eran ovejas. Ovejas estúpidas. Mejor todavía, si se escapasen, entonces nos iríamos a casa, porque ¿qué sentido tendría la aventura de Aitatxi para recuperar sus ovejas sin las ovejas? Pero, por otra parte, ¿qué sentido tenía sacar a tu nieto de la escuela, afanar treinta y dos ovejas, y llevarlos a todos al medio del desierto? El sentido del abuelo.

Más allá del árbol seco, el barranco daba un giro de modo que uno de sus lados se ensanchaba para formar una hoya. Atarrabi y Mikelats condujeron las ovejas a esta hoya y las mantuvieron allí mientras yo ataba mi extremo de la cuerda al árbol. Pero la até «bajo y aflojado», no «bajo y prieto» como dijo Aitatxi. Mi plan era aparentar sentirlo sobremanera cuando a la mañana siguiente las ovejas se hubieran ido.

Aitatxi ató su extremo de la soga a una roca en el lado opuesto. En seguida, sacó otra cuerda y volvió a mi lado para revisar mi nudo.

—Tú no atar muy bien, *gaixua* —dijo a la vez que tensaba mi nudo.

—Me catearon el curso de nudos en los Boy Scouts.

—No, seguro. Suerte yo aquí para ayudar.

—Psche. Superafortunado.

Aitatxi ató la segunda soga medio metro por encima de la otra. Atarrabi y Mikelats saltaron entre las dos cuerdas paralelas. Entonces, Aitatxi sacó una tercera cuerda y la ató haciendo zigzag para cubrir el espacio intermedio. Cuando terminó de anudar esta cerca de cuerda, no había manera de que las ovejas pudieran escaparse.

—Buen redil para oveja. *Ez?*

—¿Y qué pasa si hay un torrente repentino?

—Seguro. Entonces nosotros como Noé y construir arca.

Aitatxi sacó de su mochila dos huesos para Atarrabi y Mikelats.

—Yo hacer *sua*. Tú preparar para *bu-ba*.

—¿*Bu-ba*? No he oído esa palabra desde...

—¿Desde cuándo? —preguntó Aitatxi.

—Desde nunca —contesté, y sacudí esa palabra de mi mente, junto con el recuerdo de alguien inclinado sobre mí, una voz susurrante, una mano fresca sobre mi frente, una manta suave bajo mi barbilla—. Olvídalo.

Abrí mi mochila para sacar mi manta de dormir y encontré allí la boina de Oxea. Aitatxi debió ponerla allí sin que yo me diera cuenta. ¿Por qué no me dejaba en paz? Pero no dije nada. Solamente pasé la mano sobre el suave tejido de la boina. *Bu-ba*. Dejé de nuevo la boina dentro de mi mochila y saqué mi manta de dormir.

La fogata crepitaba y bajo su lumbre observé con envidia los huesos de cordero de los perros, al ver los trocitos de carne que quedaba en ellos. Aitatxi y yo cenamos queso de oveja y pan de levadura amarga.

Mientras cenábamos, Aitatxi me preguntó si quería escuchar la historia de Mari. Yo sabía un poquito de su historia por Oxea. Él me dijo que Mari era la madre de Mamu, que era patizamba y que tenía una espalda hirsuta. Cuando le pregunté a Oxea si no se habría equivocado y estaría hablando sobre alguna antigua novia, me tiró su *zakua* a la cabeza.

—Nunca me habías contado una historia antes —dije a Aitatxi.

—Yo siempre contar historias.

—No es cierto. Sólo Ox...

—No, seguro, *baina* hasta ahora Oxea contar historias a ti. *Orai*, yo contar.

—De acuerdo, con tal de que no haya muertos.

—No, seguro, toda la gente viva.

—Vale, pero si no me gusta tendrás que parar.

—No, seguro.

Sólo acepté escuchar la historia de Aitatxi porque cualquier cosa era mejor que ponerse a pensar en los problemas que nos iba a acarrear el robo de las ovejas y porque sentía que no había cuidado de Aitatxi del modo que papá quería y porque si me ponía a pensar en que posiblemente estábamos perdidos en el desierto y en que era muy probable que no tuviéramos suficiente agua...

—Empieza a contar —le dije.

—Mari, la reina de todos los genios, viaja por el cielo en llamas de fuego, y ella domina la lluvia.

Aulló un coyote. Las ovejas balaban. En la oscuridad no podía verlas, pero desde luego las podía oler. O quizás no fueran las ovejas lo que estaba oliendo. Levanté la parte delantera de mi camisa y olfateé. El tufo a lana me llenó las fosas nasales y estornudé. Me había convertido en una oveja hedionda.

—Mari, ella vivir en todas cuevas del mundo y ella mover de cueva a cueva con golpe de viento.

—Pero ¿no acabas de decir que volaba entre llamas de fuego?

—No hablar en mi historia.

Suspiré. Era imposible hacer entrar en razón a Aitatxi en nada. Eché una mirada a Atarrabi y Mikelats. Cada perro tenía su cabeza apoyada en una de mis deportivas como si fueran almohadas. ¡Qué perros guardianes! Di una patada y por un momento se despertaron. Por poco tiempo. Apoyaron su cabeza en el polvo y se volvieron a dormir.

—Mari, en un tiempo chica maja, *baina* luego ser mala y su *ama* dejar que señor oscuro llevar a Mari.

—¿Quién es el señor oscuro?

—Bueno, tú saber, el de abajo.

—¿El diablo?

El abuelo asintió con la cabeza:

—*Bai, debrua.*

—Me parece que no me gus...

—*Ixilik.* Llegar parte interesante. Mari viste de blanco, muy blanco, sin pecado. Ella tener niño Dios entre sus manos y...

—Ésa es la Virgen María, Aitatxi.

—Seguro. Mari una vez Virgen María, una vez Amatxi y Mari, una vez *zure ama*.

Al oír la mención a mi madre, sentí calor en la cara.

—*Zure ama* —continuó Aitatxi—, ella *oso polita*.

Mamá. Los ojos se me humedecieron. En vez de secarme los ojos, parpadé deprisa varias veces y miré al fuego. Pero las llamas permanecieron vacías —la faz de la mujer no apareció.

—Una vez, vino hermoso pastor, él enamorar de Mari. Pero ella no. Ella, Mari, ser viento que nadie poder parar. *Baina* al pastor no preocupar. Él ama a Mari, así que cantar a Mari cada noche cuando pasar. El pastor cantar sobre *izarrak eta ilargia*. Sobre *ura* que bajar al mar y sobre *eguzkia* que arder día entero. Mari hacer que no oír. *Baina puxkat puxkat* su *bihotza* él cambiar^[20]. Y Mari ella amar. Invierno convertir en primavera y Mari y pastor, ellos casar. Ellos felices, tan felices que desear más felicidad, como siempre pasar. Bueno, Mari y pastor tomar poquito *izarrak*, poquito *ilargia*, poquito *eguzkia* y hacer niño. Ellos hacer niño vivo con *ura*.

Y Mari y pastor nombrar niño.

—¿Qué nombre le pusieron?

—Mathieu.

La noche estaba en silencio. Incluso las ovejas habían dejado de balar. Miré al otro lado de la fogata y vi a Aitatxi observándome. Sentía una piedra alojada en mi garganta y tuve que tragar con fuerza.

—Si tú desear Mari venir, debes llamar tres veces. Y cuando viene, tú debes dar regalo. Este regalo debe ser... ¿cómo se dice?, de valor para tú. Por ejemplo, buen carnero.

—¿Tú le diste una oveja?

—Seguro.

Me reí y Aitatxi sonrió.

—Carnero, cosa buena. No hay carnero, no hay *bildotsak*.

—¿Qué pasa si por casualidad no tienes ovejas para dar?

—Entonces deber dar cosa de *bihotza*.

—¿Puedes repetir la palabra?

—*Bihotza*.

—*Bi-hot-za*.

—*Bii-ho-tz-a* —repitió Aitatxi.

—Imposible decirlo.

—No, seguro. Tú intentar, *berriz*.

—No. Estoy demasiado cansado.

—*Ba*, hora de *bu-ba*.

Extendí mi manta de dormir sobre la arena y me metí dentro.

—Bueno, ¿sabes tú o las estrellas o la luna o el sol a dónde vamos a ir mañana?

—Ir por pista *ixileko*.

—¿Y estás seguro de que sabes por dónde va esa pista secreta?

—Seguro.

—¿Por dónde?

—*Baina* si yo decir, es no secreto. *Gauhon*. Buenas noches.

Con esta salida, Aitatxi se extendió sobre su manta y se cubrió la cara con la boina.

Tras un par de minutos, escuché sus ronquidos. Sólo entonces metí la mano en mi mochila y saqué la boina de Oxea. Cubrí mi cara con ella como Aitatxi, respiré y olí lo que parecía un jersey empapado en leche agriada. Sonreí y cerré los ojos.

—*Bii-ho-tz-a* —dije, el tejido de la boina rozando mis labios.

Nueve / bederatzi

Me desperté con arena en la boca y uno de los perros lamiéndome la cara. A la vez que lo empujé para alejarlo, vi que el otro perro estaba tumbado en mi manta de dormir. Debí haber caído de la manta mientras dormía —o, lo que parecía más probable, Atarrabi y Mikelats me habían empujado fuera de ella—. Uno de ellos sostenía con los dientes la boina de Oxea.

—¡Dame eso! —cogí la boina de Atarrabi o de Mikelats (aún no podía distinguir quién era quién) y la puse sobre mi cabeza—. ¡Perros idiotas!

Intenté escupir, pero la lana que Aitatxi predijo ya estaba en mi boca. Me limpié la lengua con la camisa. Tres días más en este estado me iban a fastidiar de lo lindo. Con la mano me sacudí la arena del pelo y de las mejillas mientras tiritaba de frío. Había pasado la noche helándome de frío y creo que me habría despertado un millón de veces con los aullidos de los coyotes. Cada vez sonaban más cercanos, y estaba seguro de que los coyotes venían a mordirme en la yugular. Estaba cansado, hambriento y congelado de frío, todo a causa de Aitatxi.

Aitatxi —me di cuenta cuando miré a mi alrededor— no estaba. Fenomenal.

Las ovejas comenzaron a balar tras de mí y se escuchaba el suave «ujuu-juu» de lo que yo creía sería un búho. Tan sólo que nunca había escuchado un búho durante el día; en realidad, nunca los había escuchado en lugar alguno excepto en el programa de televisión *El reino salvaje*. Cuando me erguí para estirarme, tres palomas salieron volando de la arena justo delante de mí. Se elevaron en una nube de polvo y reposaron en el aire. Emitiendo su «ujuu-juu» remontaron hacia el cielo, mientras yo me preguntaba acerca de palomas que sonaban como búhos.

Tenía una quemazón en la espalda y los hombros de llevar la mochila. El sol aún no se había elevado sobre los labios del barranco y ya me sentía más sediento que nunca en mi vida. Y ¿dónde estaría Aitatxi? Se había pirado y me había dejado con las ovejas; éstas me miraban y parecían preguntarse: ¿quién diablos eres?, ¿dónde está el anciano que manda aquí?, ¿y qué hay del desayuno?

Precisamente yo estaba pensando en lo mismo al tiempo que miraba barranca abajo. A la primera luz de la mañana, todo tenía el color de las cenizas del fuego de la noche. Troncos arrancados de raíz se hallaban esparcidos por el lecho, cuya arena formaba líneas onduladas como ondas en el agua.

Agua. Simplemente pensar en ella me hacía sentirme más sediento. Junto a la manta de dormir de Aitatxi noté que estaba mi *zakua*. Ahora que no estaba presente era el momento propicio para echar un buen trago. Di un paso con piernas doloridas

hacia el *zakua*. Aporreé mis muslos con los puños para que reaccionaran y traté de cepillar el polvo con las manos, pero no había manera. Mis piernas parecían de madera y el polvo en mis pantalones permanente.

Recogí el *zakua* del suelo, lo levanté a la boca y estrujé el cuerpo de cuero. En vez de agua, vino tinto caliente golpeó mi boca y lo escupí.

—Yo tengo *zakua* con *ura* —oí decir a Aitatxi, y miré hacia arriba para verle asomado en lo alto de la quebrada. Sostenía el *zakua* con agua por encima de la cabeza.

Estaba a punto de decirle «Espero que no te lo hayas bebido todo» cuando el sol surgió detrás, rodeando Aitatxi de luz, y por un momento pareció erguido en medio del sol. Sus ropas estaban cubiertas de llamas y el *zakua* que sostenía en su mano levantada irradiaba como una espada ígnea. Y en ese instante que permanecí allí mirando a este Aitatxi transformado, recordé a mi padre. Era un recuerdo de hacía mucho tiempo. Yo era un bebé. Mamá vivía todavía. Ella estaba cerca. Podía sentir su presencia cálida en el aire. Pero yo miraba hacia arriba a papá. Su cabeza parecía ascender hasta las nubes, la luz rodeaba su cara. Sonreía y sus manos descendían hacia mí. Yo quería agarrar esas manos —manos que podrían pulverizar montañas— y que me elevaran hacia lo alto, hacia un cielo de alfalfa recién cortada, y sentir el contacto de la barba afeitada sobre mi piel. Yo era feliz y pensaba: «Esto es mío, mío». Pero todo cambió. Mamá murió. Papá se empequeñeció. Ya no se elevaba hasta las nubes y hasta ese instante había olvidado que alguna vez lo hiciera. El sol siguió su curso hacia arriba, más allá de Aitatxi, y de nuevo él era un abuelito sosteniendo un *zakua*.

—Nada como buen pis para decir hola a día —dijo Aitatxi al comenzar a bajar la ladera del barranco hacia mí.

—Asqueroso.

—Bueno, tú ves, dentro cuarenta, cincuenta años, tú contento de tener pis.

Aitatxi me alcanzó el *zakua* con agua. La puse a una distancia y apreté. Agua clara cayó sobre la arena.

—¿Por qué tirar agua? —preguntó Aitatxi mirándome.

—Sólo me estaba cerciorando —levanté la boca del *zakua* hasta los labios y llené la boca de agua. Hubiera seguido bebiendo hasta hincharme la tripa pero Aitatxi no me dejó.

—No tan rápido —Aitatxi me quitó el *zakua* de las manos—. Tener que encontrar senda hoy. Después, medio día hasta donde Oxea encontrar *iturritza*... ¿cómo se dice... agua que no ver y sale de suelo?

—¿Un manantial?

—*Bai*, nada más que desierto antes que haber *iturritza*.

—¿Y qué hay de las ovejas?

—Ovejas, bien. Ovejas no necesitar agua como niño pequeño. *Baina* tú no preocupar, no hay *ura*, hay mucho vino.

—No, gracias.

—*Untsa*, bien, más para mí. Ahora nosotros ir.

Enrollamos nuestras mantas de dormir y volvimos a llenar las mochilas.

—¿Sabe papá de ese sendero secreto?

—Seguro, no —dijo Aitatxi a la vez que caminábamos hacia el redil de cuerda que cercaba las ovejas. Al principio solía traducir las respuestas por «sí»; luego me di cuenta de que podían ser tanto «no» como «sí». Necesitaba una respuesta certera. Un sí o no claro.

—Aitatxi...

—Soltar cuerda, primero. ¿Entendido, *gaixua*?

—Ya sé cómo soltar una cuerda —dije.

—No, seguro.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Sí o no? —le pregunté. Con un tirón solté la soga superior y al momento toda la cerca se vino abajo. Las ovejas salieron como disparadas y se escaparon por el barranco.

—¿Tú no escuchar? Cuerda abajo primero.

—No, seguro —le grité y salí corriendo junto a los perros a por las ovejas.

Un cuarto de hora más tarde, cuando Atarrabi y Mikelats por fin recogieron las ovejas, en vez de disculparme por lo que había hecho dije:

—Cuando lleguemos a la *etxola*, espero no volver a ver este montón de ovejas.

—¿Montón de ovejas? ¿Es que no saber tu idioma? Decir manada.

—Manada es para otros animales.

—Inglés, ser lenguaje raro. No tan hermoso como euskera.

—No, claro. Tú y Oxea siempre con *bai* esto, *bai* lo otro, *ba-baba*, parecéis un rebaño de ovejas.

—*Milesker* —dijo Aitatxi riendo.

—Ni siquiera te das cuenta cuando te están insultando.

—No, seguro. Tú no saber cuando insultar.

—Va, olvídale.

Y con esta salida nos pusimos en marcha.

Durante el camino, siempre que el rebaño comenzaba a desparramarse, Aitatxi llamaba a los perros en vasco.

—*Atarrabi zaza harat*.

—*Mikelats zaza giletik*^[21].

Al fin pregunté a Aitatxi:

—¿Cómo puedes distinguirlos?

—¿Atarrabi y Mikelats?

—Tienen exactamente la misma pinta.

—*Ez, txakurrak* ellos diferentes como *egun eta gaua*^[22] —dijo Aitatxi y señaló el perro que iba a mi derecha—. ¿Ves? Atarrabi él tiene rabo abajo, así no tú saber cómo sentirse. *Baina* Mikelats —Aitatxi señaló el perro que iba al frente del rebaño— tener

rabo siempre moviendo; si no, él triste. Muy fácil saber Mikelats cómo estar — mirando a Mikelats, Aitatxi dijo con decepción—: Yo creo Mikelats aprender eso de perro americano.

—¿De modo que puedes distinguir a los perros por sus rabos?

—Eso sólo una cosa. Atarrabi y Mikelats ellos... ¿cómo se dice *txakurrak* no iguales?

—¿Opuestos?

—*Bai*, Atarrabi negro por dentro como anciano en cueva. Mikelats, él tener luz dentro que no apagar. ¿Lo ves?

—No, seguro —dije. Sin embargo, cuando observé de nuevo los perros, y no sé si se debió a lo que Aitatxi había dicho o no, me pareció que Mikelats trotaba alegremente. Y ahora que lo miraba con más atención, parecía que Atarrabi expresara sarcasmo con todo su cuerpo.

—Juntos, dos buenos *txakurrak*. Pero uno y no el otro, no tan buenos.

—¿Por qué no?

—*Egun eta gaua*. Día no bueno sin noche.

Me imaginaba que tenía razón. Si fuera siempre de día, ¿cuándo dormiría? Y si fuera de noche todo el tiempo, entonces todo lo que haría sería dormir. Pensaba para mí que lo que Aitatxi decía encerraba más sentido que sólo eso, pero en ese momento no le pedí que se *explayara*. Tenía otra pregunta rondándome por la mente:

—¿De verdad entienden euskera los perros?

—No, seguro. Todos animales entender euskera.

—Entonces, ¿por qué no hablas a los coyotes para que se mantengan alejados?

—Coyotes, ser como niños, no escuchar siempre —dijo, e hice como que no vi su guiño—. ¿Tú querer intentar?

Lo consideré durante un minuto. Sería divertido hacer que Atarrabi y Mikelats, que nunca me hacían caso, me obedeciesen.

—Vale.

—Entonces decir «Mikelats, *haugi hunat*»^[23].

—Mikelats, *hau-gii*... —comencé a decir, y sus orejas se pusieron alerta.

—*Berriz*. Otra vez.

—Mikelats, *hau-gii*.

Esta vez el perro vino hasta mí a la carrera, como si le hubiese tirado de una cadena. Me sonreí:

—¡Dabuten!

—*Zaza zuzen* —Aitatxi dijo—, ve recto —y Mikelats corrió a colocarse delante del rebaño.

—¿Cómo se dice «haz el pino y mea»?

—Esto no juego, *gaixua*. Nosotros estar trabajando.

—Lo sé —no obstante, pensé que esa orden, aunque no fuese útil para mantener unidas las ovejas, era algo que me hubiera gustado conocer.

—¿Cómo les ordenas que se detengan?

—*Geldi* —dijo Aitatxi.

—*Gel-dii*, ya he oído eso antes.

—*Untsa* —dijo Aitatxi, empujando su boina hacia atrás—. Quizá tu conocer del tiempo *zure ama* hablar a ti euskera cuando niño.

—¿Tú escuchaste a mamá hablar euskera?

—En bello euskera de Zuberoa. Hablar como música.

—Espero que no fuera como cuando tú cantas...

Aitatxi decidió desoír mi comentario.

—¿Mamá te hablaba en euskera?

—No, seguro. Yo, *Oxea, Amatxi eta zure aita*.

—Papá no habla euskera —le dije—, excepto cuando está discutiendo contigo.

—*Bai* —Aitatxi hundió la punta de su vara en el polvo. *Aitain bihotza*^[24] no querer recordar euskera.

—¿Por qué?

—*Zure aita* pensar sólo en futuro y no en lo que ya haber.

—¿Y qué hay de malo en ello? Es decir, el pasado es cuando mamá murió. ¿Por qué papá no iba a desear olvidarlo?

—También cuando tu nacer. *Ttipia eta itsusia. Bildotxa gaixua*.

Comencé a sonreír al escuchar la tradicional descripción de mi nacimiento, pero algo me vino al pensamiento que me puso el estómago en un puño. Quizá eso era lo que yo era para papá, algo del pasado, algo que olvidar. Quizá ésa era la razón por la que siempre estaba trabajando fuera de la ciudad.

—*Ene semea*, él no recordar que sin ayer, no mañana.

—Enséñame.

—*Zer?*

—Vasco —le contesté.

—Di por favor.

—Por favor.

—En euskera.

—*Plazer baduzu* —y me sorprendí al oír las palabras que salían de mi boca.

—*Untsa* —sonrió Aitatxi—. *Zure bihotza* recordar.

Diez / hamar

Durante las dos horas siguientes Aitatxi me enseñó vasco y pastoreo.

—*Iguzkia* —dijo apuntando hacia el sol.

—E-guuz-ki-a —repetí yo.

—Después *gaua* —dijo Aitatxi—. *Iguzkia* cambiar con esposa, *ilargia*.

—I-llrg... ¿Es que en vasco no hay palabras fáciles?

—*Bai*.

—Excelente.

En inglés, Aitatxi me explicó por qué «nosotros» teníamos que mantener las ovejas juntas.

—De manera que ovejas ser un gran bola de lana.

Los perros hacían casi todo el trabajo, dando vueltas continuamente alrededor del rebaño. El trabajo de Aitatxi, y ahora también el mío, era asegurarnos de que ninguna oveja se saliera del rebaño y se perdiera en el desierto.

—Ovejas ir todos lados menos camino correcto.

Aitatxi me habló también del peligro de «saltar» sobre cactus llamados *cholla*^[25], que crecían sobre la arena como pequeños arbustos retorcidos.

—Si ovejas caer en cactus, gran problema. Pinchos como anzuelos grandes. Yo detestar esos cactus.

—*Detestar*, gran palabra —le dije yo—. Realmente dos palabras: *de* y *testar*.

—*Ba*, *gaixua*, y en desierto yo no gustar las dos.

Aitatxi señaló un grupo de buitres haciendo círculos en lo alto a lo lejos.

—Pájaros negros, oler muerte. No queremos que ellos volar sobre *gure ardiak*.

En el momento en que una oveja se alejaba del rebaño principal, Aitatxi me decía lo que debía gritar a Atarrabi y Mikelats para volverla atrás. Intentaba decir las palabras como Aitatxi las pronunciaba, pero a veces parecía que mi boca estaba llena de canicas. Cuando ocurría esto, los perros se giraban hacia mí con las orejas puntiagudas y con caras de «¿cómo has dicho?». «*Berriz*», me decía Aitatxi, y con su ayuda repetía las palabras hasta que los perros se movían.

A pesar de que tenía la sospecha que Aitatxi me estaba engañando para que aprendiese vasco y algo de pastoreo, no me importaba. Me gustaba sentir que por una vez yo controlaba la situación. Y cuando conseguía pronunciar bien las órdenes que Aitatxi decía y los perros hacían exactamente lo que yo quería, Aitatxi solía decir «*Untsa*», y yo me sorprendía a mí mismo sonriendo sin parar.

Había otra razón por la cual me gustaba decir las palabras en vasco que Aitatxi

me enseñaba. A pesar de que cuando yo las pronunciaba muchas de ellas no se parecían en nada a como Aitatxi las había expresado, había algunas como *haugi hunat* y *guazen fite*^[26] que parecían formarse en mi boca como si las hubiera dicho cientos de veces. Era como recordar algo que desconocía saber —o quizá a alguien—. Podía escuchar la voz de mamá en el instante que yo las decía, las mismas palabras que ella debió decirme de bebé. Y aunque todavía no podía completar el puzzle de la imagen de mi madre en mi mente, al menos ahora sabía cómo sonaba.

El desierto ante nosotros seguía siendo pardo, con la excepción de las únicas manchas verdes que eran las formadas por algunos arbustos con hojitas brillantes y diminutas. Contra más calor hacía, más verdes parecían los arbustos. Y a pesar de que las ovejas mordisqueaban cualquier planta que sacara su cabeza sobre la arena, incluidos los cactus choya, se mantenían lejos de estos arbustos verdes. Cuando arranqué un puñado de hojas de uno de los arbustos, me di cuenta del porqué. Se pegaron a mi mano como si estuviesen recubiertas de miel, pero cuando las acerqué a la nariz, no era a miel a lo que olían, sino a ajo untado en vinagre. Estornudé. Restregué las hojas en los pantalones para quitarlas, pero incluso después mi piel seguía despidiendo ese olor.

—Ser hediondilla^[27] —dijo Aitatxi, y me contó cómo tras una llovizna todo el desierto olía a la planta—. Pero no ser tan mala. Sólo cosquillas en nariz, aclarar cabeza. Buena para catarro.

Preguntaba a Aitatxi acerca de todo lo que pasábamos en nuestro camino y pronto me di cuenta de que lo que conocía sobre el desierto se limitaba a las cosas que podía utilizar y a las que le podían causar problemas. El resto las ignoraba con un encogerse de hombros y un «No gusta».

Las codornices eran buenas para comer. Los halcones eran simplemente grandes pájaros que pasaban por encima. Los coyotes eran de «*debrua*»^[28] y había que estar vigilante con ellos. Los conejos de monte sabían a suela de zapato y hacían que «*txakurrak* olvidar ovejas». Y serpientes, especialmente las de cascabel, eran criaturas «no quieres despertar junto ellas en manta dormir».

A medida que el día avanzaba, el rosario de preguntas comenzó a fragmentarse. Las respuestas del abuelo se hicieron parcas, no más de una o dos palabras: «no comer» o «no sabe». El sol parecía más ardiente y más cercano que el día anterior y yo agradecía la boina de Oxea. Aitatxi no dijo nada al verme con ella puesta. Simplemente asintió con la cabeza y echó un trago de vino de su *zakua*.

Cuanto más calor hacía, más vítreo y acuoso se hacía el horizonte. Tras un rato, era como caminar hacia una línea ondulante de olas. Pero nunca las alcanzábamos. Como en la marea baja, el agua se retiraba a nuestra llegada. Los cactus eran como los corales de la arena. Y por primera vez, las lecciones aprendidas sobre que el desierto había estado una vez cubierto de agua, no parecían algo inventado por el profesor de ciencias, el señor Schmidt.

Las ovejas continuaban su marcha en un único montón de lana polvorienta. O eso

parecía. Pero observando el rebaño, comencé a distinguir ovejas particulares en el grupo. Una oveja gorda que solía ir en medio, a la que bauticé *Rolo*, nunca parecía saber el camino correcto y se chocaba con las de al lado cada vez que el rebaño cambiaba de dirección. Otra oveja, que solía ir en la parte de atrás del rebaño, *Snoopy*, siempre estaba intranquila y balando como si estuviera segura de que se estaba perdiendo algo divertido de adelante. Y además estaba *Gaixua*. Siempre a la cola del rebaño. *Gaixua* era menos alta que las otras y parecía que no había comido caliente en varios días. *Atarrabi* y *Mikelats* solían morderla en las patas para que alcanzara el resto del rebaño. A medida que el sol se hizo más blanco por el calor, me preocupaba más y más por *Gaixua*.

A una hora indeterminada de la tarde, tras haber comido de pie un bocadillo de pan y queso y agua caliente de mi *zakua*, oí que los pasos de *Aitatxi* se detenían.

—*Nola?* ¿Cómo ser? —preguntó.

Yo caminaba a su lado cabizbajo. Me había empujado la boina hacia delante para proteger mi cara del sol y sólo veía un trocito de desierto directamente delante. Cuando *Aitatxi* se detuvo, miré a lo lejos y vi que las olas se habían tornado verdes.

Aitatxi se quitó la boina. Se rascó la cabeza y se inclinó hacia delante.

—*Nola?* —dijo de nuevo *Aitatxi* rascándose los ojos con la boina.

Como *Aitatxi*, yo hubiera pensado que lo que veíamos era un espejismo de no haber sido por los pequeños vehículos blancos que se deslizaban sobre las verdes olas.

—Es un campo de golf —dije.

—No, seguro. Yo saber campo golf. *Baina* no saber por qué campo golf aquí.

—No habías estado por aquí hacía mucho tiempo, *Aitatxi*. Las cosas cambian.

Soltó un gruñido de desagrado e hincó con fuerza su cayado en la arena.

—No tiene importancia —dije.

Aitatxi permaneció allí, mirando largamente con enojo la línea verde que se cruzaba en nuestro camino.

—*Mendian heltzen da urrats bat aldian.*

—¿Qué quiere decir?

Aitatxi no quiso traducirlo. Se puso de nuevo la boina en la cabeza y chasqueó la lengua.

—Podríamos rodearlo —dije.

—*Ez, ez, goazen.* Vamos.

Sacó su vara de la arena y comenzó a caminar hacia el campo de golf.

—Pero a las ovejas no se les permite entrar en un campo de golf —fue todo lo que se me ocurrió decir mientras le seguía.

—Campo golf no deber permitir en desierto —dijo *Aitatxi* agitando su vara.

Era la imagen misma de Moisés con su báculo que aparecía en la Biblia de casa. La diferencia era que *Aitatxi* no iba a cruzar el mar Rojo, sino uno verde.

Once / hamaika

Desde el momento en el que pisamos la hierba del campo de golf, las ovejas comenzaron a pastar, y ni siquiera Atarrabi o Mikelats pudieron conseguir que siguieran avanzando de nuevo. Por mi parte, yo deseaba continuar. Con un poco de suerte, podría lograr que Aitatxi y sus ovejas cruzasen el campo de golf sin ser vistos. Ésa al menos era mi idea, ya que la mayoría de los hoyos del campo, junto con un edificio que me suponía era para los profesionales, quedaban bastante a la derecha. Sólo había un par de hoyos que se acercaban hasta el desierto a nuestros pies. Pero ¿qué nos podría suponer atravesar esas dos calles del campo?

—*Ardiak igorri*^[29] —les ordené a Atarrabi y Mikelats. Y los dos perros, jadeantes aún, sacaron tiempo entre ladrar e ir corriendo tras las ovejas para echarme una mirada que decía, «¿Por qué no vienes por aquí y lo intentas tú mismo, bocazas?».

Estaba pensando que quizá tendría que hacerlo cuando Aitatxi se hizo cargo de la situación. Levantó el bastón y fue dando indicaciones a Atarrabi y Mikelats, y como si fuera el flautista de Hamelin, las ovejas comenzaron a seguirle a través de la primera calle del campo. A la par que avanzaba, Aitatxi comenzó a canturrear su versión de *Daddy, don't you walk so fast*^[30] de Wayne Newton. «Daddy no you ardiek ez dute behar hain fite joan», cantaba Aitatxi. «Papi no tus ovejas no deber ir tan rápidas».

Ni me molesté en hacer comentarios sobre lo que cantaba. Lo único que yo quería era cruzar el campo de golf sin que nos pillaran. Me imaginé a Aitatxi, con su inglés chapucero, explicándole a uno de esos golfistas profesionales, con sus pantalones de flores y sus camisas de marca, qué hacía un rebaño de ovejas en su campo de golf: «No, seguro, hierba para ovejas comer y no para pelota pegar».

Y luego pensé: ¿qué más da? ¿Y qué si pillaban a Aitatxi? ¿Qué me importaba a mí? Después de todo, Aitatxi era el adulto. Los problemas serían para él. Yo no era más que un crío.

Cuando Aitatxi y las ovejas se metieron en un búnker de arena, no pude por menos que sonreírme. Alguien iba a tener que usar el rastrillo un mogollón para alisar esa arena. En un par de ocasiones papá me había llevado a jugar al campo municipal de golf que había cerca de casa, pero no me gustaba nada. El golf estaba lleno de un montón de «¡No debes...!».

No debes hablar cuando alguien está golpeando la bola; no debes tocar la bola si no es tu turno; no debes hacer un swing hasta que los otros jugadores se hayan retirado; no conduzcas el cochecito sobre la hierba; y una norma

tácita nunca escrita: no conduzcas un rebaño de ovejas a través de un búnker. Con estas cavilaciones, me puse a seguir a Aitatxi y las ovejas.

Era divertido ver a las ovejas balando y a Aitatxi cantando. Me refiero a que no hay mucha gente que pueda decir que han atravesado la calle del hoyo dieciocho con treinta y dos ovejas en vez de con un palo número tres. Y cómo se reirían mis colegas en el colegio si les llegara a contar... Me detuve con el pie derecho en el aire cuando oí a Rich decir: «Oye, Mathieu, ¿qué tipo de bolas usan las ovejas, Titleist o Maxfli?». Y los chicos señalándome y llamándome «borreguero». Ya estaba bastante mal la cosa con ser el chico-casco del paraíso. No hacía falta echar más leña para que se cachondearan más de mí.

Eché a andar de nuevo, esta vez más deprisa. Tenía que conseguir que Aitatxi y las ovejas siguieran avanzando. Si nos pillaban en medio del campo de golf seríamos noticia en la prensa y la señorita Helm recortaría el artículo y lo pondría en el tablón de anuncios, con fotografía incluida —Aitatxi y yo con un par de boinas idénticas y rodeados de ovejas—. ¡No, no, no! Eché a correr.

—*Joaiten gira! Guazen fite!* —les grité a Aitatxi y a las ovejas—. ¡Vamos! ¡De prisa!

Aitatxi me miró satisfecho por mi repentino entusiasmo y dijo:

—*Orai tú hacer como artzaina, gaixua.*

Cuando estábamos avanzando hacia la segunda calle, no había jugadores a la vista. Se podía distinguir el ocre del desierto más allá de las estacas blancas que marcaban el límite exterior del campo en el borde de la hierba. Respiré profundamente con alivio. Lo íbamos a conseguir. De repente, Aitatxi y el rebaño se detuvieron, y al volverme a mirar vi todas las ovejas alineadas al borde del lago, disponiéndose a beber. Aitatxi se quedó de pie, vigilando las ovejas, con Atarrabi y Mikelats a sus pies.

—*Guazen!* —les llamé.

—*Ez, gaixua, ovejas necesitar ura.*

—Creía que habías dicho que las ovejas no bebían tanto.

—Buen trago tras comida, siempre buena cosa —me respondió Aitatxi.

—Tenemos que irnos ya.

—*Zendako?* —dijo Aitatxi.

—No tenemos tiempo.

—Tiempo para beber tener. No, seguro, nosotros cerca de sendero *ixileko*, *gaixua*. No problema, no llegar hoy, *baina* mañana próximo día, nosotros ahí.

—No lo entiendes, Aitatxi —le dije—, tenemos que...

Y justo en ese instante, las cuatro mujeres se metieron con sus coches de golf entre las ovejas de Aitatxi.

Iban charlando, distraídas, cuando llegaron a la otra orilla del lago. Debieron suponer que la pista para los vehículos de golf les llevaría sin problemas al siguiente *tee* de salida. Yo les podía haber asegurado que ningún camino es seguro —y menos

aún, uno en el que se encontrara mi Aitatxi.

Las mujeres no se dieron cuenta hasta que sus coches se encontraron en medio del rebaño. Incluso entonces oí decir a una de ellas: «Mary, te juro que él había estado fum...». Fue entonces cuando chilló y el rebaño reventó como un petardo. Las ovejas daban saltos en el aire como si hubiera un coyote entre el rebaño. El primero de los coches giró bruscamente para evitar las ovejas y fue a parar al lago. El segundo vehículo consiguió mantenerse fuera del agua, pero para ello la mujer que lo conducía tuvo que dar un giro de 360 grados, de modo que su pasajera salió despedida dando tumbos por la hierba. Cuando la mujer que salió despedida se reincorporó sentándose, dijo:

—¿Qué demontre está ocurriendo aquí?

A mí se me había cortado la respiración del susto. Estábamos perdidos, y la función no había acabado todavía. Mikelats saltó al techo del coche en el lago y empezó a ladrar. Atarrabi le siguió, sólo que a éste, en vez de ladrar, le dio por aullar. Y por encima del ladrido y aullido de los perros y del balido de las ovejas, se oían los chillidos de la pasajera del coche en el lago. No se sabe muy bien cómo había llegado allí, pero Gaixua se encontraba sobre su regazo. La mujer no dejó de chillar hasta que la conductora del carro le dijo:

—Cállate ya, Linda. No es más que una oveja.

Me dieron ganas de llorar cuando miré a Aitatxi, que simplemente meneaba su cabeza diciendo:

—Mujeres conductoras.

Aitatxi se acercó y ayudó a la mujer que estaba sobre la hierba y yo corrí hacia el coche que estaba en el lago.

—Atarrabi, Mikelats, *ixilik* —dije—. Silencio. *Haugi hunat*. Venid aquí.

Los perros saltaron del techo del vehículo. Yo me metí en el agua, que me llegaba hasta la cadera, y cabizbajo retiré a Gaixua del regazo de la mujer. Dejé a Gaixua en terreno seco. La oveja se tambaleó al andar y luego se sentó en la hierba. Parecía estar tan alterada por lo que había ocurrido como la mujer.

Aitatxi fue al lado del conductor.

—*Pardone*, señoras —dijo Aitatxi— *baina* oveja, ¿qué poder hacer?

Pues entonces a la mujer que conducía no se le ocurrió otra cosa que atizarle a Aitatxi en toda la frente con el palo de golf que tenía en sus manos. Aitatxi se tambaleó por el golpe.

—¡Eh! —le grité al tiempo que le arrancaba el palo de las manos y lo tiraba al lago.

—¡Gilipollas! —dijo la mujer, y salió del lago marcha atrás, salpicando barro y agua—: Les voy a denunciar en la federación de profesionales —le gritó a Aitatxi, que todavía estaba de pie en el lago masajeando su cabeza. Luego, dirigiéndose a la mujer que conducía el otro carro, añadió—: Vámonos, Connie —y salió disparada.

Volví al lago para ayudar a salir a Aitatxi.

—No puedo creer que esa vieja bruja te haya pegado —le dije.

—Señora enfadada —dijo Aitatxi mientras se retiraba la mano de la cabeza. Entonces vi que sangraba por la herida.

—Será p...

—*Gaixua*, tú no decir eso, ellas señoras.

—Señoras locas, añadí yo.

—Buenas señoras sin vestir —dijo Aitatxi.

—Señoras mojadas.

—Y no gustar ovejas —se sonrió Aitatxi.

Me estaba riendo del comentario de Aitatxi cuando oí:

—Perdón.

Aitatxi y yo nos volvimos, y ahí estaba la mujer que conducía el otro coche. Había aparcado a unos metros de distancia. La pasajera que había salido lanzada fuera estaba sentada en el interior del vehículo masajeando sus posaderas.

—¡Oh! —dijo la mujer a Aitatxi—, está usted herido.

Su piel era de color chocolate, y me daba la sensación de que a su cutis le hacía falta un buen planchado.

—Es nada —dijo Aitatxi, a la par que inclinaba la cabeza hacia delante apretando los ojos, y luego dio un respingo al tocarse la herida con el dedo.

—Siéntese —la mujer sacó un pañuelo del bolsillo—. Mary tiene que aprender a controlar ese mal genio suyo.

Aitatxi se sentó en la hierba y se quitó la boina. Mientras la mujer le observaba la herida en su cabeza, él me guiñó el ojo. Asentí con la cabeza. ¡Menudo cuentista estaba hecho el viejo!

—Me llamo Connie Bart —dijo la mujer, una vez que ya había limpiado la sangre de la herida.

—Mathieu Etcheberri —Aitatxi le tomó la mano y se inclinó ligeramente tal y como había hecho con mi profesora, la señorita Helm.

—Lo sé —dijo Connie—. Lo he leído todo sobre ustedes en el periódico de la mañana. Usted y su nieto son unos forajidos de primera.

—¿En el periódico? —pregunté.

Connie asintió:

—Primera página.

—¡Oh, no!

Los titulares se iluminaron en mi cabeza: «DETENIDO MATT ECHBAR POR ESTAMPIDA DE OVEJAS»; y también: «MUCHACHO DE PHOENIX IRÁ A LA CÁRCEL POR DESOBEDECER A SU PADRE».

—¿A dónde llevan las ovejas? —preguntó Connie. Sus dientes tenían rayas amarillas.

—Se lo podríamos decir —le contesté—, pero luego tendríamos que matarla.

Connie se rió. Aitatxi me miró con enojo.

—Comprendo —dijo Connie—, necesitan mantener en secreto su destino. Debe ser emocionante tener una aventura como ésta a su edad.

—Yo no tan viejo —refunfuñó Aitatxi.

—Oh —dijo Connie—, me refería a su nieto. Tiene suerte de tener un abuelo como usted.

—Suerte —dijo Aitatxi—. Oír eso, *gaixua*. Tú suerte.

—Sí, sensacional.

—Disfruta de ello, muchacho —dijo Connie—. Todos mis nietos viven en Ohio y sólo puedo verles en vacaciones.

—No estar bien —dijo Aitatxi.

—Es por mi culpa —continuó Connie—. Creía que con un poco de golf y sol me bastaría para mi jubilación. Pero no es así, ¿verdad que no?

Connie dirigió una mirada perdida a través del lago como si estuviera observando algo al otro lado, y me fijé entonces en cómo se le había amontonado el pintalabios en la comisura de sus labios.

Aitatxi tomó su mano de nuevo y esta vez la besó.

—Todo aventura necesitar señora hermosa —dijo.

Connie miró cómo Aitatxi le besaba la mano y me fijé que había lágrimas en sus ojos.

—Siento mucho que su hijo le hiciera eso —dijo Connie—. No tenía derecho a vender sus ovejas.

—Él buen chico —dijo Aitatxi—. Sólo olvidar ser mi chico.

—Siempre lo olvidan —dijo Connie, y luego añadió—: Será mejor que se vayan antes de que aparezca Mary con la cuadrilla del sheriff.

Aitatxi se dirigió hacia Atarrabi y Mikelats. Mientras él y los perros recogían las ovejas, Connie se volvió hacia mí:

—Tu padre está preocupado por ti.

—¿Qué? ¿Cómo sab...?

—Había una reseña sobre tu padre en el artículo del periódico —dijo Connie—. Dice que siempre has sido un buen muchacho.

¿Un buen muchacho? Seguro que no. Yo era un buen muchacho que prendía fuegos y robaba ovejas, y en el que no se podía confiar para cuidar a su Aitatxi.

—¿Te gustaría decirle algo? —Connie sacó del bolsillo de sus pantalones una tarjeta de puntuaciones y un lápiz—. Escribe lo que quieras decirle y tu número de teléfono. No te preocupes. Esperaré un buen rato hasta que os hayáis largado antes de llamarle.

Cogí la tarjeta y el lápiz de sus manos. Miré hacia donde estaba Aitatxi, chapoteando en el borde del lago a la vez que sacaba del agua a la última de las ovejas. Si no hubiera sido mi Aitatxi, me habría reído de ver un viejo con el agua hasta la rodilla, con un gabán negro que le venía grande y una boina aplastada sobre la cabeza. Pero él era mi Aitatxi. Y papá me había pedido que cuidara de él. Hasta

ahora, nada realmente grave había ocurrido. Pero ¿y si algo malo llegara a ocurrir? ¿Y si Aitatxi se hería? Los chicos buenos hacen lo que les mandan sus padres.

Puse mi número de teléfono en el envés de la tarjeta y las palabras «Camino secreto —*etxola*— de Bradshaw», y entregué la tarjeta a Connie.

—¡Vámonos, Connie! —llamó la mujer del coche.

—Espera un momento —Connie corrió hacia el vehículo, y sacó un par de bolsas mientras la otra mujer le decía:

—Oye, que yo tengo hambre.

Cuando Aitatxi se acercó, Connie nos dio un sandwich a cada uno.

—*Milesker* —dijo Aitatxi.

—Sí, gracias —dije yo mientras desenvolvía ansioso mi bocadillo.

—¿Os importa si os saco una foto, pareja de bandidos? —Connie sostenía una pequeña cámara.

—No, seguro —dijo Aitatxi, y me echó su brazo sobre el hombro. Antes de que pudiera protestar, me acercó hacia sí y dijo—: *Zuretako hau da*^[31].

Connie sacó la foto y yo me liberé de su tenaza.

—*Ir orai* —dijo Aitatxi.

—Buena suerte —dijo Connie.

—*Izan untsa* —dijo Aitatxi—. Que siga bien.

Cuando ya no nos podían oír, Aitatxi me tocó con su bastón:

—¿Tú escuchar, *gaixua*? Nosotros, bandidos. Señoras amar fuera de ley.

—Sí, sí.

Le pegué un mordisco al bocadillo. El pan se deshizo en la boca. No como el pan amargo y duro de Aitatxi que tenía que roer con mis palas. Dentro había jamón curado. Me sonreí mientras masticaba la carne gomosa y notaba que el queso de lonchas se pegaba en mi paladar. Me relamí la mostaza de los labios y tragué. Por fin comida de verdad.

—¿Te vas a comer todo el bocadillo? —le dije—. Porque si no vas a...

—Debo comer —dijo Aitatxi—. Esto de *bihotza*.

—No. Es de jamón y queso —le contesté.

Cuando llegamos al final de la segunda calle, Aitatxi miró hacia atrás. Allí estaba todavía Connie, mirándonos. Aitatxi levantó su boina y saludó. Connie alzó su guante blanco de golf y le devolvió el saludo.

—¡Qué coñazo! —dije.

—*Ixilik* —me dijo Aitatxi—. Cállate.

Mientras veía a Aitatxi y a Connie saludándose mutuamente desde ambos lados de la calle, sabía que había hecho lo correcto haciéndole saber a papá hacia dónde nos dirigíamos. Aitatxi había tenido su aventura, incluida su bella dama... o al menos Connie. Ya era hora de ir a casa.

Supuse que una vez que Connie llamara a papá, él le contaría a la policía a dónde llevaba Aitatxi las ovejas. A primera hora de la tarde, papá y la policía llegarían a la

etxola por el sendero que Oxea y Aitatxi siempre habían usado. Desde allí, tan sólo tendrían que retroceder por el sendero hasta encontrarnos. Esa noche dormiría en mi propia cama.

—*Joaiten gira* —dijo Aitatxi mientras se alejaba del campo de golf y me conducía hacia el desierto.

Doce / hamabi

A media tarde, Aitatxi y yo seguíamos siendo forajidos. Con frecuencia escudriñaba el horizonte con la esperanza de ver el reflejo del sol en los coches patrulla acercándose, pero nada interrumpía el ondulante desierto ocre. Conforme caminábamos, me di cuenta de que el único fallo de mi plan para ser capturados era la «senda secreta» de Aitatxi. ¿Conocía papá este sendero? Aitatxi decía que sí... bueno, un poco, no, seguro. Pero ¿había realmente un sendero? Quizás Aitatxi se lo estaba inventando todo. Aún así, estaba seguro de que papá nos encontraría una vez que supiera que nos dirigíamos hacia la *etxola*, existiera o no el camino secreto.

Decidí dejar de preocuparme por mi padre, y empezar a preocuparme por lo que le iba a contar a Aitatxi cuando la policía nos rodeara. Confesarle que me había chivado no era ni siquiera una opción. Mi plan era aparentar una gran desilusión, como si lo que deseara fuese continuar caminando sin cesar por el desierto el resto de mi vida con un montón de ovejas apestosas. No era necesario que Aitatxi supiera que le había delatado, aún cuando lo hubiera hecho por su bien. Dicho de otro modo, le estaba cuidando tal y como papá me pidió que hiciera. En una palabra, Aitatxi era demasiado viejo para llevar las ovejas hasta el monte.

Sólo que en ese momento Aitatxi no parecía muy viejo. Iba prácticamente corriendo hacia adelante y tuve que acelerar el paso para mantenerme a su altura.

Ahora que Atarrabi y Mikelats tenían el rebaño bajo control, Aitatxi y yo nos dedicamos a caminar tras las ovejas y a estar atentos con las descarriadas; como era habitual, Gaixua no hacía más que retrasarse. Mis piernas ya no estaban tan doloridas como a la mañana. Y aunque ojalá hubiera buscado antes una fuente en el campo de golf, Aitatxi me dejaba beber a menudo de mi zakua.

—Mañana día, encontrar Oxea *iturritza* —dijo Aitatxi—. Agua tan clara tú ver Dios allí.

No es que yo supiera lo que Dios estaba haciendo en el agua o siquiera qué aspecto tenía Dios. Para mí, Dios era como el sol. Podía sentir el calor que provenía de él, pero estaba muy lejos para ser visto con claridad y era demasiado brillante para estar mirándolo mucho rato. Y con eso me bastaba. Es decir, Dios sabía todo lo que yo pensaba y hacía. TODO. Para alguien que tenía dificultades para «compartir» incluso las cosas más pequeñas de la vida corriente, «TODO» era sencillamente demasiado grande para controlar. Y aunque no podía representarme a Dios, justo entonces sabía que me estaría mirando con el ceño fruncido.

—Esto buena cosa —dijo Aitatxi—, juntos así. Tener buena aventura, seguro, no,

gaixua.

Mantuve la mirada en el suelo frente a mí y asentí con la cabeza.

—Dos días más —dijo Aitatxi—, llegar a *etxola*.

Probablemente papá ya estaría allí.

Las nubes se deslizaron deprisa por el cielo ocultando el sol, y eso nos dio un respiro de la canícula. Y aunque todavía hacía calor, ya no sentía como si mi piel estuviera asándose al fuego. Lentamente, el desierto comenzó a cambiar. Entre la hediondilla surgieron nuevos arbustos. Eran más altos, crecían por encima de mi cabeza y estaban repletos de bayas rojas.

—Ser arbusto manzanita —dijo Aitatxi.

Pero cuando me comí una de las «manzanitas», me supo a patata podrida.

—No comer, *gaixua* —dijo Aitatxi—. *Baina* Oxea hacer buena bebida. Como *arno zuria*^[32] pero no marear.

Desperdigados entre los arbustos de manzanita se veían lo que Aitatxi llamó «árboles armados».

—Dicen que ser cactus —con la punta de su bastón tocó un pincho de unos cinco centímetros en uno de los árboles—. No bueno luchar con ellos.

Conforme avanzábamos, se veían más cactus, aparte de las choyas. Algunos, como el visnaga^[33] y el saguaro^[34], ya los conocía de verlos en patios ajardinados de Phoenix. Otros, no los había visto nunca. Eran cactus delgados, con brazos como tentáculos que se extendían hacia el cielo y que tenían flores naranjas en el ápice. Y cactus chaparros con apéndices blancos, lisos y anchos, que parecían colas de castor, sólo que con espinas. Para entretenerme le preguntaba a Aitatxi los nombre de todos los cactus que veía. Pero a no ser que se pudiera comer, Aitatxi decía:

—No ser nada *baina* pinchos. Una vez querer comer fruto, *txarra da*^[35].

De una sombra a otra de los cactus se deslizaban rápidos los lagartos, tan finos algunos como mi dedo meñique y otros tan gruesos como mi brazo. Atravesaban el camino filas de codornices que cuando nos acercábamos levantaban un corto vuelo y continuaban corriendo por el terreno. Otros pájaros saltaban y volaban entre el ramaje de los árboles armados. Tan profuso era el trinar y el gorjeo de los pájaros, que daba la impresión de que eran los mismos árboles quienes cantaban. Un correcaminos solitario cruzó entre el rebaño a toda velocidad. Snoopy dio un salto justo en el momento en el que el pájaro pasaba a su lado. Aitatxi guió a las ovejas por el campo minado de montículos de hormigas rojas. Las hormigas cubrían el suelo y la masa roja se movía como lava sobre arena. Llegué a la conclusión de que las hormigas eran las reinas del desierto, aunque sólo fuera por su número.

Se suponía que el desierto era un sitio muerto. Al menos, eso era lo que me habían enseñado. Pero si eso era verdad, desde luego que había un montón de vida moviéndose entre la muerte.

Cuando el sol comenzó a caer en el horizonte, la arena bajo nuestros pies se volvió más pedregosa y empezaron a aparecer guijarros quebrados. Desde que

abandonamos el campo de golf, no habíamos dejado de ascender lentamente, y cuando volví la vista atrás para ver el camino recorrido, vi la ladera llena de barrancas que se cruzaban unas con las otras. Estas cárcavas confluían abajo en el valle, y en una de esas barrancas divisé un coyote.

El coyote husmeaba el terreno con su hocico. Se movía de un lado a otro mientras seguía nuestra pista. El rastro del rebaño debía ser como una carretera asfaltada con olor a oveja que le dirigía justo hasta nosotros.

Cogí una piedra y la tiré ladera abajo en la dirección del coyote. Golpeó con un chasquido contra una roca. El ruido hizo que el coyote mirara hacia arriba, y nuestras miradas se cruzaron por un instante. Entonces el coyote hizo un ademán como diciéndome, «Bueno, esta vez me has pillado, pero volveré», y se esfumó entre los arbustos.

Aitatxi me azuzó para que siguiera avanzando, y mientras corría hacia él el viento en mis oídos sonaba como el rumor del agua. Cuando le alcancé, iba a contarle lo del coyote que nos seguía, pero antes de que pudiera decir nada, dijo:

—Tener que hablar.

Aitatxi tenía la boina calada hacia atrás y las dos manos apoyadas en el bastón.

—¿Qué pasa?

Aitatxi no miró. Se mantuvo cabizbajo y arrugó el gesto como si tuviera algo amargo en la boca. Ya sabía yo qué era ese algo amargo en su boca. Se debía imaginar lo que yo había hecho. Pero ¿cómo? No había visto lo que escribí en la tarjeta de golf y me habría enterado si Connie le hubiera dicho algo. No se podía haber enterado. Sin embargo, se trataba de Aitatxi, que siempre parecía saber muchísimo más de lo que yo creía que sabía. El sentido de culpabilidad me produjo un nudo en el estómago. Una cosa era ser un soplón y otra muy distinta que te pillasen delatando a alguien.

—Bueno, si me dejas, yo te explic...

—No explicar aquí —dijo—. Ya ser tiempo.

—¿Tiempo?

—Tiempo tú encontrar buena esposa.

—¿Cómo dices?

—Esperar más y ya tarde.

—Pero si sólo tengo trece años.

—Mejor tiempo para ver —Aitatxi señalaba hacia mí con la punta de su bastón

—. Yo tu edad primero ver *zure amatxi*.

—¿Te casaste con Amatxi cuando sólo tenías trece años?

—No, seguro, tú tener oídos. Decir «ver», no «casar». Amatxi, ella en iglesia, yo ver.

Aitatxi azuzó a Gaixua con el bastón para que se mantuviera con el rebaño.

—¿Qué le dijiste?

—Eh, tú no escuchar. Yo no «decir», yo «ver».

—Bueno, entonces, ¿qué le dijiste a Amatxi cuando finalmente le dijiste algo?

—Feliz cumpleaños —respondió Aitatxi como si hubiera acertado la pregunta del millón en un concurso.

—¿Le dijiste eso al salir de la iglesia?

—*Zer* iglesia? Ella en partido de pelota. Yo dar ella vaso de vino. Señoras gustar *arno zuria*.

—¡Pero sólo tenía trece años! —exclamé.

—¿Quién decir eso?

—Tú mismo.

—No, seguro, Amatxi cumplir diez y ocho ese día.

Me retiré la boina hacia atrás para llevarla igual que él.

—Bueno —dije yo—, comencemos de nuevo. Viste a Amatxi en la iglesia cuando tenía trece años.

—*Bai*.

—Pero la primera vez que le hablaste fue en un partido de pelota cuando cumplió diez y ocho años.

—*Untsa* —dijo Aitatxi—. *Orai*, tú escuchar.

—Sí, sí, yo escuchar. O sea que pasaron cinco años desde que la viste hasta que le hablaste.

—No, seguro —Aitatxi sacudió la cabeza como lamentándose—. Yo poco deprecia. *Baina* no poder esperar más.

—Pues yo creo que esperaste bastan...

—*Beha zazu!*^[36] —me interrumpió Aitatxi. Se detuvo y señaló una hilera de edificios a lo lejos—. *Zer da?*

—Casas, creo —respondí.

—*Zer dira hemengo etxeak?* —preguntó Aitatxi—. ¿Cómo casas hacer aquí?

—Es una urbanización.

Aitatxi echó a andar de nuevo y yo le seguí. Conforme nos íbamos acercando, me fijé que las casas estaban muy juntas, las paredes casi se tocaban. Las chimeneas de ladrillo rojo salían proyectadas hacia el cielo como grandes dedos. Pero no estaban acabadas todavía. A través de la estructura de madera de las viviendas de la primera fila se podían ver más casas sin acabar al fondo.

—¿Cómo casas hacer en este lugar?

—Supongo que la gente quiere vivir aquí.

Aitatxi se detuvo de nuevo y miró hacia las casas con enojo, como si eso fuera a hacerlas marchar de ahí. Atarrabi y Mikelats mantenían el rebaño agrupado mientras esperaban que Aitatxi les dijera qué hacer.

—Campo golf primero, *orai*, casas —exclamó—. Yo no gustar. ¿Cómo siguiente? ¿Disneyland?

—Bueno, sólo son casas.

—No ser de aquí.

—Bueno, pues igual que las ovejas en el desierto —dije. Aitatxi me dirigió una mirada con ojos que acuchillaban. Pude ver los músculos de su mandíbula tensarse bajo la grisácea barba como si estuvieran triturando mis palabras. Ojalá me hubiera quedado callado.

—Nosotros atravesar *prisa zite* —dijo Aitatxi—. Rápido.

—Con lo que pasó en el campo de golf, igual sería mejor que rodeáramos las casas —le sugerí.

—*Ez* —dijo Aitatxi—. No poder rodear. No ser sólo casas.

—Hombre, ¡pues claro que son casas!

—¿No tú ver, *gaixua*? —me dijo Aitatxi—. Casas, estar muertas.

—¿Pero qué estás diciendo?

Pero Aitatxi no añadió nada más. Al menos en inglés.

—*Segi segi. Zaza zuzen zuzena* —les dijo a Atarrabi y Mikelats—. Adelante, todo recto, ahora mismo.

Los perros pusieron de nuevo las ovejas en movimiento, pero mientras caminábamos Aitatxi seguía cabizbajo. Sus labios se movían y le oía susurrar las mismas palabras en vascuence una y otra vez. Al rato me di cuenta de que Aitatxi estaba rezando. Quizás a Oxea, acordándose de su hermano en estas casas de muerte. O quizás a Dios, pidiéndole fuerzas para terminar su viaje. O, a lo mejor, como yo, rezaba para que papá estuviera dentro de una de las casas sin acabar esperando para llevarnos a casa.

Trece / hamahiru

A medida que nos acercábamos a la primera hilera de casas, el sol poniente tiñó de rojo aquel mundo grisáceo. No había cristales en ninguna de las ventanas, y los espinos rodantes^[37] llenaban las entradas vacías.

—*Guazen fite* —dijo Aitatxi—. Ir rápido.

—¿Qué prisa tenemos? Aquí no hay nadie.

—Nosotros ir —Aitatxi levantó el bastón para conducir las ovejas hacia adelante.

Las casas estaban tan juntas que era más fácil atravesar las estructuras inacabadas que sortear las viviendas. Pasamos junto a piscinas vacías llenas de grietas. De las paredes de las piscinas salían cables y tubos.

—¿Y cómo que no las acabaron? —pregunté mientras pisábamos la base cementada de una de las casas. Cogí un pedazo de tabla rota y lo sostuve en alto—. ¿Qué pudo pasar?

—Mamu pasar —dijo Aitatxi.

—¿Mamu? —exclamé, dejando caer la tabla en el cemento.

—*Guazen* —Aitatxi atajó por una casa que estaba más completa que las demás. Tenía paredes sólidas y habían empezado a colocar el tejado. Algo salió disparado por una puerta a mi derecha. Volví la cabeza esperando ver un brazo peludo, pero vi un trasero gordo y escuché un largo balido.

Era Rolo.

Aitatxi también oyó a la oveja y me dijo:

—Tú atrapar —mientras esgrimía el bastón en la dirección de donde venía el balido—. Ir *fite*^[38].

Y antes de que pudiera pedirle que mandara a uno de los perros, Aitatxi se había esfumado por la puerta trasera. Le vi medio trepando por encima de una pared a medio construir siguiendo al resto del rebaño hacia la siguiente casa.

Genial. Me había dejado para que rescatara a la oveja yo solito. No es que rescatar a Rolo fuera una gran cosa, vamos, normalmente. Pero, aquí, en este lugar... ¿Por qué tenía que haber sacado el tema del Mamu? Apenas quedaba luz y se iba a hacer de noche de un momento a otro. ¿Y me iba a quedar yo ahí solito con el Mamu? ¡Ni hablar! Tenía que encontrar a Rolo al instante.

—¡Rolo!

La cara marcada de cicatrices del Mamu me vino a la mente mientras veía las sombras que se deslizaban por el interior de la casa. Me acerqué hacia la entrada por

donde había desaparecido Rolo. Un pájaro asustado pasó volando por encima de mi cabeza. Mi corazón se puso a latir al ritmo del aleteo del pajarillo.

—¡Rolo! —volví a llamar, aún a sabiendas de que no serviría de mucho. La oveja en cuestión no sabía que yo le había bautizado *Rolo*, pero mi propia voz me hacía compañía y me sentía menos solo.

Estornudé y me limpié los mocos con el brazo. Toda mi piel estaba cubierta de mugre, así que volví a estornudar. Todo estaba lleno de polvo. Era como estar en el interior de una tumba egipcia.

Me apresuré a encontrar a Rolo intentando olvidarme de todo lo demás para salir de allí cuanto antes. Hasta que oí algo grande que se movía en la habitación de al lado. Contuve la respiración y escuché. Sólo se oían los ladridos de Atarrabi y Mikelats en la lejanía.

—¡Venga, no seas crío! —me dije a mí mismo mientras entraba en la habitación. Era enorme, como una cueva, pero la oveja desaparecida no estaba ahí. La única otra puerta de la habitación estaba en el extremo opuesto. Rolo debió irse por allí.

—¡Sal de ahí, oveja estúpida!

Además de asustado, ahora también estaba enfadado. Fui corriendo hacia el extremo opuesto de la habitación y estuve a punto de caer en el agujero que había justo en el centro del suelo. Ya tenía medio pie pisando el borde cuando me di cuenta de que era un agujero y tuve que saltar a un lado para no caerme dentro.

—¡Uff!

Observé el agujero detenidamente. Era del tamaño de una alcantarilla. ¿A quién se le habría ocurrido hacer un agujero así en el centro de una habitación? Escudriñé en la oscuridad. ¿Qué profundidad podría tener? ¿Se habría caído Rolo dentro de este agujero? Me asomé tumbado para poder ver mejor. Noté en mi cara el aire húmedo y fresco que salía del agujero. Olía a mohoso, como cuando no han abierto una habitación durante bastante tiempo. Y no me refiero a meses sino a años. No se oía nada.

Como no podía ver el fondo, se me ocurrió tirar un escupitajo para ver si cuando chocaba con el fondo se oía el ruido. Nada.

—¡Agujero profundo! —las palabras se repitieron mientras se desvanecían en el hueco—. ¡Fresco!

—Fresco, fresco, fresco, fresco... —repitió el eco desde las profundidades del boquete.

Me asomé un poco más para oír mejor y sonreí. Era divertido. Estaba a punto de gritar de nuevo cuando me vino a la cabeza la palabra «salto». Y justo antes de que pudiera pronunciar esa palabra, noté que algo me agarraba. Mis brazos hicieron un molinete en el vacío y perdí el equilibrio. Me estaba cayendo. Entonces, Aitatxi me agarró y tiró hacia afuera. Noté su mano sobre mi hombro; Rolo, la desaparecida, estaba a su lado. Tenía la sensación neblinosa de acabar de despertarme, pero yo no me había dormido.

—*Gaixua*, venir —dijo Aitatxi, y se giró y salió de la habitación.

Le seguí, aunque me detuve un momento en la salida para volver la mirada. Ya no había agujero, o al menos yo ya no lo podía ver, nuevamente oculto en las sombras de la habitación. Corrí tras Aitatxi.

Una vez afuera me sorprendí de la cantidad de luz solar que había todavía. En el interior de la casa, parecía estar haciéndose de noche. Sin embargo, ahora, aunque no quedaba demasiada, aún había suficiente para distinguir el camino por el que íbamos. Justo se acababa al llegar a las casas sin terminar. Allí un cartel rezaba:

VIVIENDAS WARREN LA FELICIDAD COMIENZA A LOS 18 GRADOS

En la otra dirección, la carretera corría por el desierto de regreso a Phoenix. Las luces de las afueras de la ciudad brillaban, y yo deseaba estar allí, rodeado de gente, en casa, encendiendo la lámpara de mi mesa, esperando a que papá subiera a desearme las buenas noches.

Pero no. Estaba aquí con Aitatxi y sus ovejas y un montón de casas muertas. Estaba a punto de preguntar a Aitatxi qué tenía que ver Mamu con estas casas cuando vimos que por la carretera tres chicos en bici se acercaban.

—¡Hombre, por fin os encontramos! —dijo el mayor de los tres chicos.

Iba en una Schwinn Pea Picker. Justo la mismísima bicicleta que había pedido para mi cumpleaños el año pasado —y seguía pidiendo—. En la pared de mi cuarto tenía pegado un artículo en el que aparecía toda la información sobre esta bici. La Pea Picker era una de las series más robustas de Schwinn's Stingray —sólo oír ese nombre ya me hacía sentirme un fuertote—. El modelo verde venía con un asiento alargado color amarillo, manillar alto de cabra, rueda delantera enana y una palanca de cinco cambios en el tubo central. No había ningún chico que no quisiera tener esa bici. Era la repera. A pesar de que le hablé a Aitatxi de ella repetidamente, me siguió regalando una oveja para no variar.

—Llevamos esperándoos un mogollón —nos dijo el chico que iba en «mi» bici. Creo que tendríamos la misma edad. Tenía la cara llena de pecas.

Las ovejas se acercaron a las bicis hasta rodearlas y éstas quedaron en medio del rebaño.

—Pssi —dijo el chico delgaducho. Iba en una Lemon Peeler amarilla y tenía la cabeza rapada—. Creíamos que la pasma os había cazado.

El chico más pequeño asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, en chirona —llevaba una bici multicolor que daba la impresión de estar hecha con piezas de otras bicis.

—¿De qué hablas? —le pregunté.

—Estáis en todos los telediarios —dijo el pecoso.

—El modo en que robasteis las ovejas —afirmó el delgaducho.

—En chirona —repitió el pequeñajo mientras acariciaba a *Gaixua*, que a su vez le

mordisqueaba el dobladillo de la camisa.

—La mujer del campo de golf dijo a la policía que os dirigíais hacia las montañas Estrellas —nos contó el pecoso. Y mirando a Aitatxi añadió—: La mujer lloraba cuando les dijo que le habíais hecho prometer guardar el secreto y que si se estaba chivando era porque en el fondo le importabais.

—Grande mujer —afirmó Aitatxi.

¿Grande mujer? En aquel momento lo único grande de Connie era su habilidad para fingir. Había mentido a la policía diciéndoles que íbamos justo en la dirección contraria a la nuestra. Con razón no habíamos visto ni rastro de perseguidores. Ojalá la metieran en la cárcel cuando papá corrigiera a los policías y los enviara por el camino correcto. ¿Y por qué papá no les había alertado todavía? Quizás Connie no le había avisado, pero, entonces, ¿para qué se había molestado en decirme que iba a llamarle si no tenía intención de hacerlo? Debía ser que papá no había regresado de Colorado todavía. Una vez que llegara a casa, todo esto se acabaría. Aún así, eso significaba que me quedaba otra noche con Aitatxi y sus ovejas y sin papá.

—Pero yo ya sabía que vendríais por aquí —dijo el delgadocho.

—Yo era el que lo sabía —espetó el pecoso.

—¿Pero cómo? —les pregunté.

—Muy fácil. Simplemente tracé una línea en el mapa desde el campo de golf hasta los montes más cercanos —respondió el pecoso.

—Las montañas Bradshaw están mucho más cerca que las Estrellas —añadió el delgadocho.

O sea, unos críos nos podían encontrar sin problema, y la policía... ¡Apaga y vámonos! Las ovejas comenzaron a tumbarse en la carretera y Atarrabi y Mikelats aullaban con voz lastimera.

—Estar cerca sendero *ixileko* —dijo Aitatxi—. *Baina* no encontrar en noche.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

Aitatxi volvió la vista hacia las casas vacías a nuestra espalda. El chico pecoso se fijó y le advirtió:

—No sirven. La policía acabará mirando ahí en cualquier momento.

—Además —añadió el delgadocho—, ese sitio está encantado.

—Fantasmas —remató el más pequeño.

—Cállate —le dijo el pecoso.

—*Baina* tener que ir a desierto —respondió Aitatxi.

—No hace falta que vayáis —dijo el delgadocho.

—Tenemos el escondite perfecto para vosotros —añadió el pecoso.

—Es perfecto —insistió el más pequeño.

—Pssi, ale, vamos —nos animó el delgadocho.

Los tres muchachos se abrieron paso entre las ovejas y empezaron a pedaleaer carretera abajo.

—No está muy lejos —nos gritó el chico pecoso mirando hacia atrás.

—Seguid por la carretera —añadió el delgadocho.

—Seguid por la carretera —repitió el más pequeño.

Conforme les veíamos alejarse por la carretera, pregunté:

—¿Qué vamos a hacer?

—*Hortik da bidea* —respondió Aitatxi—. Seguir carretera.

Atarrabi y Mikelats comenzaron a trabajar, y enseguida Aitatxi, el rebaño, y yo también, nos pusimos en marcha tras los chicos carretera abajo y de vuelta hacia las luces titilantes de la ciudad.

Catorce / hamalau

La carretera conducía a Christmas Town.

El sitio estaba abandonado y no era más que un cuadrado de cemento vacío sin tejado. Un descascarillado cartel decía: SANTA CLAUS VIVE EN EL DESIERTO. Frente al edificio había pedazos de madera de un trineo pintado y un Santa Claus de unos tres metros decapitado. A medida que metíamos las ovejas, el chico pecoso nos contó que hacía cinco años que habían dejado de trabajar en Christmas Town, cuando la urbanización hizo quiebra.

—Ahora quieren convertirlo en un negocio de libros eróticos —dijo el delgado.

—Pues mi madre dice que le prenderán fuego al lugar si lo intentan —añadió el pecoso.

—Mi padre dice que no hay motivo por el cual los adultos no deban tener su propia librería para poder leer buenos libros —dijo el delgado.

—Eres tonto del culo —le dijo el pecoso. A continuación se volvió hacia Aitatxi y le aseguró—: Aquí estarán tranquilos. Nadie se acerca por aquí desde aquel jaleo.

—Un grupo de madres vinieron para romperle la cabeza a Santa Claus —nos contó el delgado.

—Sí, le quitaron la cabeza a Santa Claus —confirmó el más pequeño.

—Nos tenemos que ir —dijo el pecoso—. Es hora de cenar.

—Pero volveremos por la mañana —aseguró el delgado—. ¿Os gustan los donuts?

—Pero de chocolate —respondió Aitatxi.

—¿Pero es que los hay de otra clase? —preguntó el pecoso con asombro.

Conforme se alejaban de la tienda vacía en sus bicis, Aitatxi les despidió con la mano diciendo:

—*Milesker, izan untsa*. Seguid bien.

—Aitatxi, no hablan euskera —le dije.

—Saber con *bihotzak* —respondió Aitatxi—. *Orai*, traer cuerda y hacer redil para ovejas.

Mientras sacaba la cuerda de mi bolsa, Aitatxi hizo que Atarrabi y Mikelats trajeran las ovejas a un rincón del edificio. Luego, atamos la cuerda a unos cables eléctricos que colgaban de las paredes de cemento del edificio y cercamos las ovejas en el recinto.

Más tarde, Aitatxi me envió a por leña para encender el fuego, y en la trasera del

edificio me topé con un montón de enanitos de madera recortada. Los enanitos representaban diversos estadios de la fabricación de juguetes. Encontré también un paquete de revistas. La mayoría de las portadas eran *Camaros* y *Chevy Supersports*, pero también me encontré un ejemplar de la revista *Boy's Life* con un artículo que se titulaba «Supervivencia en la naturaleza salvaje: Diez nudos que necesitas saber» y el número de octubre de la revista *Playboy*, sólo que con las fotografías arrancadas. Rompí un par de enanitos y llevé los pedazos junto con las revistas —excepto el *Playboy*— al interior.

Aitatxi usó las revistas para prender el fuego sobre el suelo de cemento. Yo me quedé observando cómo las llamas se elevaban hacia un cielo repleto de estrellas. Aitatxi sacó el queso de oveja y el pan de levadura amarga, y aunque estaba harto de ambos, me tragué con avidez mi parte. No recordaba haber tenido tanta hambre nunca. Mientras comíamos, Aitatxi canturreó algo y, por primera vez, era una canción que no me sonaba de la radio.

—¿Qué canción es ésa?

—Ser mi canción —respondió Aitatxi.

—¿Tú has escrito una canción?

—No preocupar, *gaixua*, tú en mi canción.

—A ver si adivino... Trata de un chico que nació *ttipia eta itsusia* y va conduciendo ovejas por el desierto —le dije.

—*Ez, baina* eso bueno —me dijo Aitatxi—. Mi canción sobre chico de ciudad, el aprender cómo «*mendian heltzen da urrats bat aldian*».

—¿Qué significa eso?

—Igual tú aprender mañana día —me respondió Aitatxi—. *Orai* tiempo dormir.

Desenrollé la manta de dormir. Había sido un día muy largo con todo ese asunto de las mujeres del campo de golf y las casas. Aún así, antes de quedarme dormido había algo que tenía que preguntarle a Aitatxi.

—¿Qué es el Mamu?

—No, seguro, *zuk badakizu Mamu*^[39] —me aseguró Aitatxi.

—Pero esos chicos dijeron que las casas estaban encantadas y tú mismo dijiste que Mamu estaba ahí. ¿Es un fantasma?

—Mamu, no una cosa —respondió Aitatxi.

—Entonces, ¿qué es el Mamu?

Aitatxi se mantuvo callado un buen rato y observé cómo miraba el fuego como si la respuesta estuviera escrita en las llamas.

—Mamu, ser todas las cosas que pasar antes —dijo Aitatxi—. Algunas cosas, ser buenas, algunas cosas, ser no tan buenas.

—Y en las casas de antes...

—No buenas.

La madera crepitaba al arder. Como Aitatxi, yo también estaba absorto en el corazón de la llama, allí donde el color es azul. Pero el rostro de la mujer no estaba

allí. Esta vez, podía ver el rostro de Oxea bailando en las llamas, transformándose en Mamu y volviendo a ser Oxea de nuevo.

—El Mamu me asusta —dije, y retiré la mirada del fuego.

—No, seguro, Mamu no ser cosa para asustar, *gaixua*. Mamu, ser como cosas del mundo, en tiempos bueno, en tiempos no bueno.

—Yo creo que la mayoría de las veces no bueno.

—*Ez*, Mamu, ser como lluvia. Día que *eguzkia* quemar, lluvia venir, ser buena cosa. *Baina*, *gau* fría, lluvia venir, hacer *zure* dientes cla-cla, no ser tan buena cosa. Mamu ser como lluvia.

—¿Y cómo sabes si el Mamu es bueno o malo?

—Ver en cara —me respondió Aitatxi.

—Yo no quiero verlo tan de cerca.

—Único modo saber. Mamu, si venir tener que ver cara.

—¿Y cómo lo sabré?

—*Zure bihotza* saber —me aseguró Aitatxi—. *Baina* no más preocupar, *gaixua*, mañana subir montaña. Ahora tiempo par...

—Ya sé, ya sé, *bu-ba*.

—*Ez*, *bu-ba* para *mutila* —dijo Aitatxi—. *Gizona orai*. Para tú ser *lo egitera*^[40].

—*Lo egitera* —repetí—. A dormir.

—*Gauhun* —dijo Aitatxi al acostarse—. Buenas noches.

Me estiré sobre la manta y cerré los ojos, pero no podía dormir. Me seguía acordando de Mamu y de papá y de las ovejas y de la escuela. Estaba todo mezclado. No me podía parar quieto. El corazón me latía con fuerza. Quería correr, correr y correr hasta caer al suelo reventado con la cabeza vacía de todo pensamiento. Había estado deseando que mi vida cambiara rápidamente, y lo había conseguido. Pero ahora estaba arrepentido de ello. Siempre había pensado que los cambios eran buenos. Cuando algo no me gustaba, se cambiaba y la cosa mejoraba. Pero la cosa no era así. Cambiar las cosas era como el Mamu, algunas veces bien y otras no tan bien.

Como la muerte de Oxea.

Me volví boca arriba y abrí los ojos. Intenté acordarme de qué estrella me había dicho Aitatxi que era Oxea. Había demasiadas y sólo una era Oxea. Oxea, que gritaba al hablar, como si estuvieras al otro lado del granero y no justo a su lado. Oxea, que se ponía la boina calada hacia atrás y dejaba ver una frente arrugada con pliegues oscuros. Oxea, cuyos músculos abultaban a través de la chaqueta, me dejaba tumbarle en el suelo del granero y que le llamara «tío». Creía que Oxea sería para siempre. Y quizá lo era. Quizás todas las estrellas eran Oxea. Un pedacito de él en cada una.

¿Cuándo era el funeral? Tenía la sensación de llevar semanas con las ovejas, pero al calcular la fecha del día de mi cumpleaños, me di cuenta de que sólo habían transcurrido tres días. Tres días. Ojalá pudiera volver hacia atrás en el tiempo y volverlos a vivir. Haría justo todo lo contrario: tratar de convencer a papá de que dejara a Aitatxi quedarse con las ovejas; haría revivir a Oxea. Su funeral era mañana.

¿Habría cogido papá el vuelo a Denver para asistir? Igual era por eso que todavía no había venido a buscarme. Quizá tenía cosas más importantes que venir a buscarme. No, papá no era de éstos. No se marcharía hasta asegurarse de que yo estaba a salvo. Incluso ahora es muy posible que estuviera mirando a las mismas estrellas que yo y acordándose de mí. Estaría preocupado. Sin poder dormir. Lo mismo que yo, tendría un montón de cosas dándole vueltas en la cabeza. Me imaginé la mancha de salsa en la camisa que le habría caído durante la cena, balanceando su peso de un pie al otro, pensando en las ovejas que había vendido, deseando no haberlo hecho, echando de menos a mamá, a su padre, a mí.

Y desde luego, yo le echaba de menos. El peso de su mano mientras me atusaba el pelo. Su voz profunda cuando me daba las buenas noches, e incluso su manera de reír cuando le pillaba mirándome sin que yo me diera cuenta. Una sonrisa que no era realmente una sonrisa, sino el comienzo o quizás el final de una sonrisa. Y yo le diría que parara y él me respondería: «Te quiero, hijo». Yo protestaría: «¡Jolín, que me da vergüenza!». Pero en aquel momento, echado sobre el suelo de cemento de Christmas Town, no recordaba haberle avergonzado yo a él. Supongo que al menos una vez lo debí hacer.

La ausencia de papá era demasiado grande para caber dentro de mí. Mis ojos se humedecieron. Me sequé las lágrimas, que se estaban volviendo barro con el polvo que cubría mi piel. Aitaxi empezó a roncar. Cada vez que espiraba, su exhalación vibraba como una puerta que está golpeteando contra el marco. Una de las ovejas se movió en el rincón. Sus afiladas pezuñas chasqueaban en el suelo de cemento. La oveja empezó a balar. Su balido era triste y reflejaba mi estado de ánimo.

Después de oírla unos diez minutos, me levanté a ver si pasaba algo. Todas las ovejas, excepto Gaixua, estaban tumbadas con las cabezas apoyadas sobre sus costados. Gaixua tenía su mano derecha atrapada en la cerca de cuerda de Aitaxi.

—¿Qué pasa con todo este jaleo? —le pregunté mientras me arrodillaba—. ¿Qué te crees, que un coyote te tiene cogida por la pata?

Gaixua me miró con sus húmedos ojos marrones, como si hubiera estado llorando también —¡como si las ovejas pudieran llorar!—. Y esta vez no aborrecí la indefensión que transmitían sus ojos, sino que la agradecí. Gaixua me necesitaba y yo le podía ayudar. Al contrario que Oxea o papá, ya que ambos estaban más allá de mis posibilidades. Cerré la mano alrededor de la pata de la oveja. Sentía el contacto de la lana entre mis dedos cuando apreté. Noté el peso del cuerpo de la oveja cuando se apoyó sobre mí.

—Todo irá bien, Gaixua. Estoy aquí.

A la vez que le desenredaba la pata, Gaixua acercó su cara a la mía. Su aliento en mi mejilla era cálido y olía como a hierba que se ha podrido al sol.

—Apesta —le dije mientras la apartaba de mí.

Pero eso no la arredró. Me chupeteó el cuello y el tacto de su nariz húmeda sobre mi piel me hizo reír.

—Bueno, ya está, ya estas libre —le dije al soltarle la pata—. *Zaza lo egitera orai*^[41].

Gaixua asintió con un balido, se aposentó en el suelo y se quedó quieta. Volví hacia el fuego. Ya no había llamas y sólo quedaban brasas. Con esa tenue luz vi a Atarrabi y Mikelats acurrucados a ambos lados de Aitatxi. Sonreí. Los ruidos de mi cabeza habían desaparecido. La noche estaba silenciosa. Era hora de *lo egitera*.

Me dormí soñando que me caía por un agujero, como Alicia en el País de las Maravillas. Pero en vez de la sonrisa del Gato de Cheshire flotando en el aire, estaban los húmedos ojos marrones de Gaixua. Al caer hacia arriba, los ojos cambiaron, agrandándose y convirtiéndose en charcos marrones. Reflejada en esos charcos estaba la cara de Mamu, y aunque ahora ya no tenía miedo, todavía no sabía seguro si este Mamu era bueno o malo.

Quince / hamabortz

U nas voces me despertaron. Sonaban como pompas de jabón saliendo de un profundo pozo. Regueros de palabras sin forma se elevaban hacia lo alto, se juntaban y se separaban hasta que las voces lentamente tomaron cuerpo para aflorar a la superficie.

Me incorporé. La luz matinal era de calima y resol. En lo alto, un círculo de nubes blanquecinas casaba a la perfección con el color de las paredes de cemento del edificio.

Miré en la dirección de donde provenían las voces y vi a Aitatxi hablando con un hombre con uniforme azul. Nos habían atrapado.

En ese momento Aitatxi se giró y vio que estaba despierto.

—*Haugi hunat, gaixua*, saluda nuevo amigo, el señor Grants —dijo Aitatxi.

Me levanté y me acerqué con cierta cautela hasta donde estaban hablando.

—Todo el mundo por aquí habla de ustedes dos —el señor Grants me ofreció su mano para que la estrechara.

—Señor Grants trabajar aquí. Él no policía, *gaixua*.

Entonces le estreché la mano.

—Mi esposa va a alucinar cuando le diga lo que he encontrado junto al árbol de Navidad —dijo el señor Grants mirando su reloj.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—¿Cómo? —dijo, como si no acabara de mirar la hora—. Ah, casi las siete.

—Deberíamos marcharnos —dije a Aitatxi.

—No, seguro. Cerca de pista *orai*. Yo esperar donuts pero nosotros ir —dijo Aitatxi.

Justo en ese instante, los tres chicos del día anterior entraron con sus bicis en el edificio. El chico con la cara pecosa sostenía una bolsa de papel. Los lados estaban manchados de grasa. Frenó su bici haciendo un derrape.

—¡El repartidor de donuts!

Aitatxi se frotó las manos y se acercó a los chicos.

—*Untsa*, de chocolate para mí.

Iba a seguirle cuando me retuvo la mano del señor Grants en mi hombro.

—¿Podemos hablar un minuto, chaval? —dijo, y por el tono de su voz supe que no me lo estaba preguntando. Me apartó un par de metros de Aitatxi y los chicos, y luego me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—¿No lo ha leído en los periódicos?

—Los nombres no se me quedan —sonrió el señor Grants. Sus dientes eran blancos y uniformes.

—Matt —le dije.

—Matt, yo tenía un tío con ese nombre. Mira, el asunto es... ¿cuántos años tiene tu abuelo?

—Ochenta y uno. ¿Por qué?

—No se puede decir que sea joven —el señor Grants se secó el sudor de su labio superior—. Hoy va a ser un día de mucho calor. Nublado y bochornoso como el mismo infierno. Incluso he oído que podría haber lluvias torrenciales.

—No me importa el calor —dije, y deslicé mi peso de una pierna a la otra.

—A ti, no. Pero no me gustaría que le pasara nada al anciano.

—No va a pasar nada —dije. Luego añadí—: ¿O acaso sí?

El señor Grants chasqueó la lengua y ladeó su cabeza a la vez que miraba de nuevo su reloj.

—Éste es un mundo de locos. Y ocurren cosas. La gente debe andarse con cuidado. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, Matt? Todo este asunto es... bueno... por unas simples ovejas.

—Son sus ovejas.

—Legalmente no lo son. Quizá él no lo sepa, pero tú sí. ¿Verdad que sí?

Observé cómo Aitatxi comía su donut. Había manchas de chocolate en sus dos mejillas.

—*Izigarri gozoak dira*^[42] —sonrió y me hizo una señal para que me acercara—. Tú no venir, yo comer todo.

—Vamos, chico. ¿No crees que ha llegado la hora de irse a casa? —dijo el señor Grants.

Eso era lo que yo deseaba: irme a casa, a mi habitación, a mi cama. Olvidar las ovejas y el desierto. El señor Grants me lo estaba poniendo a huevo. Ni siquiera sería culpa mía. ¿Qué podía hacer yo, un simple niño? Y sin embargo... Aitatxi estaba enseñando a los chicos a contar en vasco. Les oí repetir tras él: «*bagno, bida, hiru...*». Yo me estaba mordiendo el labio.

—Piensa en tu abuelo —dijo de nuevo el señor Grants.

Apreté mis puños con fuerza. Papá me había pedido que cuidara al abuelo. Irnos a casa sería lo mejor para los dos. Gaixua baló y yo la miré a ella y al resto de las ovejas encerradas en el aprisco de cuerda. Todas me miraban de frente, sin emitir sonido, como esperando que tomara una decisión.

—Después de todo, son sólo ovejas, chico —dijo el señor Grants.

Y tenía toda la razón. Para él eran simplemente ovejas. Ni buenas ni malas. Nada por lo que mereciera la pena preocuparse. Sólo ovejas. Pero para Aitatxi —y quizá un poco para mí— eran más que eso.

—Ofrecen una recompensa —continuó— por la devolución de las ovejas. Estaría

dispuesto a darte una parte si tú colaboras.

La mañana era cada vez más luminosa y en esa luz clara los ojos acuosos de las ovejas brillaban como charcos oscuros. No podría decir cuán profundos eran los charcos, ya que sólo la superficie era visible para mí, y reflejado en esa superficie estaba el rostro de Mamu, y ese Mamu sí era bueno.

—¿Qué contestas, Matt?

—*Mendian heltzen da urrats bat aldian* —le dije.

—¿Qué quiere decir?

—No tengo ni idea, pero creo que me quedaré e intentaré averiguarlo —le dije sonriendo—. Aitatxi, *joaiten gira*.

—*Bai*.

Aitatxi comenzó a recoger nuestras mantas de dormir.

—Demasiado tarde —dijo el señor Grants, dando unos golpecitos sobre la esfera de su reloj—. La policía está al llegar.

—*Prisa zite orai* —le dije a Aitatxi—. Viene la policía.

—Atarrabi, Mikelats, *haugi hunat* —dijo Aitatxi—. Mathieu, tú por las ovejas.

Cuando comencé a dirigirme hacia el cercado, el señor Grants trató de agarrarme por el brazo.

—Creo que no, chaval.

Pero estaba preparado para su movimiento. Me dejé caer a un lado a la par que me zafaba, y corrí para soltar la cuerda superior de la cerca, esta vez adrede. Y como ocurrió en el barranco, las ovejas se lanzaron en una mini estampida, saltando y pataleando; el ruido de sus pezuñas resonaba en el suelo de cemento como un centenar de escopetas de juguete disparando todas a la vez. El olor de orines y sudor acompañaba a las ovejas mientras corrían alrededor del señor Grants.

—¡Maldita sea! —empezó a dar puntapiés a las ovejas pero perdió el equilibrio. El rebaño le pasó por encima. Vi cómo Snoopy, para echar una ojeada alrededor y asegurarse de que no se perdía nada, usaba la tripa del señor Grants como trampolín.

Agarré mi petate y salí del edificio tras Aitatxi y el rebaño, que estaba siendo guiado hacia la salida por Atarrabi y Mikelats.

—Aitatxi, ¿cuánto falta para llegar al sendero secreto? —le pregunté nada más alcanzarle.

Señaló con su bastón hacia el pie de unas colinas. A lo lejos, la luz del día descubrió una montaña.

—Aquí mismo —dijo Aitatxi.

Se me encogió el corazón cuando vi que las colinas estaban a varios campos de fútbol de distancia. Era imposible que Atarrabi y Mikelats llevaran las ovejas tan deprisa como para llegar a tiempo. Entonces, por detrás, oí gritos de jaleo, y al volverme vi a los chicos haciendo el caballete con sus bicis detrás del rebaño. Las ovejas echaron a correr.

Aitatxi echó su cabeza hacia atrás y lanzó un penetrante chillido. Se desenrolló

por el aire como una soga lanzada a lo alto de un monte. Sin pensarlo dos veces, lancé mi propio *irrintzina*. Nuestros dos chillidos se hicieron uno mientras corríamos por el desierto. Por lo menos yo corría. Aitatxi iba más bien dando brincos, usando su bastón como un saltador usa su pértiga.

Para cuando llegamos al pie de las colinas, respiraba entrecortadamente y me dolía el costado como si se me fuera a partir el cuerpo por ahí. Atarrabi y Mikelats, junto con los tres chicos, mantenían juntas a las ovejas algo más adelante. Los perros estaban esperando que Aitatxi les dijera por dónde seguir. Cuando Aitatxi llegó, yo le estaba esperando. Se inclinó hacia delante sobre el bastón y se abanicó la cara con la boina mientras decía:

—No poder correr más como muchacho.

—¡Llegan los maderos! —grito el chico delgaducho.

Me volví y vi la polvareda que levantaban los dos coches del sheriff del condado que se nos acercaban. Sus luces rojas giraban y las sirenas ululaban a la vez que los coches patrulla daban botes por el desierto como si estuvieran en la montaña rusa de Legend City.

—¡Cárcel, cárcel, cárcel! —gritó el pequeñajo.

Justo delante había unas rocas escarpadas. Más allá, la montaña. Era imposible que los coches de policía nos siguieran a través de las rocas. Los agentes tendrían que seguirnos a pie, y a pie aún teníamos esperanza de poder despistarlos. Pero antes, teníamos que llegar a las rocas.

—Aitatxi, ¿dónde está el sendero?

—*Hemen* —Aitatxi señaló hacia las rocas.

Miré hacia las rocas pero no vi ni señal de un camino. Las sirenas sonaban más cerca cada vez.

—¡Aquí no hay ningún sendero, Aitatxi!

—No, seguro, tener que... cómo decir... hacer ojos pequeños para ver.

—¿Qué?

—Así —Aitatxi entrecerró los ojos hasta que no eran más que dos grietas.

—¿Qué clase de sendero es éste, que tienes que entrecerrar los ojos para verlo?

—Una senda secreta.

Así que entrecerré los ojos y miré de nuevo hacia las rocas. Y, sí, ahí estaba. A través de mis pestañas pude adivinar una línea que zigzagueaba montaña arriba.

—¡Qué demo...!

Cuando volví a abrir los ojos, el camino desapareció.

—Buen sendero, *ez?* —dijo Aitatxi.

—Tenemos que seguir —le dije.

—Nosotros entretendremos a los polis —dijo el chico pecoso mientras daba la vuelta a la bici y se dirigía directo hacia los coches de la policía.

—*Milesker* —grité mientras se alejaban los chicos—. *Izan untxa*.

—Chicos buen amigo —dijo Aitatxi—. Yo no creer señor Grants él buen amigo.

Aitatxi echó a andar y le detuve agarrándole del brazo.

—Escribí una nota en la tarjeta de Connie diciéndole a papá lo del sendero secreto y la *etxola*.

—*Zendako?* —preguntó Aitatxi—. ¿Por qué tú hacer eso, *gaixua?*

—Estaba asustado y tenía morriña y...

—¿Tú no querer ir a *etxola?* —Aitatxi se echó la boina hacia atrás y se arrascó la cabeza.

—Sí, yo sí que quiero ir... ahora. Pero antes... yo...

Aitatxi meneó la cabeza y no dijo nada. Se alejó de mí y por primera vez desde que comenzamos a llevar el rebaño, sentí que me iba a hacer falta más que una ducha para quedar limpio.

Un centenar de metros más atrás, los chicos derraparon frente a los coches del sheriff. Tiraron las bicis y las metieron debajo de los coches. Me horroricé de pensar en los arañazos y golpes que se iba a llevar la Pea Picker en la faena. Los coches del sheriff se pararon y los dos agentes que conducían se bajaron para retirar las bicis. Una vez retiradas, los chicos corrían en círculos a su alrededor chillando y gritando mientras los agentes intentaban atraparles.

—Una vez que llegemos a las rocas, igual podemos ir por otro sitio —dije.

—Ez, sólo *ixileko* camino a *etxola* —Aitatxi silbó a Atarrabi y Mikelats—. *Ardiak igorri*.

Luego, con ojos entrecerrados, comenzó a subir por las colinas mientras cantaba: «*Mendian heltzen da urrats bat aldian*. Pasito a pasito se sube la montaña».

Dieciséis / hamasei

En medio de una nube de balidos y polvo, el rebaño se esforzaba por subir entre las rocas. Las ovejas resbalaban y se golpeaban unas a otras. Y a algunas de las pequeñas, como a Gaixua, las grandes las empujaban y caían hacia atrás. Aitatxi y yo recogíamos a las pequeñas y les echábamos una mano. Cuando por fin atravesamos las rocas, el camino se ensanchó hasta poco más de un metro y dio un giro a la derecha.

Trabajosamente Aitatxi cruzó el rebaño y se situó al frente dirigiendo las ovejas monte arriba. Yo me quedé atrás y me alegré por la nube de polvo que me cubría. No quería que me viese nadie, ni las ovejas, ni Atarrabi o Mikelats ni especialmente Aitatxi. El sentimiento de culpa me hacía sentir como si tuviera piedras en las entrañas.

Había traicionado a Aitatxi. Quería disculparme por lo que había hecho, pero no podía. Eso era algo que mi familia no hacía. No porque no lo sintiéramos —habría dado cualquier cosa en aquel momento por no haber escrito en aquella tarjeta de golf hacia dónde nos dirigíamos—, sino porque las disculpas eran embarazosas. No sólo para el que se disculpaba, sino también para quien tenía que escucharlas.

El recuerdo de la última vez que mi padre se disculpó era como una herida todavía sin cicatrizar. Fue hace dos meses, en la primavera; se suponía que íbamos a ir a una sesión de entrenamiento de béisbol. Pero papá llegó tarde del trabajo. Cuando llegó a casa, yo estaba sentado en el sofá a oscuras. Le odiaba, deseaba que no fuera mi padre. Pero cuando miré y le vi enmarcado en el dintel de la puerta, encogido de hombros y cabizbajo como si hubiera estado peleando y perdido la pelea, mi odio se tornó en temor. No quería que estuviera así. Quería que fuera fuerte y lleno de buenas excusas y que se hubiera equivocado, equivocado, equivocado.

Al principio no me vio, y cuando se dio cuenta hizo un gesto con la cabeza y en vez de decir «El trabajo, no he podido hacer nada», dijo: «Lo siento, Matt».

Esas palabras me cayeron como un cubo de agua fría. Me llevé una sorpresa. Me removí en el asiento, se me había pegado la tapicería del sofá. ¿Por qué tuvo que decir eso? Yo quería enfadarme y ponerme de morros y que me dijera que así eran las cosas y entonces yo le respondería: «Vaya mierda»; quería que me enviara a mi habitación y me despertara a la mañana siguiente con todo olvidado. Como siempre.

Era como un juego de pelota. No había por qué cambiar todo por un partido. Pero papá no se quedó ahí. Permanecía con la cabeza agachada y balanceando el peso de su cuerpo de un pie al otro. Le oí exhalar como si hubiera estado conteniendo la

respiración durante un buen rato y no pudiera aguantar más. Volvió a repetir: «Lo siento, Matt». Las palabras resonaron en mis oídos mientras caminaba hacia mí y con cada paso que daba sus zapatos emitían el sonido de una puerta desengrasada. Se pasó la mano por la cabeza y se sentó conmigo en el sofá.

—A veces ocurren cosas que te cambian y luego quieres volver atrás pero no puedes.

¿De qué demonios estaba hablando? Tenía el gatzate seco y los dedos quietos sobre el sofá me sudaban. Miré hacia abajo y comencé a golpear la alfombra con el talón izquierdo, como si estuviera haciendo un agujero. Agujero por el que deseaba poder desaparecer. No podía mirarle, no de esa forma. Estaba deseando que no continuase hablando.

Papá suspiró y a continuación dijo: «Bueno», muy suavemente, como si se lo estuviera diciendo a sí mismo y no a mí. Luego se calló y estuvimos sentados ahí en medio de la oscuridad, sin que ninguno de los dos pronunciara palabra alguna. Soltó otro suspiro y su respiración volvió a ser normal. Mis oídos dejaron de retumbar y dejé de golpear la alfombra con el talón. El olor a alfalfa, grasa y a salsa de taco flotaba a mi alrededor. No pude reprimir una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—Pues que has comido en un restaurante mejicano —le respondí mirando de soslayo.

—Sí, restaurante Old Pueblo, el plato de chile verde —dijo papá—. ¿Tienes hambre?

—Vamos a por una pizza —le dije, y ésas fueron mis palabras de perdón.

Papá se sonrió con esa cara jovial y seria a la vez característica de él y me dijo:

—Me encanta la pizza.

Lo mismo que papá, sólo podía esperar que Aitatxi me perdonara diciéndome algo así como «Ver, *gaixua*» o «¿Cómo decir...?». Sabía que tarde o temprano lo haría. La cuestión era saber cuánto tiempo duraría ese silencio.

Miré para comprobar que no nos perseguían, pero la franja de rocas que habíamos atravesado hacía de cortina entre nosotros y ellos. Escuché durante un instante y me pareció oír el sonido de las sirenas que se mezclaba con los gritos y el jaleo de los chicos, pero una brisa lo arrastró enseguida. Me apresuré para alcanzar el rebaño.

Cuando los alcancé, Aitatxi exclamó sin mirar hacia mí:

—Tú seguir mí, *gaixua*. Yo mostrar cómo *mendian heltzen da urrats bat aldian*.

Sonreí y dije para mis adentros: «*Milesker, Aitatxi*».

Entonces me fijé con detenimiento en el sendero por el que íbamos. Un borde hecho con piedras rotas marcaba los límites, aunque faltaban muchas de ellas. Para mí era difícil saber qué era y qué no era la senda. Pero Aitatxi nunca se detenía, parecía tener muy claro hacia dónde se dirigía.

Al cabo de una hora de seguir el camino, las hediondillas estaban más dispersas y los árboles armados se hicieron más delgados. El suelo comenzó a cubrirse de flores

amarillas. Las ovejas mordisqueaban con gusto las flores, a las que Aitatxi llamó «flores color mantequilla»^[43], y añadió que eso les mantendría la tripa llena hasta llegar a la *etxola*. Ocultos entre las flores color mantequilla había cactus del tamaño de una pelota de béisbol a los que Aitatxi llamaba «cactus que hacer oveja inválida».

—También dejar *artzaina*^[44] inválido —dijo Aitatxi—. No pisar o gran dolor.

Ascendiendo por la ladera fueron apareciendo árboles grisáceos algo más altos que yo. Tenían los troncos retorcidos y Aitatxi dijo que eran pinos piñoneros pero que era muy pronto todavía para comerse los piñones:

—Oxea y yo, comer piñones en otoño cuando llevar ovejas a valle. Comer *orai* y romper dientes.

Había otros árboles, más con aspecto de arbustos raquíticos que de árboles. Aitatxi dijo que eran robles.

—*Aritz ona?* —pregunté.

—*Ez* —me respondió—. Ser coscoja^[45]. No ser *aritz ona*. Si ver *aritz ona*, tú conocer, *gaixua*.

Conforme ascendíamos, me di cuenta de que el sendero no era sino la forma más directa y fácil de subir el monte, donde el terreno estaba un poco más hollado.

—¿Quién hizo este camino?

—Nosotros hacer —dijo Aitatxi.

—¿Tú y Oxea?

—*Ez* —respondió Aitatxi—. Nosotros, *eskualdunak*^[46].

Aparte de mi familia, yo no conocía a ningún otro vasco. ¿Cuántos había? ¿Dónde vivían? ¿Se pasaban toda la vida subiendo y bajando este monte?

—*Eskualdunak*, nosotros descubrir este América, *gaixua* —me explicó Aitatxi.

—Mi libro de historia no dice eso.

—Libro mal —dijo Aitatxi—. *Eskualdunak*, nosotros hacer mucha grande cosa *baina* no decir a nadie.

—O sea, que más o menos cualquier cosa que hace un vasco todo el mundo se atribuye el mérito.

—Sólo cosa buena. No buena cosa, para uno solamente.

—¿Se sigue utilizando esta senda?

—No, seguro —respondió Aitatxi—. Nosotros.

Aitatxi silbó para que los perros se detuvieran. Echó un trago de su *zakua* y yo hice lo propio. Luego miró durante largo tiempo al sol, que aunque estaba oculto tras las nubes, parecía que empezaba a pegar fuerte. Gotas de sudor corrían por las mejillas de Aitatxi entre el polvo y la barba sin afeitar de varios días. El olor a vino amargo que le envolvía se hizo más intenso y su respiración era húmeda y pegajosa.

—¿Aitatxi, estás bien?

—Subir alto poder conmigo —dijo Aitatxi—. Oxea, no tener problema. Oxea, él decir aire mejor en alto, poder respirar mejor.

Las ovejas balaban más fuerte de lo habitual.

—Yo escuchar, *ardiak* —dijo dirigiéndose a ellas—. *Ura* cerca.

—¿No es hora de parar a comer?

—Primero llegar a *ura*.

—¿Cuánto falta?

—*Baina* aquí —Aitatxi dirigió el bastón hacia el collado rocoso que se levantaba ante él—. Al otro lado roca ser donde Oxea encontrar *iturritza*. Entonces tomar descanso de *iguzkia*.

Humedecí mis labios reseco y empezamos a ascender hacia las rocas. De sólo pensar en el agua me entraron nuevas energías y eché a correr. Las ovejas me siguieron. Tenían las cabezas levantadas con los hocicos olisqueando el ambiente, como si pudieran percibir el agua de la fuente.

Pero antes de que llegáramos al risco, Aitatxi gritó:

—*Geldi!*

Al pararme tan repentinamente, varias ovejas se chocaron con mis piernas y tuve que separar los pies para no caerme.

—¿Qué ocurre?

—*Ixilik* —dijo Aitatxi—. Escuchar.

Al principio no oí nada excepto el balido de las ovejas, pero entonces, en la distancia, se escuchó un zumbido como si estuvieran aserrando un árbol en lo profundo del bosque. Entre las nubes apareció un punto oscuro. Se dirigía hacia nosotros por la ruta por la que habíamos venido.

—Nos están buscando —exclamé.

—No mover.

—¿No sería mejor escondernos?

—No mover y así esconder —dijo Aitatxi.

Contuve la respiración cuando la avioneta se acercó. La vi pasar hacia nuestra derecha y durante un instante desapareció de nuestra vista tras el risco. Cuando apareció de nuevo, se estaba alejando.

¿Estaría papá en la avioneta, escudriñando el terreno en nuestra búsqueda? Sin darme cuenta, comencé a elevar mi brazo con la intención de saludar y gritar: «¡Estamos aquí!». Pero me detuve. Ya había traicionado a Aitatxi una vez y no lo iba a hacer de nuevo. Para lo bueno y para lo malo, estaba llevando estas ovejas hasta el final. Tuve la misma sensación que cuando causé el segundo incendio. Estaba entre las adelfas de detrás de la escuela y el viento sopló y las llamas se elevaron unos tres metros. El fuego ya estaba fuera de control antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando. Intenté apagarlo pataleando entre las llamas y echando puñados de tierra, pero no sirvió de nada. No podía con él. El fuego abrasó todo el seto de adelfas y yo acabé en la comisaría apestando a humo y esperando que mi padre viniera a buscarme. Ahora tenía la sensación de que había prendido otro fuego y de que no había forma de apagarlo a no ser que nos atraparan.

Como la avioneta ya no giró en círculo para volver, Aitatxi dijo:

—*Joaiten gira*. Ir agua ahora.

Pero cuando atravesamos el collado donde se suponía que se encontraba la fuente de Oxea, no vimos más que más piedras. Aitatxi se quitó la boina y se arrascó la cabeza.

—Me parece que se ha secado —dije yo.

Se oyeron truenos, pero las nubes eran finas y parecían tan vacías de agua como mi *zakua*.

—¿Quizá haya otra fuente escondida?

—*Ez* —dijo Aitatxi—, sólo ésta.

Aitatxi se quedó mirando a la fuente seca y le vi tensar y destensar la mandíbula varias veces.

—¿Cuánto falta para la próxima *ura*? —pregunté.

—No *ura* antes de *etxola* —Aitatxi cambió su peso de un pie al otro.

—¿Crees que las ovejas aguantarán?

—Esto no ser bien —dijo apretando el bastón con ambas manos. Los nudillos se le quedaron blancos de rabia—. *Aita, zendako nahi duzu egin eni?*^[47] —elevó el bastón en el aire y lo agitó hacia el cielo; después, golpeó las rocas con él—. *Ura orai!*^[48] —al ver que no ocurría nada, Aitatxi golpeó de nuevo—. *Ura orai!* —la vara crujió en sus manos y la arrojó a las rocas donde se partió en dos pedazos. Aitatxi cayó de rodillas.

Contuve mi respiración. Algo muy serio estaba pasando. No es que me asustara ver a Aitatxi encolerizado. Ya le había visto antes así. Lo que me preocupaba era por qué se enfadaba, por el agua.

Aitatxi jadeaba mientras se esforzaba por erguirse. Se apoyó en una gran piedra para mantenerse de pie. Luego se quitó la boina y se pasó la mano por el pelo blanco mientras murmuraba para sí.

—Aitatxi, ¿te encuentras bien?

—Nosotros ir ahora, Ferdinand —dijo Aitatxi, y sin siquiera mirarme inició un tembloroso andar hacia el sendero. Me acerqué para ayudarle y Aitatxi se agarró a mi brazo. Su tenaza era de acero.

Ya conocía ese modo de asir. Tenía tres años cuando me caí a la piscina del vecino. Aunque se suponía que no me tenía que acercar al agua, lo hice. Estaba solo. La presión del agua me mantenía hundido. No podía gritar. Era un mundo de silencio. Me ardían los pulmones y entonces apareció papá. Me sacó afuera y me agarré a su camisa con dedos que se habían vuelto de acero.

—Todo va a salir bien —le dije a Aitatxi. Las mismas palabras que papá me había dicho aquel día. Y Aitatxi se volvió hacia mí con los mismos ojos desorientados con los que yo había mirado a mi padre, ojos idos, con el blanco de la muerte en ellos.

Diecisiete / hamazazpi

Mientras caminábamos en silencio, Aitatxi se mantuvo agarrado a mí. Yo me seguía repitiendo que cada paso que dábamos me estaba acercando a papá. Seguramente aparecería camino abajo desde la *etxola*, se presentaría en cualquier instante, enfadado y a la vez aliviado. Pero ¿dónde estaba? ¿A kilómetros de distancia o tan sólo a unos pasos? Yo estaba aquí por su culpa. No se tenía que haber marchado sin mí. Mi propio miedo se convirtió en enfado. En aquel momento odiaba a mi padre por haberme hecho esto a mí y a Aitatxi, su propio padre. Todo esto era por culpa de mi padre. ¿O es que no conocía a Aitatxi? Si le hubiera conocido, no habría vendido las ovejas. Pero quizás papá no lograba entenderlo. Como conmigo y los incendios. Después del incendio de las adelfas, el policía le dijo a papá que la próxima vez que prendiera un fuego, me detendrían y juzgarían. Papá le respondió que no habría una próxima vez.

Cuando llegamos a casa de la comisaría, papá me siguió hasta mi habitación. Allí me tumbé en la cama con la mirada fija en el techo mientras papá caminaba alterado de un lado a otro.

—¿Pero cómo se te ocurrió prender fuego a esas adelfas? —preguntó.

—No sé —respondí, aunque lo sabía perfectamente y estaba deseando decírselo. Pero las palabras se me atragantaban al querer hablar.

—Eso no me parece suficiente —dijo papá—. ¿En qué estabas pensando?

—Yo... yo tenía que hacerlo —le dije, y con esas palabras quería que lo entendiera todo, que necesitaba que se quedara aquí, conmigo, siempre. ¿Cómo deseaba despertarme por las mañanas y oírle moverse por la cocina y a la noche verle las manchas de la cena en su camisa!

—No, no tenías por qué —se paró junto al pie de la cama y me miró desde arriba—. Me has defraudado, Matt. Me refiero a que podías haber herido a alguien. Igual a ti te da igual, pero a mí no...

—Sí que me importa —dije yo.

—Entonces, ¿por qué te dio por quemar las flores?

¿Cómo era posible que no se diera cuenta? No era una opción que yo hubiera elegido. Él me forzó a prender el fuego. Mi respiración se aceleró, mis labios formando todas las palabras que quería expresar a papá, sólo que no sabía por dónde empezar o acabar. Todo lo que quería contarle se había hecho demasiado grande para las palabras que yo conocía.

—Bueno —dijo papá—, entonces no habrá más fuegos. ¿De acuerdo?

Y mentí cuando dije que bien.

Poco a poco, Aitatxi fue aflojando la mano de mi brazo y a la hora más o menos ya estaba caminando solo de nuevo.

Escudriñé el cielo por si aparecía la avioneta otra vez. El sendero que habíamos seguido no debía ser difícil de encontrar. Para seguir el rastro de treinta y dos apestosas ovejas no iban a necesitar perros policía. Así que ¿dónde se habían metido? La pista que habíamos estado siguiendo empezó a desvanecerse. Las piedras que la marcaban desaparecieron y Aitatxi se paraba a menudo para observar el suelo antes de continuar. Siguió llamándome «Ferdinand» y hablándome en vasco con palabras que no podía comprender.

Seguimos la marcha.

Al rato, los pinos piñoneros se transformaron en árboles más grandes. La corteza de los nuevos árboles era gruesa y agrietada. Ya no tenía fuerzas para preguntarle a Aitatxi cómo se llamaban esos árboles. Para entonces, tragar ya me resultaba difícil. Olía a lluvia, pero no caía ni gota. Caminamos entre un grupo de pinos altos; el aire era más espeso bajo sus ramas. No podía ni respirar. La camisa empapada en sudor se me pegaba al cuerpo. Ya no me quedaba ni gota de agua en mi *zakua*.

—*Prisa zizte* —dijo Aitatxi al ver que el paso del rebaño se ralentizaba. Pero Atrarrabi y Mikelats ni siquiera levantaron las orejas a la llamada. Poco después, Gaixua se tumbó, y cuando intenté levantarlo ya no podía con el peso de su cuerpo.

—Venga —le animé—. *Guazen*.

Pero Gaixua se quedó allí donde había caído, su cabeza en el suelo, su lengua rosácea colgándole de la boca.

—Volver por él luego —dijo Aitatxi—. Ir ahora, Ferdinand.

—Soy Matt. Matt, no Ferdinand. ¿No te das cuenta?

—No, seguro —dijo Aitatxi, volviéndose para mirarme.

—¿Aitatxi, por qué no nos quedamos aquí? ¿Nos quedamos y esperamos a que papá venga a buscarnos?

—El no venir —dijo Aitatxi.

—Seguro que sí. Acuérdate, le dije todo sobre la *etxola* y el sendero secreto.

Aitatxi se quitó la boina e igual que había hecho dos días antes en mi clase, empezó a atusar el borde con sus dedos.

—Yo sentir, *gaixua* —dijo Aitatxi.

—No digas eso.

—Yo engañar tú y los dos esta vez.

—No, no, papá vendrá —le dije.

—Éste no ser *etxola* Oxea y yo ir todos los años.

—¿Pero no me habías dicho que no había más que un sendero secreto?

—No, seguro, todos *etxola* tener propio *ixileko*. *Zure aita*, él pensar nosotros ir otro *etxola*, uno Oxea y yo, nosotros seguir. *Baina* él mirar otro sendero secreto.

—¿Quieres decir que papá no va a venir a salvarme?

—No, *gaixua*, no salvar —me dijo Aitatxi, y volvió a colocarse la boina sobre la cabeza—. *Joaiten gira*.

—Lo siento —dije a Gaixua mientras le acariciaba la cabeza. La oveja me miró un instante, luego cerró los ojos. Parpadeé para borrar las lágrimas y me erguí para proseguir tras Aitatxi.

La arboleda se hizo más espesa y las ovejas comenzaron a dispersarse al avanzar entre los árboles. Atarrabi y Mikelats estaban rendidos y ya ni intentaban mantener el rebaño unido. Los perros, jadeantes, las lenguas colgando, caminaban junto a Aitatxi, y con cada respiración dejaban ver sus costillas. Una a una las ovejas se fueron dispersando entre los árboles. Vi marcharse a Rolo —hacia la número seis—. Y luego Snoopy se dio la vuelta y se puso a andar por donde habíamos venido. La llamé, pero siguió avanzando, balando como si estuviera llamando a su madre. Aitatxi murmuró algo así como «*Ardiak* todo perdido», pero no dejó de caminar.

Los truenos retumbaron entre las nubes como queriendo sacudir algo de agua, pero no caía ni gota. Me volví para seguir a Aitatxi y tropecé con la raíz de un pino. Me caí. La boca se me llenó de polvo y ni siquiera tenía saliva para escupirlo.

—Aitatxi, espera —llamé tras su espalda oscura.

Pero Aitatxi siguió caminando. Dijo algo sobre los Pirineos y levantó la mano en el aire como si estuviera hablándole a alguien a su lado.

—¡Aitatxi!

Pero no parecía escucharme. Mikelats vino a mi lado y me lamió la cara. Aparté el perro con un leve empujón mientras veía que Atarrabi seguía tras Aitatxi hasta que desaparecieron entre los árboles.

Me iba a morir.

No era ninguna sorpresa, era un hecho. Lo mismo que no era sorprendente que Oxea se hubiera suicidado; era un hecho. O que nunca iba a volver a ver a papá. Era un hecho. Como algo escrito en mi libro de historia en la escuela. Un hecho que era realidad y no podía cambiarse. Y ahora mi muerte sería un hecho también. La idea de la muerte no me asustaba como cuando por la noche estaba solo en mi habitación. Entonces la muerte me había asustado por todas las cosas que se podía llevar: a papá, a Aitatxi, al béisbol. Pero ahora, la muerte me hacía sentirme bien por lo que me podría dar: mi madre.

—Mamá —dije. Luego pronuncié su nombre dos veces más y cerré los ojos y apoyé la cabeza sobre las acículas de los pinos.

Me pareció estar flotando. Todo era grisáceo y cada vez de un gris más fuerte. No sé cuánto tiempo estuve flotando en ese mundo gris hasta que se hizo la luz. Era de color naranja y la podía ver a través de los párpados. La luz se transformó en amarilla. Luego en blanca. Abrí los ojos.

El sol se asomó entre las nubes. Los rayos de sol penetraron entre las ramas del pino bajo el que me encontraba, iluminándolo con pequeños haces de luz. Me arrodillé. En ese instante, a pesar de que la luz se hizo más brillante, el centro se

oscureció, y la mujer que aparecía en mis fuegos tomó forma. Llevaba un vestido de llamas y estaba envuelta en oro. Parpadeé, pero no desapareció. Era Mari, la reina de los genios.

Mari extendió su mano derecha hacia mí; su rostro estaba oculto por una sombra. Al principio pensé que ella deseaba que le cogiera de la mano para que pudiera llevarme volando hacia el cielo. Pero entonces vi que tenía la mano extendida como si estuviera esperando que yo depositara algo en ella. Recordé lo que Aitatxi me había dicho sobre Mari, que necesitaba un regalo. Pero ¿cuál? ¿Una oveja? Si lo hubiera querido hacer, en ese momento no tenía la fuerza necesaria para levantar una oveja. Tendría que darle algo diferente. Algo de mi *bihotza*. Cogí la boina de Oxea de mi cabeza.

Tendí la boina hacia Mari. La luz a su alrededor palideció y por un momento pude ver el perfil de su cara y el trazo familiar de su mandíbula. Ella se giró, mirándome desde lo alto, y sonrió. Sus ojos verdes ardían como llamas y en esos ojos reconocí a mi madre.

Un golpe repentino de viento, que pasó de caliente a frío en un instante, me arrebató la boina de Oxea de mis manos, elevándola. La boina negra se elevó por los aires entre las ramas del pino. Cada vez más alta se elevó la boina de Oxea, por encima de los verdes ápices de los árboles, y siguió ascendiendo hasta que se convirtió en un solitario punto negro en el espacio. Entonces, mientras la boina de Oxea desaparecía entre las nubes, comenzó a llover. Las nubes volvieron a ocultar el sol, y cuando volví la mirada hacia donde había estado Mari, ya había desaparecido.

El agua goteaba de las ramas del pino y caía sobre mi rostro. Cerré los ojos y vi a mi madre tal y como aparecía en la foto que había robado del vestidor de papá. Sin que nadie la viera, la había metido en mi pupitre para no tener que dar explicaciones a Rich y a los otros chicos sobre que aquella mujer era mi madre. Sólo que yo necesitaba una foto para recordar qué aspecto tenía. Pero la imagen que había visto ahora era diferente, como si la hubieran sacado justo antes que la otra. En ésta de ahora, mi madre todavía se asoma por la ventanilla de la camioneta saludando con la mano, y fuese lo que fuese lo que va a borrar su sonrisa, se encuentra aún en el futuro. En este momento, sus verdes ojos relampaguean; sus mejillas están enrojecidas por la risa y su barbilla es puntiaguda, exactamente como la mía.

Dieciocho / hamazortzi

El alivio que sentí con la lluvia no duró demasiado. Las gotitas golpeando mi cara se hicieron más gruesas. Los relámpagos rasgaron el cielo. Y luego fue como si alguien le hubiese dado a un interruptor y se hubiesen apagado las luces. El día se convirtió en una noche sin estrellas. Mikelats aulló de modo lastimero, y cuando me estaba acercando a él, fue como si una bomba hubiera explotado sobre nosotros. Mikelats salió despedido por el aire y al caer al suelo gimió. Yo me sentí aplastado sobre el terreno por algo que parecía una mano gigante. El aire a mi alrededor desapareció y me costó un rato recuperar la respiración.

Desde donde estaba caído vi cómo el resto de las ovejas se desperdigaban. Corrían despavoridas a través de la cortina de agua. Unas se chocaban contra los troncos de los árboles; otras me pisoteaban con pezuñas afiladas que me golpeaban la cabeza como si fueran piedras. Parecía que todo el mundo se me echaba encima y se me escapaba al mismo tiempo.

Primero ni gota de lluvia y ahora esto. No había derecho. No había derecho en absoluto. No había sido mi intención apuntarme a esta campaña con ovejas. Me habían obligado. No tuve elección. Nadie me preguntó a ver si quería ir. Ni mi padre, que estaba siempre ausente, ni Oxea, que se ahorcó por unas tontas ovejas. O Aitatxi, que... ¿Aitatxi? ¿Dónde estaba Aitatxi? ¿Le había pasado algo? ¿Le hacía falta mi ayuda?

—Aitatxi —grité en vano. Me arrastré hasta incorporarme. El viento había parado un poco, pero la lluvia torrencial seguía cayendo. Estaba aclarando algo y ya podía ver lo que había delante de mí. Mikelats estaba sentado al pie de un árbol como esperándome.

—Mikelats, *Aitatxi joan!*^[49]

Mikelats giró y se fue en la dirección por la que se había ido Aitatxi. Tropecé mientras seguía los ladridos del perro. Un par de veces resbalé en el barro y me caí en el fango. En otra ocasión me choqué de pleno con la rama baja de un árbol. El golpe con la rama me hizo soltar lágrimas, pero no me detuve. Tenía que encontrar a Aitatxi. Los relámpagos rasgaban el cielo y con esa luz pude ver un pequeño círculo negro en el suelo. Me acerqué y recogí la boina de Aitatxi.

—¡Aitatxi!

Un poco más adelante, los ladridos de Mikelats se confundían con los de Aitarabi. Corrí hacia allí retirando ramas de árboles y llegué a un claro. Los dos perros se encontraban a ambos lados de Aitatxi, que yacía boca abajo sobre el camino.

—¿Aitatxi?

Me arrodillé a su lado y le retiré la mochila. Le di la vuelta. Tenía la cara llena de barro y acículas de pino se le agarraban al pelo. La herida de la frente le sangraba de nuevo y corría sangre por los ojos y la cara. Le limpié con el pañuelo que tenía al cuello.

—¿Aitatxi?

No se movía y me puse a llorar.

—Por favor Aitatxi, no te vayas.

Entonces, sin siquiera abrir los ojos, le oí decir:

—No, seguro, no muerto todavía, *gaixua*. Sólo descansar —y levantó la mirada hacia mí esbozando una tímida sonrisa.

Al ver que Aitatxi no se había muerto, me puse a llorar con más fuerza. Me abracé a él con mi cabeza sobre su pecho.

—Te quiero, Aitatxi.

—Yo sé, *gaixua*.

Para cuando separé mi cabeza de la de Aitatxi, toda la calorina del día había desaparecido con la lluvia. Ahora hacía frío. Aitatxi estaba tiritando. Tenía que sacarle de la lluvia. Le ayudé a reincorporarse y echamos a andar en silencio mientras que Atarrabi y Mikelats se volvieron para agrupar las ovejas que todavía quedaban.

Conforme avanzábamos, Aitatxi tenía su mano en mi hombro y se apoyaba en mí como si yo fuera su bastón. Estaba buscando algún sitio para poder refugiarnos cuando divisé la cueva.

—Oxea, su cueva —dijo Aitatxi—. Todavía ahí, no como *iturritza*.

Le ayudé a entrar en la cueva y le dejé sentado. Había una pila de leña para el fuego junto a una de las paredes, y me puse a recoger algo para prender el fuego.

—Yo hacer —me dijo Aitatxi—. Tú guardar ovejas.

Me quité el macuto y saqué la cuerda. Le iba a preguntar a Aitatxi a ver si había más cuerda en el suyo, cuando me acordé de que nos habíamos dejado la mochila en el camino. Ya iría a por ella al día siguiente. Por hoy ya me arreglaría con la cuerda que tenía. Ya era hora de hacerse cargo de las ovejas.

Salí a la lluvia. Parecía que quería parar un poco, pero las nubes seguían siendo muy oscuras. No tenía ni idea de qué hora era, pero ya debía ser tarde, cerca del anochecer. Con la ayuda de Atarrabi y Mikelats metí las ovejas en la cueva. El olor que tenían a lana mojada pronto infestó la cueva y me quemaba los ojos. Respiré por la boca mientras parpadeaba para enjugar las lágrimas.

Llevé a las ovejas al fondo de la cueva y Atarrabi y Mikelats las mantuvieron allí mientras buscaba algún sitio donde poder atar la cuerda. Y me encontré pequeñas estacas encajadas en las grietas de la roca. Las estacas estaban perfectamente distribuidas como para hacer un redil de cuerda. Tras comprobar que los nudos aguantarían, me puse a contar las que quedaba del rebaño: sólo catorce. Rolo se salvó, pero Snoopy no pudo.

Mi plan era ir a buscar el petate de Aitatxi al día siguiente por la mañana. Con un poco de suerte, podría encontrar algunas ovejas, incluyendo a Gaixua si todavía estaba viva. Iba a contarle a Aitatxi todo esto cuando vi que se había quedado dormido haciendo fuego. Tenía la cabeza apoyada sobre el pecho. La leña estaba desperdigada frente a él y aún tenía una astilla agarrada en su mano.

Al dirigirme hacía él, una bocanada de aire penetró en la cueva llevándose por un momento el olor a oveja y sustituyéndolo por aroma a pino y lluvia. Se me despejó la cabeza y recordé las palabras de Aitatxi: «*mendian heltzen da urrats bat aldian*». Eso iba a hacer yo a partir de ahora: subir al monte paso a paso. Así es como iba a llegar a la *etxola*.

Saqué la manta de mi macuto. Como iba envuelta con las ropas de repuesto, estaba bastante seca. La extendí sobre el suelo de la cueva y una vez que hube quitado a Aitatxi la zamarra mojada, los pantalones y los zapatos, lo acomodé sobre la misma. Le oí decir algo sobre *ardien begiak* y se puso a roncar. Atarrabi se acercó y se echó estirado junto a Aitatxi; Mikelats se enroscó a mis pies.

Cuando recogí la leña, pasé como diez minutos para encender una de las cerillas mojadas que llevaba en el macuto. Al principio ninguna de las cerillas soltaba ni una chispa. Pero eso no me preocupaba, prender fuegos era una de mis habilidades. Cuando por fin logré encender el fuego, saqué lo que quedaba de pan. Separé algo para Aitatxi y el resto lo dividí entre los perros y yo. Mikelats se engulló su parte, pero Atarrabi ni se dignó olisquear el pedazo que le dejé sobre la manta.

Mientras me comía el pan rancio eché más leña al fuego. Crepitaba al arder. Me miré las manos a la luz de la lumbre. Tenía suciedad en las uñas y el nudillo del dedo gordo derecho estaba cubierto de sangre seca. Giré las manos. Mis palmas tenían arañazos y con la luz parpadeante no podía decir qué marcas habían estado siempre y cuáles eran nuevas.

Me sentía solo aunque Aitatxi estuviera allí a unos tres metros de mí. No tenía miedo. Sólo me encontraba un poco triste. Y no sabía exactamente por qué. Era como si hubiera cruzado un puente que fuera de un lado al otro de un cañón, y ahora ese puente ya no estuviera y no pudiera volver por donde había venido. Pensé en palparme las axilas para ver si había pelo, pero desistí. El *zakua* estaba vacío, así que cogí el de Aitatxi. El vino tinto amargo se me atragantó, pero lo bebí de todos modos.

Diecinueve / hemeretzi

La cueva se fue templando conforme el fuego iba cogiendo fuerza. La luz se reflejaba en las paredes y entonces pude ver unas marcas negras sobre la piedra de la pared del fondo. Había estado demasiado ocupado guardando las ovejas y cuidando a Aitatxi como para verlas antes. Me acerqué un poco para observarlas. Las paredes olían a humo de antiguos fuegos, y al acercarme pude ver con más claridad que en realidad eran dibujos hechos con tizón.

En medio de la imagen se podían ver círculos arremolinados, como si fueran nubes en miniatura con patas, pero después pude ver que eran ovejas. A ambos lados de las ovejas había un perro con larga cola, moviéndose agazapado hacia adelante. Dos hombres caminaban detrás de las ovejas: uno más grande con su cabeza redonda igual que la tripa y otro delgaducho con una increíble nariz aguileña. Los dos llevaban un sombrero plano sobre la cabeza y un bastón en la mano.

—Oxea y Aitatxi —me reí.

Luego vi a un chico. Iba un poco detrás de los hombres, y aunque era un dibujo realizado a carbón y tenía los bordes difusos, había algo en la forma de mover los brazos al caminar que me resultaba familiar.

—¡Papá! —exclamé.

El fuego chisporroteaba a mi espalda mientras la sombra de mi mano recorría el dibujo para tocar las ovejas, los perros, los hombres, hasta que fue a posarse sobre el chico. Tras el chico había un camino marcado por una línea quebrada. Había un aspa en algunas rocas con líneas curvas como marcando agua corriente. Ahí estaba escrita la palabra «iturritza». Miré al frente de las ovejas y reparé en la misma línea quebrada con su recorrido sinuoso hasta el alto del monte. A lo largo del camino había otras aspas marcadas con «zaza eskain» y «zaza zuzen». También se veía un círculo oscuro como si fuera la entrada de la cueva en la que nos encontrábamos entonces. Estaba marcada con «oxean shokua» y después se podía leer «egun bat gehiago».

«Egun bat gehiago. Un día más», me dije mientras seguía la línea quebrada hasta un gran árbol, el típico árbol que dibujaría un crío, con un tronco recto y una copa redonda. Escrito tras el árbol se leía: «Harrapatu aritz ona».

«Buscar el buen roble», volví a decir, y vi que cerca del árbol el camino finalizaba con la palabra «etxola». Me alejé unos pasos de la pared para poder ver al completo el mapa dibujado en la misma.

—Zure aita, él dibujar cuando él tu edad —dijo Aitatxi, y al volverme vi que se había incorporado—. El pensar quizás Oxea y yo, nosotros perder en siguiente

campaña con ovejas.

—¿Entonces papá conoce este sendero secreto?

—Sólo ir en este camino una vez —respondió Aitatxi—. Yo no creer él recordar. Después, sólo Oxea y yo ir. Hasta hoy.

—Papá nunca me dijo que hubiera acarreado ovejas.

Cogí el *zakua* de Aitatxi y se lo pasé. Echó un largo trago.

—No, seguro —dijo Aitatxi mientras algunas gotas de vino tinto se le escurrían por la barbilla—. Primera vez, justo después Pascaline morir, mujer de Oxea. Ferdinand, él querer Pascaline mucho. Y no querer ir a funeral.

—¿Porque la quería?

—*Beti bezala*^[50], esa manera con Ferdinand —Aitatxi dejó el *zakua*—. Cosas que él no gustar, *ene semea* escapar, él creer quizás no doler tanto. Yo decirle que no funcionar así. *Baina* Ferdinand, él no escuchar. Pascaline morir, Ferdinand, él ir de casa. Yo encontrar a cinco kilómetros, él metido en grandes líos. Yo hacerle ir en campaña con ovejas. El enfadar, no sonreír nada. *Baina*, lo más lejos de casa, más gustar Ferdinand. Cada paso que dar, Ferdinand, él no protestar mucho. El no querer ir casa al final —Aitatxi suspiró—. Mi Ferdinand, él amar ovejas antes...

—¿Antes de qué?

—Ferdinand, él olvidar.

—¿Olvidar qué?

—Pasado, *gaixua* —dijo Aitatxi.

—Y ¿por qué olvidó?

—Cuando *zure ama*, ella morir, *zure aita*, él no querer pensar de pasado, sobre campaña ovejas, o costumbre vasca. Todas cosas de antes, hacerle triste por *zure ama*. Ferdinand, él no querer nada. El creer todo pasado no bueno. Ferdinand, él no recordar buen pasado. Tú le hacer recordar, *gaixua*.

—¿Yo?

—*Bai*, tú contar a él sobre señora guapa en coche golf, y sobre casas de Mamu y buenos muchachos. Contar sobre tormenta y cueva.

—¿Y cómo le va a ayudar eso?

—Eso tu pasado ahora —dijo Aitatxi—. Después tú pedir *aita* decir su pasado.

—¿Por qué no le preguntas tú?

Aitatxi no me respondió. Sólo volvió a decir:

—Tú hacerle recordar, *gaixua*. Sólo tú ser ahora —y echó otro trago de vino.

Me senté en una piedra cerca del fuego y esperé a que Aitatxi dejara de disparar a su boca el fino hilo de vino del *zakua*, luego le pregunté:

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a la *etxola*?

—Ir a casa —respondió Aitatxi.

—¿Eso es todo? ¿Nos hemos dado esta paliza para luego irnos a casa?

—¿Cómo tú querer hacer?

—No sé, algo, una fiesta quizás.

—No, seguro, no haber fiesta por llevar ovejas.

—Pues yo creo que deberíamos —respondí yo—. La próxima vez vamos a...

—No próxima vez, *gaixua* —dijo Aitatxi—. Este último campaña con ovejas.

—¿Por qué dices eso?

—Cosas ellas cambiar mucho —dijo Aitatxi—. Campaña ovejas buena cosa, pero ser pasado. Bueno para recordar —Aitatxi miró largamente a la oscuridad de la noche—. Quizás tú volver por camino de nuevo, pero no *ardiak*. Quizás venir con *zure aita*. Esta larga conversación sobre papá me devolvió la sequedad del día a la boca.

—Después de esto, no creo que papá me deje ir a ningún sitio durante bastante tiempo.

—Yo no tan seguro —me contradijo Aitatxi—. Sólo decirle cómo él gustar cuando joven.

—Pero yo no sé cómo era cuando tenía mi edad —le dije—. Nunca habla de eso.

—Ah, *ene Ferdinand*, él muy, muy travieso —dijo Aitatxi—. El agotar a Amatxi.

—¿Papá?

—No, seguro, tú no querer saber cosas él hacer.

—¡Por supuesto que sí! —me incliné sobre Aitatxi—. Cuenta.

—Una vez, Oxea, él hacer *sagar arnoa*^[51]. Pero él no saber cómo hacer. Pero mi Ferdinand colarse adentro y beber no muy bueno vino de Oxea.

—¿Y qué pasó?

—El vomitar todo en jardín, matar verduras de Amatxi.

Me reí.

—Estoy deseando preguntarle sobre eso.

—Tú no equivocar, *gaixua*. Mi Ferdinand, él buen chico.

—Sí, pero travieso —le dije yo.

—*Puxkat* —asintió Aitatxi mientras arrascaba la cabeza de Atarrabi—, él todo el tiempo jugar *pelote*.

—¿Papá jugaba a pelota?

—No, seguro, Ferdinand, él amar pelota, él disparar pelota contra lado de granero hasta que Amatxi, ella decir que hacerle loca.

—Seguro que papá se metió en un montón de líos.

—*Puxkat* —asintió Aitatxi—. Yo desear llevarle a Pirineos más.

—¿Qué tienen de interesante los Pirineos?

—Pirineos, ellos más bonito lugar de tierra, porque ellos no tierra, *baina* cielo. Tan verde que doler *zure begiak*.

—A lo mejor iré un día.

—No, seguro, tú ir —me dijo Aitatxi—. Ver a mí allí. Yo estar con Amatxi y Oxea y *zure ama*. Todos esperar a ti a venir.

No me pareció oportuno mencionar que hacía dos días Aitatxi había dicho que Amatxi, Oxea y mamá eran estrellas en el firmamento. Había aprendido que en el mundo de Aitatxi cualquier cosa era posible. Además, me gustaba la idea de que

Oxea estuviera con Amatxi y mamá en el cielo. Tenía mis dudas respecto a Oxea después de lo que había hecho.

—Crees que Dios dejará entrar a Oxea al cielo, después de... ya sabes...

Aitatxi asintió lentamente con la cabeza:

—Aprender para siempre, *gaixua*. Dios, él tener más grande *bihotza* que hombre.

—¿Quiere eso decir que Dios puede amar al hombre más?

—*Ez*, querer decir Dios, él poder perdonar hombre más —respondió Aitatxi.

Eché otro leño al fuego y le dije:

—Cuéntame cosas de mi madre.

—No, seguro, esa pequeña *neska*, ella meterse en todo —Aitatxi echó otro trago de su *zakua*.

—¡Qué interesante! —me acomodé para escucharle.

Esa noche Aitatxi me contó que mi madre montaba a caballo siempre sin montura y cómo mi padre se rompió el brazo saltando de lo alto del granero de alfalfa, y cuando Oxea se olvidó de cómo se decía en inglés «Sí, quiero» el día de su boda. En cada historia que Aitatxi me contaba, había cada vez menos palabras en inglés, hasta que, más adelante, se pasó directamente al vasco. No me importaba. Ya podía distinguir que cuando hablaba despacio estaba diciendo algo serio y sabía que cuando levantaba las cejas me tenía que reír. Y en algún momento durante el relato, llegué a recordar todo lo que estaba diciendo, incluyendo las palabras que todavía tenía que aprender.

Lo último que dijo Aitatxi antes de dormirse fue en inglés:

—Yo no olvidar tu cumpleaños, *gaixua*. Yo saber justo qué yo dar a ti.

—No quiero nada, Aitatxi —le respondí totalmente convencido.

Veinte / hogei

Antes de despertarme aquella mañana, soñé con un sitio tan verde que hacía daño a los ojos. Las cimas de los montes, que parecían tallados en esmeralda, estaban cubiertas de nubes. Un río se despeñaba entre los montes y su agua se transformaba en un sinfín de voces mientras fluía hacia un prado. La senda que discurría por el prado hacia el horizonte estaba festoneada con flores tan amarillas como el sol. Quería seguir esa senda, ir a donde llegaba, perderme en esas montañas verdes. Pero no podía. Todavía no. El cielo aún me asustaba.

El mundo al que yo pertenecía estaba hecho de piedra y ovejas y de un padre que —por primera vez en mi vida me di cuenta— me necesitaba más que yo a él. Así que abrí los ojos y me vi temblando en la frialdad de la cueva.

Supuse que Aitatxi ya se habría levantado y que estaría fuera buscando las ovejas descarriadas o echándose «una buena meada», pero todavía estaba acostado sobre la manta. Me imaginé que estaría hecho polvo por el día de ayer, de modo que le dejé dormir. Me puse a encender el fuego para ir calentando la cueva para cuando se despertara. Oí gemir a Atarrabi. Estaba sentado junto a Aitatxi. Mikelats estaba sentado en la entrada de la cueva donde la sombra se estaba haciendo luz.

—Atarrabi, Mikelats, *haugi hunat* —les dije casi en un susurro para no despertar a Aitatxi. Pero ninguno de los dos vino—. *Haugi* —volví a decir, pero los perros permanecieron allí donde estaban, con los ojos fijos en Aitatxi. Contuve el aliento un momento para tratar de escuchar la respiración áspera de Aitatxi, pero el único sonido que se podía escuchar era el viento soplando entre los pinos.

—¿Aitatxi? —dije mientras me acercaba a él a cuatro patas—. Aitatxi.

La cueva pareció volverse más fría cuando puse mi cabeza sobre su pecho. Su *bihotza* se había parado. El mundo comenzó a detenerse. Y se detuvo.

—¡Aitatxi! —le agarré por los hombros y le di un zarandeo—. ¡Despierta, despierta!

Pero no se despertó.

Mi respiración se aceleró con jadeos breves y rápidos. ¿Qué estaba ocurriendo? Daba la sensación de que el aire de la cueva había desaparecido. ¿Aitatxi? Simplemente estaba descansando. En un instante abriría los ojos y diría: «*Ttipia eta itsusia. Bildotsa gaixua*». En cualquier momento.

Apreté los ojos para evitar las lágrimas que no podía contener. Con los ojos cerrados vi a Aitatxi. Por una senda marcada por flores de un amarillo fuerte ascendía hacia Oxea, Amatxi y mamá.

—¡No, Aitatxi, vuelve!

Pero ya era demasiado tarde. Aitatxi se había marchado. Y aquí estaba yo con otro vacío en mi corazón que no tenía ni idea de cómo iba a poder llenar.

Me sentí como en un vértigo. Ya no quedaba nada que me uniera a este mundo. Mi cuerpo parecía elevarse del suelo rocoso de la cueva hacia una verde montaña. Entonces oí a las ovejas. Sus balidos hacían eco en las paredes de la cueva. Seguro que estaban sedientas, necesitaban agua. A lo mejor quedaban algunos charcos de lluvia y aún podría encontrar alguna oveja más del rebaño entre los árboles. Los pensamientos me aplastaban como si fueran pesadas piedras. Las rocas del suelo de la cueva me estaban cortando las rodillas. Mi Aitatxi estaba muerto. ¿A quién le importaban unas ovejas apestosas? Pero las ovejas eran mías ahora. La última jugarreta que me había gastado Aitatxi. Mi regalo de cumpleaños.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sobre el suelo de piedra. Lloré un poco, pero luego las lágrimas se detuvieron. Mikelats posó su cabeza en mi regazo. Las ovejas balaban. Ya era hora de ponerse en marcha.

Me incorporé y me acerqué al mapa de la pared. Supuse que podría utilizarlo para encontrar el *aritz ona* y la *etxola*. De todas formas, estaba solo en lo alto del monte con catorce ovejas. ¿Cómo iba a salir de ésta? *Mendia heltzen da urratz bat aldian*. Pasito a pasito se sube el monte.

Volví donde yacía Aitatxi y agarré la manta por el borde. Atarrabi y Mikelats me siguieron mientras la arrastraba hacia el fondo de la cueva. Allí, me arrodillé y le pasé un dedo por la mejilla sin afeitar. La herida de la frente no había tenido tiempo de curar. Tenía una costra de sangre seca en los bordes. Me unté los dedos con saliva y le limpié la sangre. Luego, le alisé el pelo hacia atrás y puse sus manos sobre el pecho antes de envolverle suavemente en la manta.

Dejé a los perros vigilando el cuerpo de Aitatxi y salí de la cueva.

Afuera, el sol acarició mi cara con su calor. El canto de los pajarillos sonaba en el bosque y respiré profundamente al aroma de los pinos. Parecía imposible que alguien se pudiera morir en un día como éste. Cuando dirigí la mirada al camino por el que habíamos venido, vi el cuerpo yacente de Snoopy. Tenía el cuello desgarrado; sus entrañas desparramadas por la tierra y había marcas sanguinolentas de pezuñas de coyote en el suelo. No iba a encontrar ninguna oveja perdida. Y menos aún viva.

Aunque lo sentí mucho por Snoopy, lo sentía más por mí mismo. Si no conseguía llegar a la *etxola* antes del anochecer, me iba a encontrar yo solito en el bosque con nadie más que los perros para ayudarme a proteger las ovejas de los coyotes, que habían probado el sabor a sangre y no iban a parar hasta conseguir más. Tenía que darme prisa. Mi única opción era encontrar el *aritz ona* antes de que cayera la noche. Pero no podía dejar el cuerpo de Aitatxi a merced de los coyotes. Mi percepción de Aitatxi y del cuerpo que se encontraba en la cueva eran para mí dos cosas completamente diferentes. Lo que yacía en la cueva ya no era mi Aitatxi, sino un traje que él había usado y había abandonado al marcharse. Ahora, mientras ascendía por

una montaña verde, iba con un traje nuevo. Aún así, la idea de dejar su cuerpo para deleite de los coyotes me hacía tensar las mandíbulas con enojo. Al fin me puse a recoger piedras para cubrir el cuerpo de Aitatxi. No tengo ni idea del tiempo que me costó hacer la tumba. Después de acarrear unas veinte piedras, parecía que tenía una clavada en la espalda. Mi cuerpo se movía como un autómatas. Me puse a cantar. Era una tontería basada en *Everything I Own* de Bread. La letra me salía a medias en inglés y vasco.

Cuando terminé la tumba se suponía que tenía que decir algo, pero no me sabía las palabras precisas, ni en inglés ni en vasco. Debería haberle preguntado a Aitatxi cómo se decía *adiós*, sino *para siempre*, para un largo tiempo al menos. Ahora ya era tarde para eso. No se me ocurrían más que las otras cosas que se me había olvidado preguntarle:

¿Cuánto tiempo le costó a Aitatxi decidirse y pedirle a Amatxi que se casara con él?

¿Qué respondió Amatxi? ¿Sí, seguro?

¿Cuándo se fueron del País Vasco?

¿Por qué vinieron a Arizona?

¿Tuvieron miedo?

¿Vinieron Oxea y su mujer con ellos?

¿De qué color tenía los ojos Pascaline?

¿Estaba Mamu en el barco que les trajo hasta aquí?

¿Cuando mi papá tenía mis años, solía cantar canciones como Aitatxi?

¿Solía cantar mamá con él?

¿Me cantaban a mí?

Mi cabeza rebosaba de preguntas. Preguntas que podía haberle preguntado a Aitatxi mientras dábamos de comer a las gallinas o nos comíamos un bocadillo de pan y queso, o mientras apagaba la luz y me decía «*Gauhun, gaixua*». Pero nunca le pregunté. Me mordí el labio pensando en todas las oportunidades desperdiciadas. Al menos aún me quedaba papá. Él me podría responder algunas preguntas, aunque no todas.

—*Nik aitai eginaraziko dut oroitzea*^[52] —eran las palabras que se me ocurrían. Luego me puse la boina de Aitatxi—. *Mila esker, Aitatxi*, por traerme en esta campaña con las ovejas. *Izan untsa*.

Tenía que ponerme a caminar, no pensar demasiado, simplemente dar ese primer paso monte arriba. Me dirigí al redil y llamé a los perros:

—*Joaiten gira*.

Pero Atarrabi y Mikelats se quedaron mirándome desde la tumba de Aitatxi.

—*Haugi hunat, Atarrabi, Mikelats* —di un corto silbido.

Las pezuñas de las ovejas aporreaban el suelo de la cueva. Ya era hora de partir. Pero sin los perros, no podía ir a ningún lado. Me acerqué a ellos y me arrodillé.

—Bueno, siento haberos llamado tontos y perezosos. Entonces no tenía ni idea.

Pero no os podéis quedar aquí. Os necesito. Por favor, venid.

No parecía que los perros me estuvieran escuchando; apoyaron sus cabezas en el suelo de la cueva y cerraron los ojos. Entonces me sentí abrumado por la cruda situación y por la dificultad de la empresa de llevar las ovejas hasta la *etxola*. Incluso con Aitatxi, Atarrabi y Mikelats, habíamos perdido la mitad del rebaño. Ahora, yo solo, sin ayuda alguna, no habría manera.

¿Y si dejaba a las ovejas aquí con los perros? Me podría mover más rápidamente si iba solo y posiblemente llegaría a la *etxola* en unas pocas horas. Mientras tanto, quizá papá se habría acordado del camino secreto que siguió cuando tenía mi edad. O incluso ahora, podría estar esperándome bajo el *aritz ona*. Ni papá ni nadie me iba a culpar por haber abandonado las ovejas. Además, siempre cabía la posibilidad de volver atrás y recoger las ovejas con papá... Bueno, si es que aún estaban vivas.

¿Y si Atarrabi y Mikelats no pudieran defenderse de los coyotes? En ese momento no estaba del todo seguro de que los perros siquiera lo intentaran. Por otro lado, ahí estaba Aitatxi; él hubiera querido que terminara de llevar las ovejas hasta la *etxola*.

Me senté en el suelo de la cueva. No me sentía capaz. Lo sentía, pero era demasiado. Sentía que los ojos me ardían por dentro. Intenté no llorar, pero las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Me quería marchar a casa. Entonces sentí en mi cara la lengua cálida de Mikelats que me lamía las lágrimas.

—Perro tonto —le dije, y le aparté a un lado. Se puso a ladrar mientras giraba a mi alrededor. Atarrabi no se movió; permanecía ahí echado—. ¿Atarrabi?

Mikelats hociqueó a Atarrabi y yo intenté ponerle sobre sus patas. Era inútil, Atarrabi se tiró en el suelo. Él no iba a ningún lado. Lo comprendía. Atarrabi deseaba quedarse con Aitatxi. Yo también. Ahora al menos, uno de nosotros iba a permanecer con él. Le acaricié en la cabeza y le dije:

—Vendré a buscarte —luego me acerqué al mapa para estudiarlo por última vez.

El mapa indicaba que, una vez abandonada la cueva, el camino ascendía gradualmente. También parecía haber algún tipo de subida empinada justo antes de llegar a la *etxola*, pero no demasiado difícil. Si conseguía mantener las ovejas pegadas a la ladera de la montaña, todo iría bien, hasta avistar el roble que indicaba la situación de la *etxola*. Confié en que papá no se equivocara cuando escribió que en un día se podía llegar a la *etxola*.

Llevé a Atarrabi el pan de la otra noche y lo dejé a su lado, acaricié su cabeza de nuevo y le prometí que volvería a por él. El pan que Aitatxi no había comido lo puse en la mochila para Mikelats y para mí. Después saqué las ovejas de la cueva con su ayuda.

En el arbolado encontré un charco con agua turbia donde el rebaño pudo beber. Y mientras Mikelats y las ovejas bebían, yo llené el *zakua* en un pocillo entre unas rocas donde el agua se había acumulado. Al agacharme para sorber el agua que quedaba, noté que el sol me calentaba el cuello. Mirando hacia arriba vi los rayos de

sol filtrándose entre los pinos. Era ya pasado el mediodía. Mis ojos se volvieron a fijar en el cuerpo de Snoopy, que yacía en el camino.

—*Guazen*, Mikelats —le dije.

Mikelats dio unos ladridos y el rebaño se puso en marcha. Eché un último vistazo a la cueva. Durante un instante la cueva se iluminó con la luz del sol, y aún pude ver el dibujo en la pared del fondo y la tumba de Aitatxi con Atarrabi a su lado. Enseguida, la sombra del monte cubrió la entrada de la cueva y se hizo la oscuridad. Parecía mucho más profunda de lo que yo sabía que era en realidad. En ese momento, la cueva parecía un túnel que penetraba montaña adentro, y me la imaginé serpenteando por el interior de la roca, conectándose con otras cuevas, e imaginé a Mari volando a través de los túneles como una llamarada de luz.

Me volví y continué el camino tras las ovejas monte arriba.

Tal y como indicaba el mapa, el camino ascendía nada más dejar la cueva. No había mucha pendiente y las ovejas iban ligeras. Mikelats lo tenía fácil para mantener el rebaño compacto. Después de todo lo que había pasado el día anterior, no creía que las ovejas tuvieran muchas ganas de separarse del rebaño.

Cada vez el pinar era más espeso y los otros árboles fueron desapareciendo. Pronto encontré las piedras que marcaban el camino. ¿Quizá las había colocado papá? Aitatxi estaría diciéndole a su Ferdinand: «Marcar bueno», para que la siguiente vez pudieran encontrar el sendero fácilmente. Pero no hubo próxima vez para papá. ¿Por qué? ¿Por qué no volvió a llevar ovejas por la senda secreta? Entonces me acordé de lo que me había contado Aitatxi, que a papá le obligaron a venir porque se había escapado del funeral de Pascaline. Pero Aitatxi dijo que papá se puso contento estando fuera de casa. «Cada paso que él dar, Ferdinand, él no protestar mucho». ¿Pero, por qué? ¿Fue quizás porque así se olvidaba de la muerte de Pascaline? ¿Sería eso? La verdad es que era difícil saberlo. No me resultaba nada fácil imaginarme a papá cuando tenía mi edad. Pero entonces recordé cómo era papá ahora. ¿Era hoy tan distinto de como había sido entonces, cuando se escapó de un funeral que no quería que hubiera ocurrido, pero no que podía evitar? ¿Quizá hoy todavía papá continuaba huyendo? A lo mejor, lo que para mí era encender fuegos para él era escapar, huir, cosas que no podíamos controlar y que se transformaban en actos que era mejor evitar. Si todo esto era cierto, entonces, cuando papá se iba de la ciudad, quizá no me estaba abandonando a mí, sino que estaba huyendo del recuerdo de la muerte de mi madre. Quizás.

Una brisa templada me envolvió alborotándome el pelo como si de una mano se tratara. Al coger una piedra para marcar el camino que estaba siguiendo y colocarla en un hueco, una sonrisa comenzó a esbozarse en mis labios.

El sendero proseguía a la vera de la montaña. El aire era cada vez más fresco incluso aunque no soplara el viento. De vez en cuando tenía que entrecerrar los ojos por el fuerte sol para mirar hacia la cima de la montaña, pero no se veían más que pinos que se erguían hacia el cielo. Las sombras de los pinos se alargaban por el camino. El día se estaba consumiendo. Desde que había dejado la cueva, se me había estado haciendo un nudo en el estómago, y al ver que el sol iba descendiendo, el nudo se apretaba más y más.

Me quité la boina de Aitatxi y me la pasé por la cara. El tejido desgastado me parecía una barba sin afeitar al pasar por mi barbilla. Olía a polvo, a vino y a oveja.

Aitatxi estaba por todos los rincones. Cerré los ojos, y al abrirlos pude ver, al mirar a lo alto por encima de los pinos, la copa de un roble.

«*Harrapatu aritz ona*», había escrito mi padre en la pared de la cueva. Había encontrado el buen roble.

Me volví a calar la boina, y cuando iba a decirle a Mikelats que azuzara el rebaño para ir más rápido, el rebaño se detuvo de repente. Caminé entre las ovejas hasta el lugar donde Mikelats se encontraba, la base del último trecho del sendero. Igual que en el mapa, el camino ascendía bruscamente en los últimos sesenta o setenta metros, y al final se encontraba el mayor roble que jamás había visto. Las ramas del árbol se retorcían y extendían como si fueran fuegos artificiales de color verde congelados en el momento de la explosión. El roble del prado de la granja medía más de doce metros de alto y tenía un tronco tan ancho que apenas podía abarcarlo con mis brazos extendidos. Habrían hecho falta dos robles como el de la granja para formar este *aritz ona*. El árbol era exacto al que el papá había dibujado en la pared de la cueva. La *etxola* debería estar ahí.

Lo había conseguido.

Bueno, casi. Algo que el mapa no decía es que la lluvia se había llevado casi la mitad del camino. El borde externo, medio destrozado, caía en picado al vacío. Sólo quedaba un metro escaso de senda. Observé largo tiempo las escarpadas rocas abajo, en el fondo, y me eché hacia atrás, mareado. Me apoyé contra la pared de la montaña.

—¿Papá? —di un grito en dirección a la *etxola*, pero no hubo respuesta. No estaba allí.

Volví hacia el rebaño. Muchas de las ovejas estaban echadas sobre el camino. El nudo en mi estómago se tensó más. Iba a tener que hacer un viaje con cada oveja para ascender por el camino. Pero aún contando con mi ayuda, no estaba seguro de que todas lo fueran a conseguir.

Había venido desde demasiado lejos para que un estúpido camino se fuera con la lluvia. Apreté la mandíbula forzándola hacia adelante y comencé a enfadarme como antaño. Pero antes de explotar, agarré a la oveja más cercana, y soltando aire con un gruñido, la levanté del suelo. Sin que dejara de balar la abracé a mi pecho, y con sus patas balanceándose entre mis piernas, eché a andar camino arriba.

No había avanzado más que unos pasos con la cabeza de la oveja apretada contra mi pecho cuando los brazos me empezaron a quemar. La oveja se quería soltar y no dejaba de hacer fuerza. Antes de que nos cayéramos los dos por el precipicio, la solté delante de mí. Me agarré a su lana con los dos puños mientras el cascajo rodaba ladera abajo. Intenté no escuchar el largo tiempo que le costó llegar hasta el fondo. Ya estaba bastante asustado. Mikelats no paraba de ladrar detrás de mí.

—*Isilik* —le dije, mientras avanzaba a duras penas empujando la oveja monte arriba.

Cuando llegué arriba, vi con horror que la lluvia había arrastrado un tramo final de aproximadamente metro y medio. El agujero daba al vacío. No había forma de que

la oveja y yo pudiéramos pasar juntos. Al otro lado de la oquedad, una ladera de hierba ascendía hasta el roble. Al fondo, se veía parte de un corral de madera y el tejado de lo que debía ser la *etxola*. Estaba tan cerca... Sentía hormigueos por todo mi cuerpo por la emoción. Me bastaba con saltar al otro lado del camino. El único problema es que tenía un rebaño de ovejas en que pensar.

Estaba pensando en cómo lanzar la oveja a través del hueco, cuando, de repente, la oveja se escurrió de mi asidero y saltó hasta la pradera verde.

—Agradecido —le dije, y entonces llamé a Mikelats, que subió por el camino como si fuera terreno llano y dio un salto para salvar el precipicio.

—Exhibicionista —le dije, y luego añadí—: *Geldi*, Mikelats.

Comencé a descender camino abajo. Sólo me quedaban trece apestosas ovejas para acabar.

Intenté cantar algo mientras llevaba a la siguiente oveja camino arriba, pero no se me ocurría nada, no había sitio en mi cerebro para más. Tenía que concentrarme en cada paso que daba. Un paso en falso y adiós oveja y adiós yo. En ese momento deseé haber sido un verdadero *artzaina*, como Oxea, y haber podido subir por el camino con una oveja bajo cada brazo. Pero no, parecía que para mí tenía que ser siempre lo más difícil, paso a paso. Cuando llegué arriba, la segunda oveja reculó al ver el agujero y me empujó las piernas.

—*Joan* —le dije pensando en darle una patada en el trasero para que saltara. Pero en cambio, lo que hice fue llamar a Mikelats. El perro saltó de nuevo a mi lado del camino y mordisqueó a la oveja en los talones. Con eso fue suficiente. Con un prolongado balido, la oveja saltó a la pradera. Mikelats hizo un sonido como preguntando: «¿Es esto tan difícil?».

—*Mil esker*, Mikelats —y eché andar monte abajo a por la siguiente oveja.

Llevé a las siguientes sin mayor problema hasta que le tocó a Rolo. Rolo estaba tan gorda que apenas cabía por el sendero. En un par de ocasiones desprendió por el barranco piedras sueltas y en ambas contuve el aliento mientras escuchaba cómo las piedras rebotaban en la ladera monte abajo. Estaba convencido de que ni siquiera los mordisqueos de Mikelats iban a conseguir que Rolo saltara al otro lado. Pero al llegar a lo alto del camino, Rolo tomó un poco de carrerilla y saltó al otro lado del abismo sin problema. Me quedé alucinando. Nunca se sabe con las ovejas.

Para cuando llevé la última oveja hasta arriba, el día ya había caído. La luna estaba saliendo y con su pálida luz apenas distinguía mis huellas mezcladas con las de las pezuñas de las ovejas que marcaban el camino monte abajo. Más allá, el camino se ceñía al monte hasta desaparecer entre los pinos. El mundo más allá estaba envuelto en la oscuridad. Papá estaba escondido en esa oscuridad. Necesitaba hacer algo para hacerle saber que me encontraba bien. Me incliné hacia atrás y solté un *irrintzina*. Mi grito vibró en el aire para luego perderse entre los árboles monte abajo. No es que esperara que papá lo oyera, pero el hecho de haber chillado me hizo sentirme mejor. Así que solté un segundo *irrintzina*, y para sorpresa mía, este

segundo fue contestado.

¿Papá? Contuve la respiración y escuché. Me estaba devolviendo el saludo. Pero entonces, lo que creía que era el *irrintzina* de papá siguió creciendo y se tornó en el aullido prolongado de un coyote. A pesar de estar secándome el sudor del cuello, estaba tiritando. Tenía que meter las ovejas en el corral y encender el fuego para mantener alejados a los coyotes. Pero cuando ya me giraba para saltar el agujero, oí un «beee» que provenía de la parte de abajo. Me había olvidado a una de las ovejas.

No, recordaba haber llevado hasta la última. Ya no quedaban ovejas ahí abajo. Entonces volví a escuchar el «beee» de nuevo y pude reconocer ese balido triste.

—¿Gaixua?

Con las manos apoyadas en la pared de la montaña, utilicé los pies para ir tentando el camino monte abajo ahora que ya estaba oscuro. ¿Cómo podía Gaixua, sola, haber cruzado todo el bosque? ¿Cómo se habría librado de los coyotes? A cada pasito ponía un pie delante del otro. Pudiera ser que como Gaixua era tan pequeño hubiera pasado desapercibida. Pero no, a los coyotes no les hacía falta ver una oveja para descubrirla; el propio olor de Gaixua la habría delatado.

Un coyote aulló de nuevo.

—Hijos del *deabrua* —dije cuando llegué al fondo del camino y me encontré con Gaixua temblando. Me arrodillé y abracé a la oveja—. Creía que estabas muerta.

Gaixua me hociqueó con su nariz húmeda.

—Oveja tonta —le dije, contento de que nadie de la escuela me estuviese viendo. En ese momento no es que me importara el chiste que hubiera soltado Rich, simplemente era que me sentía feliz de ver que Gaixua estaba viva.

Entonces me fijé en una figura oscura que estaba en el camino tras Gaixua. Me puse en pie como pude ante lo que creía que era un coyote, pero el animal se puso a ladrar. ¿Mikelats? ¿Cómo diantres había bajado hasta aquí sin que yo me enterara? Pero en el momento en el que el perro se acercó, supe, sin ni siquiera ver si su rabo apuntaba hacia arriba o hacia abajo, que era Atarrabi.

—¡Atarrabi, has venido!

El perro me lamió la mano extendida. Ahora entendía cómo lo había conseguido Gaixua. No estaba solo. Atarrabi había estado con ella. Pero antes incluso de que pudiera terminar de formarse la sonrisa en mi rostro, otro coyote aulló.

—*Guazen* —exclamé al tiempo que Gaixua se apretaba contra mis rodillas. Echamos a andar hacia arriba por el sendero.

El siguiente aullido sonó más cerca y sentí como si la piel de mi cara se pusiera tensa. Percibí un olor que me recordaba a un perro sin lavar, sólo que más sucio y más salvaje. El coyote aulló de nuevo. Estaba muy cerca. Fijé la vista en la oscuridad, con miedo a lo que me podría encontrar, pero la senda estaba vacía. Sin embargo, Atarrabi seguía gruñendo.

Estábamos a medio camino cuando, a través del sudor que hacía escocer mis ojos, vi que algo se movía en la oscuridad. Había un coyote en el camino, frente a mí. Las

ovejas en lo alto comenzaron a balar de miedo.

—*Zaza urrun* —le chillé—. Fuera de aquí.

Pero ya sabía que aunque me oyera no me iba a hacer ni caso. Dejé de asir a Gaixua por la lana para quitarme el sudor de los ojos, y al sentirse libre, Gaixua dio un brinco saliendo de entre mis piernas y se fue camino arriba. Atarrabi salió tras ella.

Perdí el equilibrio y me caí de espaldas en el suelo rocoso. Se escuchó un gruñido amenazante y Atarrabi gimió.

—Mikelats, Atarrabi, *heldu niz*^[53].

Me incorporé de un salto y corrí hacia delante. Con las prisas, se me olvidó el agujero del abismo y casi me caigo de cabeza por el negro hueco. Incapaz de detenerme, salté.

Mi pie encontró el vacío donde debía haber estado el otro extremo del hueco. El borde del camino me golpeó en las axilas. Mi barbilla salió disparada hacia adelante y chocó con una piedra. Me pareció ver un relámpago. Clavé mis dedos en la tierra e intenté hacer fuerza para salir.

El golpe en la barbilla me hizo saltar las lágrimas. Notaba mi aliento cálido en la cara. Buscaba con desesperación un punto de apoyo para los pies, pero la pared de la montaña era escurridiza. En mi cabeza podía oír un zumbido estático, como en las radios. A través de ese zumbido oía cantar a Aitatxi: «*Erten al daugut, bizia bezala, mendia behar pastu, urratz bat aldian...*». Su voz se fue apagando como si a la radio le faltaran pilas.

No podía aguantar. Me iba a caer. Miré hacia arriba al cielo plagado de estrellas. Desde allí arriba me estaban mirando todos mis ancestros desde el primer eskualduna del Paraíso. Lo sentía mucho. Les había fallado.

Justo en el instante en que mi agarradero se soltaba y me flaqueaban las fuerzas, me sentí rodeado del olor a lana mojada y a vino amargo. Unos brazos fuertes me agarraron y algo que parecía gravilla se arrastró por mi piel. El *irrintzina* de Mamu sonó en el aire. Eran Aitatxi y Oxea, y su padre, y su padre, y el suyo, y así retrocediendo a través del tiempo hasta antes de que hubiera palabras. Hasta el tiempo en que sólo teníamos nuestros *irrintzinak*.

Y así como el *irrintzina* de Mamu se elevó, me elevé yo también.

Veintidós / hogeitabi

El curso acabó y el verano empezó mientras aún estaba ingresado en el hospital. La clase de la señorita Helm y todas las clases de séptimo me enviaron una tarjeta con deseos para mi pronta recuperación. Rich escribió al final: «Hissan uncha, colega».

El día que me dieron el alta cogimos el coche y fuimos a la granja a ver qué tal estaban las ovejas. Papá se las había vuelto a comprar al rancho Outwest y pagó por las treinta y dos que había al principio para evitar problemas legales.

Mientras las últimas urbanizaciones daban paso a campos de algodón, papá me pasó un sobre con unas letras alargadas y ondulantes:

—Esto ha llegado para ti —el matasellos era de Ohio. Dentro venía una nota de parte de Connie y una fotografía de Aitatxi y mía—: Pensé que no te importaría tener un recuerdo de tus días de forajido.

Era la que nos había sacado en el campo de golf. Los dos con nuestras boinas. Yo estoy joven, como un criaño, y Aitatxi, pues, parece Aitatxi. Está sonriendo y me hizo recordar cuando me acercó hacia sí y me dijo: «*Zuretako hau da*». También me acordé de cómo me retiré de él. Pero eso no sale en la foto. La sacaron antes de eso, cuando estoy apoyado en Aitatxi, con mi mano en su gabán, abrazándole.

Metí la foto en el sobre y la guardé con cuidado en el bolsillo de la camisa. Entonces, aunque aún me dolía la mandíbula por la fractura que había tenido, le dije:

—Cuando lleguemos a la granja, ¿me enseñarás a jugar a pelota?

—¿Pelota? Bueno, ¿cómo se te ha ocurrido eso?

—La primera vez que Aitatxi le habló a Amatxi fue en un partido de pelota.

—No sabía eso —me dijo papá con asombro—. Pero no tenemos pelota.

—Seguro que Aitatxi guarda alguna de tus pelotas de antes en algún lugar de la granja.

—Seguramente —dijo papá—. De acuerdo, pero no tienes que cansarte, Matt.

—¿Matt? —le miré—. No soy una mata. Mi nombre es Mathieu.

Papá soltó una risotada.

—Así será, Mathieu.

Cuando llegamos a la granja, encontré una pelota debajo de un montón de *zakuas* y una cesta-punta en el armario del recibidor. Le pasé la pelota a papá y la botó un par de veces en el suelo de madera; luego la apretó fuerte con la derecha y me dijo:

—*Guazen*, Mathieu.

Fuimos hacia el granero.

—Bueno, pues —papá estaba junto a la pared del granero—. No hay que mirar a la pelota sino, más bien, sentir hacia dónde va.

Las ovejas nos miraban desde su redil mientras papá me enseñaba a usar la mano para golpear la pelota contra la pared del granero. La mandíbula me dolía cada vez que le daba a la pelota con mi mano abierta, pero aún así seguí jugando. Si fallaba, Atarrabi y Mikelats recogían la pelota para que siguiéramos jugando. Mientras jugábamos, le dije a papá que me contara cómo conoció a mamá, y aunque sus palabras eran distintas de las que había usado Aitatxi, la historia era la misma y desembocaba en mí.

Mi padre y yo continuamos jugando a pelota incluso cuando ya hubo comenzado a anochecer. El golpe de la pelota contra la madera se acompañó al ritmo palpitante de mi *bihotza*. Estaba jugando con los ojos sudorosos y escuchando a papá jadeando por el esfuerzo. Cuando acabamos, nos quitamos las camisas y nos sentamos apoyando las espaldas desnudas en el granero. El aire cálido del verano nos refrescaba la piel húmeda, y aunque me dolía la mandíbula al hablar, le conté a papá todo lo que Aitatxi y yo habíamos hecho: el robo de las ovejas, lo de la lluvia y los coyotes, y cuando Mamu me salvó.

Cuando terminé mi relato, papá sonrió y me contó que Mamu era un cuento, que no era real. Me explicó que había sido yo quien guardó las ovejas y luego hizo una fogata para ahuyentar a los coyotes hasta la mañana siguiente, que fue cuando papá se acordó de la otra *etxola* y llegó con la policía. Me encontró dormido y con los perros acurrucados a ambos lados.

—No fue el Mamu, Mathieu —me aseguró papá—. Fuiste tú solito.

Pero soy yo el que sabe lo que pasó.

—Bueno, he estado pensando... —me dijo—. ¿Qué te parecería si nos fuéramos a vivir a la granja?

Me incliné hacia mi padre y le susurré al oído:

—No estaría nada mal.

Papá se rió y me atusó el pelo. Entonces supe que estaba en casa.

Notas

[1] Oxea (dimin. de oseba): *osaba*, «tío», en vasco. (N. del T.) <<

[2] «Habla en inglés, padre». (*N. del E.*) <<

[3] «Pollo». (*N. del E.*) <<

[4] Heritage Day: día en que se celebra el orgullo de los distintos países de origen. (*N. del T.*) <<

[5] «Difícil». (*N. del E.*) <<

[6] Puppy Love: «Amor juvenil». (N. del T.) <<

[7] «Veo como fueron las cosas antes y mi corazón sufre...». (N. del E.) <<

[8] «Mi nieto no es tan astuto como un zorro y será más astuto que yo...». (*N. del E.*)

<<

[9] «Cabaña para el ganado». (*N. del E.*) <<

[10] «Longaniza». (N. del E.) <<

[11] «En el rancho de la montaña». (*N. del T.*) <<

[12] «Id a por las ovejas». (*N. del E.*) <<

[13] «Senderos de felicidad». (N. del T.) <<

[14] «Vamos». (*N. del E.*) <<

[15] *Aritz ona*, «Buen roble» en euskera. (*N. del E.*) <<

[16] «Senda secreta». (*N. del E.*) <<

[17] «Pollo con vino blanco». (*N. del E.*) <<

[18] «Pastor». (*N. del E.*) <<

[19] «Mi hermano». (*N. del E.*) <<

[20] *izarrak eta ilargia*: «las estrellas y la luna»; *ura*: «el agua»; *iguzkia*: «el sol»; *bihotza*: «corazón». (N. del E.) <<

[21] *Atarrabi zaza harat*: «Atarrabi, ve por allí»; *Mikelats zaza giletik*: «Mikelats, ve desde atrás». (N. del E.) <<

[22] «el día y la noche». (*N. del E.*) <<

[23] «Mikelats, ven aquí». (*N. del E.*) <<

[24] «El corazón de tu padre...». (N. del E.) <<

[25] Cholla cactus: *Opuntia*, especialmente *Opuntia fulgida*. (N. del T.) <<

[26] *haugi hunat*: «ven aquí»; *guazen fite*: «vete deprisa». (N. del E.) <<

[27] *Larrea mexicana* o *L. tridentata*. Arbusto que crece en México y sur de EE. UU. Damos el término mejicano. (N. del T.) <<

[28] «hijos del diablo». (*N. del E.*) <<

[29] «Ovejas hacia delante». (*N. del E.*) <<

[30] «Papi, no corras tanto». (*N. del E.*) <<

[31] «Esto es para ti». (*N. del E.*) <<

[32] «vino blanco». (*N. del E.*) <<

[33] Barrel cactus: *Ferocactus wislizenii*. <<

[34] *Carnegiea gigantea*. (N. del T.) <<

[35] «no muy bueno». (*N. del E.*) <<

[36] «¡Mira!». (*N. del E.*) <<

[37] Tumbleweeds: *Amaranthus graecizans*. Traducimos por «espinos rodantes», pero no todas las variedades son plantas espinosas. (N. del T.) <<

[38] «rápido». (N. del E.) <<

[39] «Tú conocer Mamu». (*N. del E.*) <<

[40] *Bu-ba* es una expresión del euskera empleado con niños en algunas zonas de Baja Navarra (Azkue). Así, decir a un chico «*a bu-ba*» equivale a decir a un *gizona* («un varón adulto») «*lo egitera*»; es decir «a dormir». (*N. del E.*) <<

[41] «ahora vete a dormir». (*N. del E.*) <<

[42] «están muy buenos». (*N. del E.*) <<

[43] Butterweeds: *Abutilon theophrasti*. También se conoce como *Indian mallow*. (N. del T.) <<

[44] «pastor». (*N. del E.*) <<

[45] *Scrub oak*, en el original: *Quercus licifolia* y también *Quercus prinoides*. (N. del T.) <<

[46] «los vascos». (*N. del E.*) <<

[47] «Padre, ¿por qué a mí hacer esto?». (*N. del E.*) <<

[48] «¡Agua ahora!». (N. del E.) <<

[49] «¡Ve por Aitatxi!». (N. del E.) <<

[50] «Como siempre». (N. del E.) <<

[51] «Vino de manzana». (*N. del E.*) <<

[52] «Prometo hacerle recordar a mi padre». (*N. del E.*) <<

[53] «Ya voy». (*N. del E.*) <<